

Lewis Carroll

Edición de Leopoldo Panero

se



Matemática demóntica

Lectulandia

Del millar y medio de páginas que ocupan las obras completas de Lewis Carroll, Leopoldo María Panero nos ofrece en *Matemática demente* una selección de sus historias «humorísticas», una excelente muestra de los divertimentos lógicos del autor bajo las más variadas formas: desde relatos (alguno de terror) hasta diálogos dramatizados, pasando por hojas de instrucciones, enigmas, poemas o cartas. Como escribió el propio Carroll, son cuentos que plantean «una o más cuestiones matemáticas —de aritmética, álgebra o geometría, según el caso— para el entretenimiento, y posible edificación, de los lectores». En todos ellos se nos descubre lo que hay de cómico —y de subversivo— en cuanto aplicamos la lógica más implacable a algunos problemas aparentemente absurdos: siempre queda vencido nuestro sentido común.

Lewis Carroll

Matemática demente

ePub r1.0

FLeCos 03.04.2020

Título original: *A Tangled Tale* 1885, *An Hemispherical problem* 1849, *The Vision of Three
T's* 1873, *The Dynamics of a Particle* 1874, *The Two Clocks* 1898, *Mischmasch* 1855-1862,
The Legend of Scotland 1856-1860, *What the Tortoise said to Achilles* 1895

Lewis Carroll, 1898

Traducción: Leopoldo M^a. Panero

Editor digital: FLeCos
ePub base r2.1



Prólogo

Sobre la traducción

I. Olvidar: esa venganza

Hace algún tiempo, y habiendo yo, como el protagonista de Ferdydurke, acabado de publicar un libro, una versión de Lear, vino, como en la citada novela, un personaje abyecto, Pimko, por un atroz milagro multiplicado por cuatro, a llevarme a la escuela por haber olvidado el nombre de Norwid. Se lanzaron entonces contra aquella versión, o perversión —concepto éste que explicaremos luego—, una desproporcionada cantidad de insultos: digo desproporcionada porque otras traducciones no deliberadamente pervertidoras como la mía, sino en las que las malformaciones son involuntarias —y no quiero poner ejemplos—, han pasado, para tan vigilante crítica, por completo inadvertidas. No hubo polémica entonces porque, hallándome yo a la sazón en Tánger, no me enteré hasta que ya era demasiado tarde. Pero de haberla habido, el único posible diálogo entre las categorías lingüísticas de “manifestación-designación-significación” y la cuarta dimensión de la proposición que es, nos dice Deleuze, la *expresión*, en tanto que entre estos dos modos de decir hay más que distancia, más que frío entre ambos: los separa el océano o el infinito de Cantor (algo así quise decir al separar, en mi personal interpretación de Lear, Viejo y ellos) el único posible diálogo, la única palabra capaz de realizar lo que la alquimia llamaba «unión de lo que no puede unirse» hubiera sido también por mi parte, la injuria, ésa que arroja la imagen de un cuerpo fragmentado y que, por consiguiente, nos devuelve a la infancia^[1].

Sólo había dos errores involuntarios en aquella traducción: *spade*, que traduje apresuradamente por «espada» cuando significa «azadón» (de cualquier manera, espada, azadón o fallo componen la misma estructura frente

al toro) y Chili, que no traduje por Chile. Las demás, Pimko I (crítica publicada en la revista «Triunfo») —por ejemplo, traducir la palabra, de significado obvio, *Uncertain*, «incierto», por «exacto» no eran errores sino para tus ojos cegados por el resentimiento («él, que tiene tantas figuras»). *Exactas* eran las respuestas del Viejo, pues en mi interpretación de Lear, el Viejo estaba por el Viejo *Ello*, cuyas respuestas son siempre *exactas* aun cuando, para serlo, se vean obligadas a alterar el lenguaje.

Para que esta tragicomedia no se repita con la presente traducción, y para extraer alguna enseñanza de todo aquel chismorreo, procederé a «criticar al crítico» practicando lo que Gluksmann llama una «lectura sintomal» de aquellas críticas.

Lo que enfadó a Pimko I como a Pimko IV (crítica de «Tele-Expres») es que Lear no fuera Lear, ni siquiera (Pimko IV), «un buen Panero»: ¿qué significa esto? En primer lugar, que la policía del discurso vigila, ante todo, la conservación de un principio tan vetusto como inexacto (en efecto, el devenir a diario lo contradice), el «principio de identidad»: A = A, Lear = Lear, «Un buen Panero» = Un buen Panero. No hay posibilidad de mezclas, intercambios, fusiones, en ese conjunto de islas que no forma Archipiélago. Lear será siempre igual a Lear. Lo contrario nos lo dice cualquier empresa crítica moderna: por no ir más lejos, y no ser «pedante»^[2], citaré sólo el eco: toda obra está abierta a cualquier lectura, toda obra es una Grieta para la que cabe cualquier interpretación: y *sólo por ello* es posible la traducción. Si la obra estuviera cerrada (como de hecho lo está toda obra para estos «lectores») no habría posibilidad de salir del original, esto es, de traducir. Sólo en cuanto todo texto es una multiplicidad de sentidos, un *sun-bolov* (el prefijo *SUN* indica multiplicidad), es posible verterlo en una lengua que no sea la suya: desarrollando los sentidos *latentes* en el original, *explicándolo* (lo que en latín significa: desplegarlo).

Así el segundo principio que se deduce de esa crítica es que la obra es una Obra: no abierta como el eco, sino cerrada bajo llave en los polvorientos armarios de la Policía del Sentido Común (el fijador de identidades).

El tercero es la consecuencia directa de este último: es la política *autoritaria*, la siniestra política de autores: aquel que compuso ese Ataúd que es, para esta gente, la Obra, es también un cadáver, un ser —el *autor*— idéntico a sí mismo, a cuyo funeral asistimos por medio de su *biografía*: los

motivos que impulsaron a ese autor a realizar una determinada obra fueron en realidad múltiples, infinitos: en la biografía se reducen a *Uno*. La creación de esa obra fue, en realidad, algo azaroso, pudo muy bien no hacerse, o no acabarse: sin embargo para la biografía —y para la política de autores— la obra se hizo necesariamente, no pudo haber sido de otro modo. Con todo esto, la crítica literaria y artística han hecho de la escritura y del arte un inmenso Funeral: donde, como las ratas en un poema mío, los críticos muerden en la piel rosada del artista, murmurándole mientras: tú eres Tú: sólo por eso puedo adorarte: tu fotografía, en la contraportada, me tranquiliza (comprenderemos ahora el sentido de la empresa anabiográfica de Lautréamont): por ella sé que Kafka —aun cuando dividido por la Esquizofrenia en múltiples, innumerables mundos— era sólo Kafka, y si no puedo amar a Artaud —ese máximo negador de la identidad— lo lograré si me dan su foto, el nombre y la fecha de su Muerte.

A todo esto, el mismo Kafka hubiera contestado: «quemadme»: quememos, pues, alegremente a Kafka, la escritura no es ese funeral, la literatura no tiene *historia*, no es una colección de nombres a invocar (más que a invocar, a exorcizar por medio de ellos: pues el nombre del autor es el exorcismo para neutralizar lo que detrás de él subyace): es por el contrario la eterna repetición de lo Sin Nombre, y el sentido del arte impugna la identidad.

Y como querían los surrealistas, si amamos realmente al arte, habría que empezar por volar (con la dinamita de la *Esquizia*) su cementerio: esos Museos.

Lo que, en resumen, dijeron esas «críticas» a una lectura Crítica es: que la función de la crítica ortodoxa es convertir la escritura en Literatura, y preservar los pobres, viejos y secos mitos de la división del trabajo (la principal causante de tantas identidades, «Obras», «autores», «géneros», Creación y traducción, etc.), mitos a los que ni en aquella traducción ni en ésta pretendo invocar (por consiguiente está fuera de lugar toda crítica en su nombre), sino que, por el contrario, en ellas me atengo a lo que Foucault llama («*Sept propos sur la septième ange*»), el «principio de no-traducción», que consistiría no ya en *fundir*, como dije en el prólogo a Lear, las dos lenguas (la del original y la del traductor), provocando así los tan temidos —por la policía, o más bien, por los *bedeles* del discurso— «anglicismos», etc., sino en reenviar ambas a una tercera, la lengua primitiva, que analizó Cardan. Lengua por cierto en relación estrecha con la injuria.

Una última observación: el arma de esa crítica, para criticar al Humor, fue la ironía (esa risa constipada, y apta para promover reformas de costumbres demasiado desacostumbradas): mientras que, como luego precisaremos, el Humor trastorna, introduce la Grieta, la ironía confirma: si excluye o condena lo hace como lo haría Dios: es incapaz de llegar a esa Síntesis disyuntiva que es la que operaría el Humor. Todo sucede pues —o sucedió, sucederá— entre una risa que conoce sus propios límites, o que en su movimiento se preocupa por restaurarlos, se abre sólo para dividir lo Otro de lo Mismo, y Otra que en la *barrera* (como Humpty Dumpty) más bien que más allá, funde repetición y diferencia, repite la diferencia. Es en este sentido en el que puede decirse que «ríe mejor quien ríe *último*».

Y con esto, mis cuatro Pimkos, me despido: enjambre de moscas (eso era el recuerdo para Schwob) que revolotea alrededor de lo que quisiera fuera un cadáver (el autor): os olvido.

Ofrezco, al mismo tiempo, un nuevo bocado para vuestras fauces, si es que con esto no habéis quedado ya hartos.

Pimko I: que esto sea, cayendo sobre ti, el azadón que tanto anhelabas.

Pimko II (crítica de «La Vanguardia», que aludió al Edipo diciendo algo así como que yo era digno hijo de mi padre): caiga sobre ti mi saliva lo mismo que sobre mi padre.

Pimko III: procura disculpar, de ahora en adelante, lo que no entiendas, es decir, lo que no figura en la colección el Bardo.

Pimko IV: el saber (todo menos el nombre de Norwid) no me parece sea un obstáculo para el ejercicio de la escritura —lo que sí es un obstáculo es tu política de autores—. Sin embargo de ti, como de todos los otros Pimkos, prefiero No-saber (como decía Bataille)— olvidar, olvidaros, pues la escritura es una forma del Olvido.

2. Versión y per-versión

«cada nombre que designa el sentido de otro anterior es de un grado superior a ese nombre y a lo que designa».

Deleuze, *Lógica del Sentido*

«... la traducción literal que en español llamamos, significativamente, *Servil*. No digo que la traducción literal sea imposible, sino que *no es* una traducción... (Es) Algo más cerca del diccionario que de la traducción, que *es siempre una operación literaria*^[31].» «En los últimos años, debido tal vez al imperialismo de la lingüística, se tiende a minimizar la naturaleza eminentemente literaria de la traducción.» «Según lo muestran los casos de Baudelaire y Pound, la traducción es indistinguible muchas veces de la *creación*.»

«(la traducción de un original) no es tanto su copia como su *transmutación*.»

Octavio Paz, *Traducción: literatura y literalidad*

Con tan larga cita de un texto publicado en esta misma colección, me he permitido recordar a la cenicienta crítica española una de las recientes concepciones de la traducción. A otra, «el principio de no-traducción» de Foucault, ya me he referido en el párrafo anterior, y de una tercera —la de Walter Benjamín, «El deber del traductor»— ya hablé en el prólogo a mi Perversión de Lear.

Todas estas concepciones apuntan en una única dirección: la traducción, que hasta hoy ha sido considerada como una labor anónima y humilde (son las famosas, imperceptibles «notas del traductor» que no se atreven a comentar el texto más que en lo imprescindible: por otra parte, por lo general no se sabe quién es el traductor, no importa lo más mínimo saberlo: su nombre figura en letra pequeña detrás del título de la obra: lo cual no ha de extrañarnos porque si esa traducción era *Servil*, es normal que se trate a su autor como a un siervo), es —o debe ser— por el contrario una operación literaria, creadora, si es que lo traducido es literatura y si se quiere, efectivamente, traducirlo: más creadora, literaria incluso, que el original traducido, puesto que (como —estúpidamente— se ha señalado tantas veces) la traducción de una obra literaria es *imposible*: en primer lugar porque, como dice Paz en el texto citado, «cada texto es único», en segundo lugar porque,

como Sapir demostró y Marx dijo, «las ideas no existen separadas del lenguaje»: por consiguiente el *sol* no es lo mismo para alguien que habla inglés que para el indio Choktaw, que no distingue entre el amarillo y el verde y habla la *lengua primitiva*: no será tampoco lo mismo para las abejas que poseen también, como señaló entre otros Benveniste, su propio lenguaje hecho de gestos. Cada lenguaje es un universo distinto. Y ni siquiera la misma palabra posee, en órdenes lingüísticas diferentes, el mismo sentido: como señaló Freud, las palabras para el Ello son sólo *sonidos*, se asocian por el sonido y simbolizan algo muy distinto de su significado consciente. Traducir así, un sueño o un delirio, nos llevará muy lejos de su literalidad. Y algo parecido sucederá si queremos traducir lo que tan cerca está del sueño o del delirio: la escritura literaria.

Si queremos, pues, tender un puente —traducir (del latín *transduco*: conduce más allá)— entre lugares que son, el uno para el otro, el «extranjero», tendremos que enfrentar esa tarea como si se tratara de otro imposible: la alquimia —que es sin embargo, a juicio de modernos intérpretes como Jung, Crowley o Julius Evola («Metafísica del sexo»), un «imposible real»—: en efecto, el objetivo máximo de la alquimia era lograr «la unión de lo que no puede unirse» —el espíritu y el cuerpo— y algo parecido incumbe a la traducción: la síntesis de letra y sentido, sentido y significado, que es también «la unión de lo que no puede unirse». Es por lo que puede hablarse de la traducción no ya como de una operación literaria, sino como de una *operación al-química*. Y puesto que la alquimia fue asociada, por los antes mencionados intérpretes (a excepción de Jung), así como por el propio Paz (*Conjunciones y disyunciones*: véase el capítulo «Alquimia sexual y cortesía erótica») y Bachelard (aunque éste de un modo mucho más lerdo, decía que los alquimistas, debido a la imposibilidad, se masturbaban), a las operaciones sexuales tántricas, es decir, a una sexualidad mística, extraña y perversa, la traducción alquímica será más bien que una versión, una per-versión. Y esto no sólo por la citada analogía: especialmente por cuanto una síntesis, como Hegel dijo, es una «negación de la negación»: la destrucción de ambos contrarios: su *Perversión*.

Ello (*ca*) habremos de hacer si queremos salvar a un tiempo la letra y el sentido del original (lo que se llamó «espíritu» y «letra»): sólo lo lograremos *a costa de ambos*, cuando el sentido per-vierta a la letra, y la letra al sentido.

Sólo por su recíproca anulación podremos *conservarlos*, restituirlos en un tercero que será, y no será, la tesis (la letra) como la antítesis (el sentido). Este tercero, o *cuarto* (porque se sitúa en la cuarta dimensión de la proposición) será la per-versión.

Pero la Perversión no se limitará a esto: desarrollará los sentidos que en el original sólo se insinuaban, *podían ser* pero no eran, siempre que esos «contenidos latentes» se muestren más propicios al contexto de la re-creación elaborada por el Pervertidor que los «contenidos manifiestos» (la letra que mata, mientras que el Sentido vivifica: la letra cuya conservación intacta *mataría* cualquier traducción: la convertiría, como dice Paz, en una «no-traducción» muy distinta de la «no-traducción» foucaultiana): *explicaría*, desplegaría en todos los sentidos posibles, el texto original; para citar de nuevo a Paz: «la traducción implica una transformación del original»: una verdadera *transmutación* alquímica, para hacer de ella, por un raro milagro (caro a Hegel: la transformación de algo, si «tomado en serio», llevado hasta sus últimas consecuencias, en su contrario), la re-producción *exacta* del original: original que se perdería en una *Versión*, en una traducción servil. La per-versión es pues, la única traducción literal, o mejor dicho *fiel* al original: y esto lo logra mediante un adulterio, mediante su —aparente— infidelidad. Dando la vuelta al texto, circunscribiéndolo: sólo así, y no yendo derecho a él, es cómo se logra apresar a esa «rara avis» —o como la alquimia decía, goma, o ciervo fugitivo— que es el Sentido del original. Y para «producir», con medios diferentes, *efectos* análogos (que era el ideal de la traducción poética para Valéry), la Per-versión no dudará en añadir, si es preciso, palabras, versos enteros, párrafos enteros para así dejar intacto el Sentido del original y hacer que la traducción de éste produzca en el lector el mismo *efecto* estético que le produciría la lectura del original. Aunque, a decir verdad, esto es difícil: ya que toda lectura es diferente (una prueba más de que el texto es sólo una Grieta), toda lectura, como de nuevo dice Paz, es una traducción más.

La Per-versión, diremos para terminar, es la traducción que se asienta en la Grieta, que explora todas las fisuras del texto original: son esos intersticios los que, a veces, rellena con nuevas palabras o versos (sabido es —o al menos, creo que debería ser sabido— que tanto las traducciones de Pound como las más recientes de Ponge, añaden al original versos propios que son, sin embargo, ajenos, por cuanto dirigidos a extender —en su misma dirección

— el sentido del original: pero esa extensión, si la Per-versión es correcta, no ha de añadir *ni una sola palabra*, ni un solo significado, al Sentido del texto original).

La Perversión, pues, trabaja en esa Grieta del texto: pero no para agrietarlo, sino precisamente para rellenarlo, perfeccionar, terminar el texto original (una vez más, no para siempre, ya que una nueva traducción, o una simple lectura, encontrará otras Grietas, que llenarán a su vez con nuevas palabras, nuevos sentidos, viejos por cuanto nacidos —a veces abortados— en el texto original): y así hasta el infinito —el infinito que es el texto—, porque el texto no será nunca el Texto, será siempre su ausencia (sobre este punto cf. Blanchot, *L'absence du livre*): para, en suma, *revivirlo*, aunque nunca estuvo muerto, si se ha traducido; porque, como dijo Benjamín, sólo la traducción da la medida en que un texto está vivo, sólo puede traducirse un texto viviente —abierto—, y el texto vive sólo gracias a sus traducciones.

Y para dar punto final a este párrafo, unas palabras sobre mi traducción —mi Perversión de Carroll: en ella— por miedo a la policía— no me he extralimitado tanto como debiera haber hecho: he completado sólo algunos *finales*, que he tratado de mejorar siempre que los encontraba débiles: cosa que en Carroll ocurre con frecuencia porque —como explicaré más tarde— no sabía qué escribía, no sabía su Libro: por eso escribía con tanta facilidad —casi como hablaba, y sin casi: es sabido que *Alicia* fue primero relatado verbalmente, en una bamboleante barca— y por eso fallaba cuando se trataba —como se trata siempre al final de un texto— de dar con el centro, con el núcleo de lo escrito. Pero aquí, a diferencia de en mi perversión de Lear, todos esos adulterios de la letra con el sentido están debidamente anotados, junto con la versión literal, o al menos, la mayoría de ellos; lo que espero sea suficiente mordaza para tanta palabra hueca y vacía, un mosquitero, una red para evitar el vuelo de tanta mosca, «que ignora su vuelo»^[4], Mantis para tanto nulo insecto: que en la oscuridad de esa boca se desvanezca, con un crujido leve, el macho homosexual e inútil, que la Negrura absorba la diferencia (de sexos), la negrura de ese insecto religioso y caníbal, que reza en silencio a Dios^[5], mientras devora las cabezas de sus vanos esposos, que ese Adivino (*Mantis*, en griego profeta, adivino), o Profeta de lo Abominable devore «en actitud de fantasma»^[6] a tanto oscuro y chirriante saltamontes.

Carroll

1. La oralidad en lugar de la palabra

Cuando ese órgano cuyas funciones naturales son la sexualidad o la risa, ese órgano que es la boca (signo chino muy semejante a otro, el del alba) es pervertido por el lenguaje, desexualizado y torturado para, neutralizándolo, hacerle servir al antónimo de la Naturaleza (escribo esta palabra con mayúscula para hacer saber así que no pertenece al lenguaje), se venga, inevitablemente: ya sea con aparente inocencia —es decir, de una manera sancionada por la Norma— mediante la necesidad del cigarrillo —un falso, nuevamente— en la boca, ya sea de un modo perverso, extraño a la norma —esto es, Inocente— mediante el alcoholismo o la toxicomanía (cf. sobre este punto Eduardo Kalina, *Relación entre el hábito de fumar y la manía* y Julio Aray, *Tabaquismo y coprofilia*), o bien mediante lo que llamaremos La Palabra Aparentemente Vacía (vacía sólo en tanto que *Vacía* a la boca del lenguaje): la oralidad en lugar de la palabra, por la que se reconquista —al precio de no ser oído— la plenitud de la Boca.

De esta manera el sujeto escapa a la primera de las castraciones, que no es la designada por el pene, sino la de la boca, la Castración Oral, que es la única que el esquizofrénico no conoce: su boca es sólo Boca: boca que chupa, succiona, babea, besa, muerde, para evitar ser castrada, para evitar hablar; conoce, por tanto, la *forclusión* (la exclusión del campo del lenguaje, y por lo tanto de todo sistema de relaciones con el Otro, la exclusión, por tanto de la sociedad, «reprobación de lo simbólico» como inexactamente la llama Lacan que hace que el otro, para el sujeto de la forclusión, sea un absoluto Otro: forclusión que explica la paranoia, la ansiedad persecutoria). Así —aunque para un más amargo sufrimiento—, en un sistema de relaciones basado únicamente en el lenguaje, y no en la Comunicación: la sexualidad o la Risoesquizo rehúye la realidad de eso que se llamó fantasma, la fellatio, el falo en la boca, castrando por no saber, por no querer saber qué torturas se deducían, realmente, en lo físico, de esa domesticación de la lengua por el negativo de la realidad —y de la lengua—: el lenguaje.

Luego, sollozando, gritando, o lo que es lo mismo, riendo, nos vengaremos: como el esquizofrénico se venga —o más bien, no necesita vengarse, puesto que ha escapado a la castración: mediante una succión

Eterna, un Soplido Sin Fin: que eternamente se produce en él por haber escapado al principio (*erat Verbum*) acudiendo al principio opuesto: la Acción, el principio mefistofélico.

Pero hay también una salida para ese círculo vicioso del esquizo: si el verbo se hace carne, y la carne (el Diablo) se hace soplo, soplo y carne, letra y cuerpo, verbo y acción pueden reunirse en la palabra de la meta-locura (la Esquizia, y no la Esquizofrenia): es decir en la Escritura o en su realización, la *Grande Politique*: la Revolución para la que todas las revoluciones hechas hasta ahora no son sino *restauraciones*. Pero de esto hablaremos más tarde, en la tercera parte del prólogo, la Negación de Carroll: contentémonos ahora con decir que hay, junto al cigarrillo, el alcohol o la droga, una cuarta pulsión que puede compensarnos de la Castración Oral: ésta es el canibalismo^[7], especialmente si practicado en la sombra^[8].

2. La Palabra Aparentemente Vacía

De entre estos cuatro modos de rechazar el habla, Carroll escogió dos: éstos son la Risa y la Palabra Aparentemente Vacía. Dos artes de la forclusión, como veremos, sinónimos.

Si la palabra vacía es, invirtiendo a Lacan —que define así a la palabra plena—, un pacto, un xúmbolon (esa pieza que se partía y uno de cuyos fragmentos era entregado al Mensajero para que, si coincidiera exactamente con el Otro en poder del destinatario del mensaje, fuese reconocido como tal: costumbre griega que ilustra la célebre proposición de Lacan: «el emisor recibe del receptor su propio mensaje en forma invertida»), un «tratado de paz» —como dice Nietzsche que el habla es— entre los hombres, para defenderse los *Unos* de los Otros, si es una “necesaria” tregua en la diaria guerra de los yoes, en la diaria guerra con el Otro, en otras palabras: si es el discurso del yo —de la «coraza caracterología» para defendernos del Otro: por medio de la cual nos volvemos Otros, y en virtud de la cual el otro es Otro —, del yo que bloquea la Comunicación (como dijo Klossowsky: la incomunicación existe porque existe el yo), pero que pese a Ello habla, babea (quisiera, por medio de esa interminable palabra vacía, dejar de ser), extiende sus inútiles tentáculos en dirección al Otro —inútiles por cuanto, lo hemos dicho, el yo es la causa del Otro—, si la palabra vacía es pues esa estéril tentativa —estéril por cuanto se contradice a sí misma— de comunicar por el

lenguaje (se logra sólo esa baba, derramándose, como Mallarmé dijo, en silencio), la palabra plena será entonces aquélla que rechaza toda comunicación *verbal*, la palabra que no habla, la palabra de un —esta vez— elocuente Silencio, la palabra aparentemente vacía.

Esta palabra nada *significa* (la significación es una categoría lingüística). *Ríe*. Ríe silenciosamente, como un personaje de Sartre —Erostrato— ante las piernas abiertas de una *prostituta* (el habla). Ríe, o lo que es lo mismo, Comunica: lo que logra incendiando el templo de la Prostituta —Diana, el habla—, o disparando contra él, con certero dardo, con el arma dotada del más eficaz *silenciador*: la escritura, que es esa Palabra Aparentemente Vacía cuando puesta sobre el papel.

Pero lo que anticipa esa escritura: esa palabra *aparente*, será siempre, para los que se nutren del cadáver de la escritura: para los críticos, para los que Nietzsche llamó «eruditos *trabajadores*»: que no ven al pájaro aun cuando pase a su lado, porque sólo lo conocen por su esqueleto, para los «intelectuales» activos, en un sentido opuesto a la Acción (a lo que contradice al ser y está, por eso mismo, en su principio como en su final), para los adictos a la Literatura (esa palabra que, para resonar mejor en el vacío, ha de escribirse siempre con mayúscula: y que por lo tanto no entrará en el juego de Carroll, incluido en la presente selección, de «Las bodas de lo incompatible»), para esa estantigua será siempre, decía, esa palabra aparente, una palabra vacía.

Y sin embargo es sólo, lo estamos viendo, lo veremos mejor si leemos a Carroll, una palabra *aparentemente* vacía.

Es el verbo de Carroll, a nadie dirigido (ni a las matemáticas ni a la literatura, ni tampoco al hombre, sino al niño), no-lenguaje, por lo tanto. Su facilidad recuerda a la palabra vacía; pero ¿cuál es el sentido de esta facilidad? Podría muy bien decirse que todo sería más fácil de morir el lenguaje: pero esto, en la palabra, resulta increíblemente difícil. No, se trata de una facilidad tan aparente como la pretendida vaciedad. En realidad, el verbo de Carroll, aun cuando parezca fluir sin ninguna dirección, fluye en una: en la dirección de nadie, está repleto de sentidos, cargas: una insignificante charla resulta ser el fruto de un elaborado cálculo matemático, y un elaborado cálculo matemático se transforma, a la postre, en una insignificante charla —es decir, en un habla repleta de sentido—: así, en «El ensayo de Balbus», trampa físico-matemática para el lector, la solución, que

anularía la paradoja, resulta ser otra trampa, una nueva broma: y con ello —que es la conocida dialéctica Cantos-Poesías-Cantos— se da lugar a un movimiento circular e infinito, en una dirección que nos aleja más y más de la Obra, del estatuto de lenguaje, sin resolverse nunca en un nuevo estatuto ni siquiera en un meta-lenguaje: Sin-sentido del que se nos da como clave Otro sin-sentido, creando así un cerrado e infinitamente abierto espacio, una palabra, una escritura circular y en blanco, una obra que —en las Poesías de Ducasse o en la solución al ensayo de Balbus— encuentra su máxima crítica en sí misma, se da a sí misma su propia réplica, y por ello desaparece: en el mismo movimiento que provoca su aparición: una obra que, desaparecida, permanece (haciéndonos desaparecer).

La palabra en Carroll es también plena —y parece también, por la misma razón, vacía—, por cuanto atiende más al significante que al significado; como ocurre en la locura o en el inconsciente, Carroll asocia las palabras, más por su sonido, por su materialidad, que por su significado. Éstos son sus famosos *juegos de palabras*. Se sirve de ellos para ridiculizar al lenguaje (al lenguaje religado a un significado o, en otras palabras, a la religión, al significado).

Pero la palabra Plena —como reconoce Lacan en su prólogo a una obra que glorificaría su empresa: la tesis de Rifflet Lemaire— persevera siempre como un Enigma: incluso si tratamos, con ciega obstinación, de aproximarnos de nuevo a ella, tratando de definirla. Diremos: la palabra plena —que es siempre la palabra aparentemente vacía— es pues la palabra replegada en sí misma (la palabra de Saint-Accroupi), la palabra que se habla a sí misma, la palabra del —que ya a nadie habla, o a Nadie— sujeto, del que *habla solo*, y a nadie dice la verdad (o que para utilizar creo que por tercera vez un juego de palabras caro a Carroll como a Homero, dice la verdad a Nadie), la Verdad que es, nos dijo Hegel, el Círculo.

Serie —mejor significada, peor expresada—, fusión de *apariencia* —imagen— y *símbolo* verbal (añadimos «verbal» al término símbolo puesto que también la Imagen, contra lo que Lacan dice, es simbólica), i. e., la reunión de los dos discursos que en el hombre pugnaban: el Discurso de la Imagen —el lenguaje de los animales que nos describe, entre otros, Benveniste o de los *pájaros*, nos diría Fulcanelli, el Discurso del Inconsciente y el discurso del yo, el lenguaje verbal (inexactamente llamado por Lacan discurso del símbolo).

Suma ésta de discursos antagónicos —*de l'Homme et l'hommelette*, de la palabra rígida y unívoca y el signo plástico, o de plástico, que no se habla, o que hasta ahora no se ha hablado—, que sólo se escribe: suma de enemigos, *coniunctio oppositorum* que se ha dado tan sólo en la Escritura, pero que, de realizarse en el hombre —en un soñador despierto, por ejemplo, o en un loco capaz de hablar del caos ordenadamente—, nos daría, de hablarse: el Superhombre.

Porque, en efecto, si la palabra Plena es la que *nadie* dice, es entonces la lengua de Ulises: la lengua total y *pura* —extensa e intensa, tónica, y, a la vez, monótona, sensible y significable, imaginaria y simbólica, muda y elocuente—, la lengua que dice Nadie, la lengua del Superhombre (mal traducido por «genio»).

3. *La escritura como abolición del Otro. Carroll y el lector*

«... puse un punto y aparte en una carta que no se engaña sobre su destino, es decir, que sabe, aunque destinada, que carece de destino. He aquí el sarcasmo: una carta que reniega de su destino, desarraigado del forzado compromiso con quien nos ignora, con quien se sirve fatalmente de nosotros, pese a nuestra repugnancia, *a la repugnancia que a este papel inspira todo contacto*»^[9].

Leopold Von Maskee, *Diario de una no-vida*

Si nuestro semejante está, por el yo y por la palabra, configurado como el Otro: por cuanto la única vía de acceso que tenemos a ese aislado —por el yo es ese *aislante*, la palabra, y no la Comunicación (la sexualidad, la risa), es lógico que la Escritura, que actúa en otra dirección que la del lenguaje, y que es la tercera forma de la Comunicación (esa traición al lenguaje, esa sangrienta burla), sea por ello un camino para abolir al Otro, para hacer de él (como hace el esquizo que «toma al otro por un semejante») un semejante, un prójimo. Si el sentido del arte, como hemos dicho impugna la identidad (y por

Ello difícilmente puede ser conceptuado, por Ello es imposible una Estética), abolirá, junto con el yo, su inmediato producto, el Otro.

La escritura, el discurso de la imagen, es sinónimo de esa Comunicación inmediata relegada, por el lenguaje que la puso en sombra, que la encerró en el inconsciente (que por ella se comunica: cómo explicar si no la famosa «comunicación de inconscientes»), al área del descrédito —que es la región del Inconsciente: de esa sin embargo realidad certificada por autoridades como Rhine, o, más recientemente, Ehrenwald, la Telepatía, la comunicación por imágenes— las de, por ejemplo, la baraja de Zenner: los experimentos hechos con contenidos verbales han resultado un fracaso: es decir, de la comunicación *animal* (es fácil, para una mirada desiogologizada, o *deshumanizada*, ver que el animal se comunica, más bien que por un lenguaje de sonidos, telepáticamente: si no fuera así, los animales más inteligentes serían los canarios, que son los que emiten una mayor gama de sonidos, y no los monos o los delfines, que emiten muy pocos —sobre este punto cf. Kiss Maerth, *El principio era el fin*—), es decir, de esa comunicación que en el ente humano, el sexo y la risa desarrollan: la escritura es entonces sinónimo de todas las comunicaciones no verbales: la telepatía, el sexo y la risa— por las que el Otro pasa a ser nosotros mismos: que elimina las distancias que el yo y el lenguaje verbal produjeron.

Ahora bien, esa «armonía pasional» (lograda al reemplazar el lenguaje por comunicaciones no-verbales) es sinónimo de la Muerte del Otro, de su asesinato. Sólo a partir de esa eliminación sucederá la Aventura: que será la aventura del Robinsón Absoluto, el de Michel Tournier, en un mundo sin Otro: donde por primera vez estaremos no(so-)OTROS.

La escritura sitúa esa absoluta Isla: y es por lo que quien escribe se transforma en ese absoluto Robinsón, en el ser Más Solitario («la palabra crea soledad», como decía Von Maskee), en el extraser que habita «la más sola de las soledades» (F. N.), aquélla en la que tampoco él está. La escritura es pues, como dijo Góngora, la elaboración de una absoluta y resplandeciente Soledad: y al decir esto parece que nos contradijéramos, pues hace poco hablábamos de ella como de una forma de Comunicación, es decir como de una forma de emerger de ese estado de «emparedado vivo» que es el yo (Paz): pero, por cuanto en este sistema de relaciones —impropriamente llamado «capitalismo»— la Comunicación está prohibida —o al menos excluida— del trato social normal, de la vida cotidiana, se considera a la sexualidad y la risa, a los actos comunicantes, como pausas en ella, nunca como la Norma, por esa

razón quien aquí comunica —por ejemplo, un borracho, un exhibicionista, todo aquel que trate de relacionarse con nosotros por otros medios que la palabra, por abrazos, bromas que el yo considera «pesadas», por el anasurma —, está siempre excluido, si no situado, como el alcohólico o el «loco», en una cárcel más material que la del lenguaje, es siempre, como el Diablo, un ser Abandonado y Solitario: arrinconado en una soledad doble porque, como dijo, un esquizofrénico citado por Laing, «*is different to be alone than to be lonely*» y a su *being alone* —a su *Ser* solo— la sociedad le añade el *estar* solitario (y cómo podría no estarlo aquel que se limita a escribir —a comunicar— y no habla; en un sistema cuyo eje no es el capital, sino el habla, y que prohíbe la comunicación, desterritorializa la Escritura, un sistema que, como nos dice Deleuze, es «profundamente analfabeto»).

Por ser lengua extrañamente comunicante la Escritura realiza pues, a la vez, un asesinato y un suicidio —como Eróstrato pretendía, cinco balas disparadas, al azar sobre los *transeúntes*, y una, por ningún azar, dirigido necesariamente a una conciencia que no había precisado del disparo para explotar, hace ya tanto tiempo—: asesinato y suicidio que son uno y lo mismo puesto que, como el psicoanalista averigua (cf. Stengel, *Psicoanálisis del suicidio y los intentos suicidas*), si me suicido no es sino para asesinar al Otro.

De este asesinato que las letras realizan se ha hablado mucho (cf. Lacan, Blanchot, Sartre en su *Saint-Genet*, en el capítulo titulado «Las bellas artes consideradas como un asesinato»), como también del suicidio que la literatura exige (cf. por ejemplo Blanchot, *El espacio literario*, «Kafka y la exigencia de la muerte»): pero lo que no se ha dicho es que lo que aquí se asesina, no es al hombre, sino al hombre en tanto que Otro, y que lo que suicidamos es nuestro yo.

La escritura, pues Nadie se dirige: por ello no hallaremos esas debilidades que tuvo, creo, hasta un Artaud, y que son las *dedicatorias*, en la escritura absoluta —y por ello la más ilegal, la más sola—, que es la de Sade: por ello Sade, como Blanchot, insistía, es siempre impublicable: hablar o escribir sin dirigirse a nadie (i. e., sin dirigirse al lector) es «*l'inconvenance majeure*», el crimen cuyo resplandor (para todos invisible) es eterno: «el crimen moral», decía Juliette, «al que se llega por escrito». Por ello también a Hegel, en la madurez de su escritura, en Berlín, le resultaba tan difícil escribir cartas, y con frecuencia, después de escritas, no las enviaba, por ello con frecuencia las

cartas de los escritores pueden ser leídas por *terceros*: porque están desde un principio dirigidas a una tercera persona, tercera persona que no es, como nos dice la lingüística moderna, una persona, sino la «función de la no-persona».

Por ello la escritura, en suma, es ilegible, como no sea «pasada por agua»: por el tamiz de la *interpretación*: que es la encargada, cuando el escritor ha muerto, de tapar esa apertura, losa sobre el orificio de su tumba, permitiendo así que el cerco absoluto —«*l'Autre, avec un grand A*»— sea leído por el Otro —que se escribe siempre con una gran O—. Cero absoluto, cero a la izquierda: y, en medio, puente abyecto, la interpretación, la *crítica* (que procura siempre criticar al Sentido, castrar el sentido por el significado, reducirlo a significados —digeribles y *digestivos*— pues, como dice Deleuze, el Sentido Común es esencialmente digestivo, aun cuando para algunos —para sus víctimas—: la Razón, la Sinrazón, el Sentido que las reúne a ambas, resulte indigesto).

Por ello las relaciones de Carroll con el lector —cuando no dirige su escritura al niño, que no es un lector *sensu strictu*— son poco claras: tan pronto se burla de él, como en el problema supuestamente matemático del Nudo VI, tan pronto le coloca frente a una doble trampa (frente a una caja no ya con doble fondo, sino en la que el doble fondo remite a un Sin Fondo): como en «El ensayo de Balbus» y su «solución», tan pronto, como en la paradoja de «Los dos relojes», le obliga a callarse: en nuestra Per-versión hemos procurado redoblar ese desprecio y elevar a la *enésima* potencia (es decir a la potencia no humana) ese odio (excepto en las cartas a niñas, por las razones que a continuación expondremos). Pues el lector es, para el texto, algo ilegible. Algo que sólo sirve para que, por un momento, la escritura de un muerto, *revenant*, vampiro, se nutra por un instante de su sangre: ahora, lector, cuando me estás leyendo, en el instante en que desapareces.

4. Por qué Carroll escribía para niños

Porque el niño carece de yo, no ha visto nunca un espejo, y por consiguiente, no es un Otro. Porque no sabe aún que tiene padres, y por consiguiente carece de yo.

Porque no se oculta aún detrás del yo. Y quisiera que, para imponerle eso que marca al hombre como una *res* —el yo—, el Otro no le encontrara: es el «*juego del escondite*».

Porque es un *in-fans* (lo que, latín, significa un sin palabra): es decir porque no habla, y por consiguiente no es un Otro.

Porque su cuerpo, que es aún *Le Corps Morcelé*, se extiende en todas direcciones: lo mismo que su «transexualidad» (tomamos prestado el término al *Antiedipo*) de Polimorfo Perverso toca hasta lo inanimado: sus juguetes: esos osos de trapo en los que, para nuestra Desgracia, alguien hurgó, hace tiempo. Porque no tiene cuerpo: porque no sabe moverse.

Porque, siendo ese Fragmento, es la única Totalidad (un espejo, al romperse, se extiende en todas direcciones: cf. sobre este punto Andersen, «La reina de las nieves») sobre la que no sólo Carroll, sino todo hombre se inclina, diciéndose a sí mismo que lo hace para protegerlo, cuando es el niño quien se inclina sobre el hombre, quien podría únicamente protegerlo, cuando lo que en él el hombre busca —aparentando *afabilidad* (etim., creo, capacidad de palabra) pero, en realidad, con desesperación— es el Falo, la Unidad (pues sabido es que el Falo es el lazo simbólico de unión con un universo^[10] que, después del lenguaje, no nos contesta.^[11]

Y porque el niño significa nuestro falo perdido, es por lo que la sexualidad tiene como fin, en el régimen de la Castración, otra cosa que sí misma: la Generación —es por lo que existe la Familia (i. e., es una de las causas de esa Castración). Carroll también destinó al niño su escritura porque: esa Unidad, dada en el niño, es, como nos decía Artaud, la Anarquía: y porque aún amamos la Anarquía, si bien sólo nos guste verla representada por un esclavo (el loco —a quien prohibimos porque nos entusiasma—, el borracho —de quien si nos reímos es para proclamar nuestra envidia—, el niño —que únicamente nos divierte si está aprisionado en nuestros brazos).

Porque está desnudo (no es casual que Carroll colecciónara fotos de niñas desnudas y que las prefiriera a las de niños por la razón de que, según él decía, «sólo éstas sabían estar desnudas»: porque para poder estar desnudo, hace falta no tener cuerpo. Por ello, el niño de otra —además del lenguaje o de la antinatural manía neurótica de limpieza—, venganza del Adulto, del Otro —las prendas—, se venga: mediante *el juego de las prendas*). Algo completamente desnudo, algo sin cuerpo, era preciso para el Objetivo

matemático, para el ojo insensible de la Cámara fotográfica —«lo que los hombres llaman Quimera»— («Una oscura leyenda»).

Porque, si no habla, por Ello se puede *comunicar* con él: porque con él, a través de la risa, el juego, o esa sexualidad Perversa (inocente), puede pasar la Electricidad, el Flujo Psíquico, el Espíritu, de un cuerpo a otro (esto en él se hace posible principalmente porque carece de cuerpo, y de yo, y de lenguaje, de *aislantes*): es el juego de *Tú-la-llevas*.

Porque, si es lo bastante niño, no hay en sus juegos penalizaciones: si a veces las hay, es, o bien porque ya no es lo suficientemente niño, o bien porque el juego lo ha inventado el Otro, o bien porque el espacio de la penalización es el lugar simbólico del Otro.

En una palabra: Carroll escribía para niños porque la escritura no está dirigida al hombre.

O —quizá— porque adivinó lo que más tarde habría de decir Heisenberg: que si una *partícula* es lo suficientemente pequeña, puede ocupar dos lugares al mismo tiempo: la letra y el sentido.

Partícula que sería entonces —como ya he dicho, y repetiré más tarde— el Superhombre: que es el doble del niño, el niño que ha articulado su vagido, que sabe hablar su silencio, que puede manejar su *Impouvoir*. Sería la partícula capaz de operar la Fisión: la *Bomba Atómica*, la Bomba H.

Y ése —niño o superhombre— es, ahora, Marx lo dijo, «el esclavo del hombre»: la Escuela es esa cárcel: y sólo dos palabras podrán liberarlo: la Escritura —*fort*—, la Revolución —*da*—. Lo primero —*fort*—^[12] es lo que Carroll hizo, lo segundo —*da*— lo que su escritura realizará (cf. el situacionismo para el concepto de revolución como realización del arte).

5. Nuestro dios: la Risa. Bataille y Ferenczi

«La risa es una automática intoxicación de CO₂ (asfixia de los tejidos); El llanto es una inhalación automática de O₂.»

Ferenczi, *Textos póstumos* («La risa»)

«La Risa no se derrama: relampaguea.»

Eduardo Hervás.

Existe un ridículo libro sobre la Risa: el del filósofo Henri Bergson: allí se dice que nos reímos de lo rígido, de lo muerto, del automatismo. Pero en primer lugar, como bien dice Ferenczi (óp. cit.), «el automatismo es tan válido para lo trágico como para lo cómico», Y yo diría: el automatismo es algo más bien profundamente doloroso, profundamente *infernal*: automatismo es en efecto esa *mecánica* del pensamiento, de la que nadie se ríe, esa retórica del pensar, esa sombra del lenguaje, ese «eco verbal» (Lacan), ese conjunto de Voces (en el sentido psico-patológico) que llamamos, eufemísticamente, «sentido común»: cuyos dogmas son inapelables porque *ya no son lenguaje*. Todo hombre actual —«último hombre» u «homo normalis», como le llamaron, respectivamente Nietzsche y Reich— está por ello, de alguna manera, «forcluido»: excluye el lenguaje, y actúa sólo mediante «residuos verbales»: los reflejos condicionados que el lenguaje creó en él: y por esto *forcluye* a la escritura —por él el escritor está hoy *maldito*, condenado, y ese espectáculo no causa risa. Provocaría risa quizás un autómata, pero no millones de ellos: de lo que nos reímos, pues, es de la singularidad, de lo Excéntrico. Supuesto —y no es mucho suponer— que toda la sociedad fuera risible, nadie se reiría: ni siquiera los únicos seres —«los hombres-libro» de Fahrenheit 451—, en ese conjunto, no-risibles, por cuanto serían aplastados. Y por cuanto hace falta, como veremos luego, pero reírse, reírse *con alguien*, en grupos.

Ahora bien, para la *divinité du rire*, para esa risa Divina, para la risa del hombre que por (ese dios) la Risa se hace dios, ser aplastado, el propio hundimiento, puede ser un motivo de Risa. Ese hombre, al que la risa hizo dios, se suicida, a diario, riéndose. Su suicidio es una carcajada.

En segundo lugar, como bien dice Ferenczi, la concepción de Bergson se aplica sólo al motivo de la risa, no a la risa misma. ¿Qué es, entonces, la risa? Un enigma —es, en efecto, el único lenguaje, junto con el llanto, natural, innato en el hombre: pero no se da en ninguna otra *naturaleza*, en ningún otro animal—, un misterio que *ilumina* (Bataille: «el hombre ilumina la oscuridad con su risa»); y esto no es un contrasentido, pues el misterio es, generalmente, lo único que nos ilumina.

Cuando Hegel decía (*Fenomenología del espíritu*) que «la cosa es devorada en los misterios de Eleusis», tal vez con ello nos diera a entender que lo que allí destruía ese límite, esa diferencia, era la Risa, que quizá se hallara, en esos misterios, instituida como un Rito, el Rito de la Destrucción: del yo —ya lo hemos visto, si reímos podemos de nuestra propia muerte— y de su reflejo, la *cosa* (cf., sobre este punto F. N. *El ocaso de los ídolos* —risa, carcajada infinita de Dyonisos a medida que la realidad, lo finito, por lo tanto lo abocado a un Fin, se deshace): es decir de la «realidad», que es la suma de esos dos fantasmas, suma en la que el signo + —el signo que los enlaza— es el lenguaje: de faltar ese eje, faltaría —y de seguro que no notaríamos su ausencia— la realidad: la realidad del Infierno, que la risa disuelve: la Risa es la Catástrofe de la realidad.

Ahora bien, el Conocimiento nace de, o es esa Catástrofe; se origina a partir de la Destrucción de la realidad (al tiempo que origina esa Destrucción: por consiguiente la risa es *Saber*, saber del *No-Saber*: «la risa presente la *Verdad* que desvela el desgarramiento de la cumbre, que nuestra voluntad de fijar el ser está maldita^[13]»): fijar el ser: es decir afirmar que hay *una* realidad, un punto de referencia único, y no un punto aleatorio, perpetuamente desplazado y siempre *bailarín*: el sentido, saltando de las proposiciones a las cosas, de la conciencia al Inconsciente, sin ser por ello ni lo uno ni lo otro: sin ser —lo que a Todo da sentido— nada. «La risa presente la *verdad*»: la Risa es la Verdad: pero una extraña verdad, la verdad del error, la certidumbre de lo Incierto, el hallazgo del Extravío. Es la Verdad; ¿o es su Conocimiento? (Tan lejano de la verdad, tan nacido de su destrucción, como hemos dicho, y lo explicaremos: dado que, como es sabido, para conocer algo, es preciso *no Ser* ese algo.) Quizá sea el instante *soberano* en que conocimiento de la verdad y Verdad se funden: el Pensamiento del imposible pensamiento (sobre la imposibilidad del pensar, cf. lo antes dicho, como asimismo Artaud, y los estudios sobre Artaud de Blanchot y Derrida): «la risa es pensar —en *un momento soberano*» (Bataille, somos nosotros quienes subrayamos).

La risa, considerada como sinónimo de alegría, no es sin embargo la felicidad —esa abyecta esponja—: la risa nace del dolor ajeno (y la Risa, del propio) y, como veremos luego, produce melancolía.

En efecto, nos reímos si alguien se cae, si algo se desmorona: y en una risa *absoluta*, divina, nos reímos, repito, de nuestro propio hundimiento: pero

¿no nos reiremos, en todo eso, de que el hombre fracase como tal, de que el hombre no sea ya el hombre, de que la «naturaleza humana», la Humanidad, no exista? Si la risa es la Verdad, ¿no nos reiremos, en ella, del desmoronamiento de esa mentira que es el fantasma, el fantoche humano?: «la risa une al hombre a la negación del proyecto que, sin embargo, él es» (Bataille: «*Sin embargo*». Es curioso hallar este residuo de humanismo en Bataille: nosotros creemos más bien que lo que nos embarga —la Risa—, *embarga —letra* impagada— ese proyecto que *era* el hombre y que éste nunca llevó a su fin: porque el sistema de signos con el que ese proyecto estaba diseñado —el lenguaje— era inadecuado para ese Fin: el Hombre: porque, por consiguiente, para que exista el Hombre —que será, respecto a *este* hombre, Superhombre o Extrahombre—, hará falta crear, o re-crear, otro lenguaje: el Discurso del Inconsciente, el discurso que subyace a la locura). Nos reímos pues, y nos tambaleamos: nos reímos de la frágil mentira que somos, por lo tanto, no nos reímos de lo muerto: es la muerte del hombre, de la «verdad», de la realidad antropomórfica lo que ríe: reímos porque estamos —o quisiéramos estar— muertos: y nos morimos cuando nos reímos (Bataille: «Me había reído, mi vida se había disuelto.») Pero siempre, de las cenizas, de las cenizas en que la risa convierte a la realidad y al hombre (como hemos dicho, sinónimos), resurge un Ave: este punto lo veremos luego, al fin de este párrafo.

Y para ello —para que vuela ese Ave—, para que sobrevuele unas cenizas —hablábamos de desenterrar el discurso del inconsciente, el «*verbum dimissum*», como lo llamaba lo Oculto (la francmasonería)—, pues bien, ese discurso se esconde detrás de la risa, es de lo que ella nos «habla»: «Detrás de toda risa se esconde una risa inconsciente» (Ferenczi), es la *Diferancia* (Derrida) quien se ríe de la diferencia (del yo, de la cosa, de la realidad que los engloba: globo inflado y sin embargo lleno, como es sabido, tan sólo de *aire*: al que le basta un alfiler, un relámpago o pinchazo —la risa— para hacerlo estallar: «la risa desgarra la trama» —Bataille—, esa frágil urdimbre —frágil porque el lenguaje que la urde es— lo más aplastante— lo más frágil: enmarañada tela de araña de Maya —que es el lenguaje y la realidad que compone— que, sin embargo, fácilmente, la risa deseje; desgarra: como podría, puede hacerlo, simplemente —por un instante— el maullido de un gato en las tinieblas —cf. Leopoldo Von Maskee, «Canto O»—).

Volviendo sobre lo dicho: «la risa es el fracaso de la represión» (Ferenczi), es decir que por ella se derrumba la condición humana *represiva*, que la moral y el lenguaje defienden, o, en una sola palabra: que defiende el lenguaje (puesto que la moral es sólo un producto del lenguaje); por ella sale a la luz, no la «naturaleza humana» —que se perdió para siempre en los corredores del lenguaje, que ya no existe, como demuestra Lucien Malson en *Las enfants sauvages*—, sino la nada, que es Libertad pura, y que subyace al hombre *normativo* —regulado por el lenguaje—, la Absoluta Nada, la Libertad total que sucedería, en el hombre, de morir el lenguaje —y muere por la Risa— y que sería el Extrahombre, o bien —si antes de esa muerte se procede a redescubrir «el verbo olvidado», el discurso de la imagen, y a fundirlo con el lenguaje verbal: anulando en esa síntesis a ambos: el Superhombre: la Claridad que la oscuridad, si llevada hasta su extremo, si *total*, produce, produciría.

La risa es también «el fracaso de la represión» porque, como ya dijimos, es la venganza de la *lengua* contra el lenguaje: ahí la lengua *saca la lengua* (señala en dirección a otro lenguaje) al lenguaje verbal: por la risa el inconsciente, fundado como Lacan demostró, por el lenguaje, se recobra y resplandece para reducir ese lenguaje a la mudez: por mucho reír nos *atragantamos*.

Por todo ello —por cuanto atenta contra la *moral* de la realidad y del hombre—, la risa está prohibida —si absoluta, si la risa que es ley, si la carcajada del loco—, es un «pecado» —y por lo que, para evitar lo que Freud llamaba (*El malestar en la cultura*) la «angustia social» (la que se deduce para quien se desprende de las redes del lenguaje, de la Ley que es, en este sistema, el lenguaje como bien dice Lacan —olvidando añadir «en este sistema»)—, es, como dice Ferenczi, practicada en grupos, «sólo puede ser practicada en grupos» —para, faltando al Pacto que la palabra es, encontrar otro que lo reemplace: por ello es necesaria «la sociedad de los amigos del crimen», por eso sólo triunfa el «crimen organizado»—. Por esas razones se teme —se considera síntoma de lo Prohibido, de la «locura»— reírse solo.

Porque con la risa *vomitamos* al lenguaje —i. e. al hombre—, porque es, como luego veremos, análoga a cualquier Excreción (Ferenczi: *Analogía entre la risa y el vómito*): al excremento como al vómito, por ello está —por lo que luego llamaremos «régimen de apropiación» —el régimen de la propiedad

privada y de su derivado, el yo—, prohibido, se considera *tácitamente* —por cuanto el hombre ni siquiera, como antes dijimos, utiliza ya el lenguaje, el habla que prohíbe, para prohibir: emplea sólo sus ecos, sus *reflejos*— en el sentido de los perros de Pavlov; lo que Deleuze llama una “aviomática”, en lugar de un Código, es actualmente la Ley —se considera, decía, tácitamente, inconscientemente, como un pecado, como un delito: y por ello ocurre que «después de mucho reír, melancolía (*post coitum triste*)» (Ferenczi).

Analicemos, para terminar, más completamente esta verdad (*omne animal post coitum triste est*): esto no es cierto para el animal, que se muestra después del coito sólo satisfecho, cansado: pero no triste. El animal no conoce la tristeza, que acontece sólo —como el negativo de un afecto reprimido, nos decía Freud— en el hombre fruto de una Represión, de una Escisión (Spaltung), sólo en el animal «racional», en el hombre, dividido en dos por el lenguaje. Así, después de que por la Risa las dos mitades del hombre se reúnen, después de que por ella se alcanza una breve plenitud —como en el coito—, acontece la tristeza, el sentimiento dividido.

Por ello podrá decirse que el hombre es sólo Hombre cuando ríe y también —puesto que, como se ha dicho, la risa es el único lenguaje en él innato— que el hombre escapa a la Castración —que otros contextos llamaron «Caída»— sólo cuando Ríe, que escapa de ese inmenso Círculo Vicioso —del yo al Otro, del Otro al yo, del lenguaje al eco verbal, a un yo compulsivo, feroz por cuanto, sin el revestimiento de lenguaje, inmensamente frágil— que se llama «Humanidad», solamente cuando, semejante a los dioses, Ríe; sólo entonces recupera la Libertad que el lenguaje la hizo perder, —«la cárcel del lenguaje», como dice Lacan— sólo entonces es Libre incluso de sí mismo, libre totalmente y, por ello, pura nada; y la nada ríe. Libre totalmente y por ello Dios (que Dios es la Libertad suprema, total, nos lo decían tanto Hegel como los Herejes del Espíritu Libre): dios pleno y por ello despedazado (ya que, como dijimos a propósito del Niño, el fragmento es la única Totalidad), Dyonisos, llamado «Liber» por la Risa troceado, Dios que es «lo que es menos que nada» (Basilides), dios por ello de la Risa, que hace del hombre una nada: una nada que me glorifica —una Risa que me sitúa en un-obsceno-altar, pues no en vano fonéticamente se parecen (y por ello son lo mismo para el Ello) las dos proposiciones—, definiciones de la risa: *gloria in excelsis mihi* y *gloria in excelsis nihil*^[14].

6. Ironía y humor: régimen de apropiación y régimen de excreción

«el humor es (fusión) del sentido y el sinsentido: el humor es el arte de las superficies y las dobleces, de las singularidades nómadas y del punto aleatorio siempre desplazado: el arte de la génesis estática, el saber-hacer del acontecimiento puro o “la cuarta persona del singular”: han quedado suspendidas toda significación, designación y manifestación, abolidas toda profundidad y altura.»

Deleuze, L. S. D. (*Lógica del sentido*)

Hay dos tipos de risa: una es la risa de la ironía, que es un movimiento moral, otra es la risa amoral, completamente amoral, del Humor: o más bien que amoral, extramoral, para emplear un término caro a N., dado que es transversal a la moral, no simplemente su negativa o su ausencia.

La ironía es un movimiento moral porque procede de arriba a abajo —desciende, pero no *baja*—, de las ideas a las cosas: se ríe cuando las cosas —las costumbres— no están conformes con las Ideas, con las costumbres de la Idea, con los hábitos del pensamiento cuyo horror hemos descrito más arriba, y que se denominan «Sentido Común». La ironía es la risa de Bergson: la risa de lo *mecánico*, de lo *muerto* (i. e. el «*homo normalis*» y su «Sentido Común»): como ya dijimos esto no se aplica a la risa *en sí*, o para-sí, sino a su propósito (la risa para Otro) «al hecho de reírse de algo, no a la Risa»: la esencia del *reírse de* (de la ironía) es «Qué satisfacción me da el comportarme bien, no ser imperfecto», mientras que la esencia de *la Risa* (de Humor) es «Cómo me gustaría ser tan imperfecto» (Ferenczi, texto citado).

La ironía, como dice Deleuze es «sólo aparentemente vagabunda»: pero si erra es alrededor de un único centro, de un *locus standi* o punto de fijeza: el yo: «el ironista encarna al Yo fundamental para el que no existe realidad adecuada» (Kierkegaard, *Le concept d'ironie*); y esto por cuanto la verdadera realidad que es la que trasciende a la ridícula suma de yo y cosa, efectuada por el lenguaje, la trans-realidad que es sin embargo la realidad inmediata, que se ofrecería a nuestros ojos si éstos se hallaran libres de sus «hipótesis perceptivas» (Cf. sobre este punto Gregory, *Ojo y cerebro*), que es la realidad

con la cual nuestro espíritu está en íntimo contacto —pese al filtro del lenguaje, cuando lo llena la *pasión*: la realidad, pues, que el ironista *padece*, y que por parecerse diabólicamente a la «suma infinita» de Lucrecio, no le satisface, le irrita, le indigna, por no ser suficientemente *idéntica*, por no responder en lo absoluto al principio de identidad. El ironista castiga con su risa —risa, pues, represiva, a la única que se aplica la concepción de Freud de la risa como *defensa* frente a un placer excesivo— a las cosas cuando dejan de serlo, a las costumbres cuando dejan de serlo, a los individuos cuando, por sus «malas costumbres», por el exceso, exceden al yo: todo, en suma (suma ésta finita, liliputiense —ya que los liliputienses son análogos—, suma de puntos en una superficie plana, suma finita de parloteos, a lo que un autor de paraciencia —prefiero este término al de «ciencia ficción»— concibió como los «*superficiales*», los seres que habitarían un mundo bidimensional: i. e. hecho sólo de dos dimensiones: el yo y la cosa), lo que se rebela contra su identidad, lo que la excede.

De arriba a abajo, de abajo a arriba: porque la ironía socrática es también (Deleuze) «la técnica de la ascensión»: de las cosas o «costumbres» (la cosa es sólo una costumbre del ojo, una «hipótesis perceptiva»), del devenir, hacia el mundo Estático de las Ideas. Pero es siempre un movimiento vertical, y en el que el lugar relevante, el punto de referencia, tanto si descendemos como si ascendemos, lo ocupa el «arriba»: es la risa vacua, lejana e inaudible de los *cielos*; una risa con la que la religión se disfraza.

El Humor, por el contrario, desconoce toda profundidad o altura, es un movimiento de superficie (pero no de superficie plana, sino quebrada: *superficie* ésta que no es «poca profundidad», sino que para ella la profundidad es «escasamente extensa»), un movimiento horizontal, que erra sin ningún centro-horizontal, pero sin horizonte, «sin horizonte o luna, sin viento, sin bandera», como dijo Von Maskee (ese autor tan injustamente desconocido en España, y al que glorifica una leyenda de locura que sea, tal vez, una de las causas de ese desconocimiento) en uno de sus *Impoemas* juveniles: sin viento que lo impulse, Impasible, estoico^[15], apático como el Zen —cuyos Koanes son supremamente humorísticos—, como el reloj parado que, sin embargo, da la hora exacta (en «La paradoja de los dos relojes» de Carroll, incluida en la presente selección): *eso (Ca)* es Humor: el satori o el «pal». Una rueda que gira alrededor de Ningún Centro, una caja sin ni siquiera doble fondo, sin fondo: algo que carece de yo, algo que ignora al yo

como a las Ideas y al lenguaje que las genera para nuestra enorme Desgracia: la «cuarta persona del singular»

Si la ironía obra por medio de *ejemplos*, el humor procede por abruptas designaciones: señalando al suelo, siempre (es, nos dice Deleuze, «el arte de saber bajar», es decir, de lo contrario a «descender» o «condescender»), y en él a objetos absolutamente opacos: un trozo seco de queso, un pez podrido, unos higos y una botella de vino para un burro (los dos primeros objetos pertenecen a Diógenes el Cínico, los dos últimos al estoico Crisipó, quien se *murió de risa* —no metafórica, sino literalmente) cuando vio que el burro tomaba al pie de la letra su Designación de lo Indesignable (la *botella de vino*, que el burro se bebió tras comerse los dátiles; Cf. Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres*): objetos señalados siempre con un bastón, y a veces, a bastonazos (a alguien que le preguntó qué era la filosofía, Diógenes le contestó dándole un bastonazo). La designación aquí no es una categoría lingüística, no forma parte del discurso: si se acude a ella es precisamente para excluirlo. Así, en el curso de una interminable disputa lógica en la Escuela de Anaxímenes, Diógenes sacó de repente un pez —un arenque salado— de su bolsillo —el misterio de lo oral, de la mudez, de lo que está más allá del lenguaje, el agua— *designándolo*, en lugar de la filosofía, lo mostró a los presentes alzando la mano, y manteniéndose inmóvil en esa postura hasta que, naturalmente, los agentes del lenguaje, de lo contradictorio, cesaron en su disputa, y él entonces dijo: «Un óbolo de pescado salado *disolvió* la disputa de Anaxímenes». Disolvió: el humor es entonces ese *ácido* o «agua corrosiva», también llamado «disolvente» por el que la alquimia realizaba su Transmutación.

Si la ironía hacía de un *sin-sentido* —la risa— el medio para instaurar un significado, o mejor, para restaurarlo (aquella idea que faltaba en la realidad ironizada), el Humor, en cambio, es Sentido puro —es decir, fusión de sentido y sin-sentido—, fusión no lograda, como en el primer caso, castrando al sinsentido por el significado, sino por medio de un acuerdo de recíproca *disolución*.

Si la ironía obraba, maniobraba, por medio del lenguaje, el humor es, por el contrario, el Arte de la Forclusión, el arte de vengarse del padre (de castigar al padre, dice Deleuze en su *Presentation de Sacher Masoch*), o mejor dicho: de actuar en su ausencia; esto es la forclusión, en efecto, actuar como si el

padre no hubiera existido nunca (por lo que tanto el esquizofrénico, como el humorista, son unos hijos de puta, unos *malnacidos* —o no-nacidos— y, con él, la Ley —el lenguaje— que él representa); el esquito y el humorista no son por ello domesticables por el Edipo (en esa domesticación consiste el psicoanálisis), por cuanto son (como Dios, Cristo para los gnósticos, el autoguenés; no es extraño que, por ello se crea el «loco» Dios o Cristo: es perfectamente lógico —o al menos, lógico de acuerdo con la lógica, con la simbólica de la forclusión—), Hijos de Sí Mismos, o de la nada, en la que ejercen su arte (no sólo el Humor, la Esquizofrenia es también un arte, un teatro —Cf. sobre este punto Maud Mannoni, *Le psychiatre, son «fou» et la psychanalyse*, sobre «la máscara de la locura»).

La ironía es la risa del pene en erección sádicamente, analmente sobre-determinada, el Humor es la risa de la Castración (que —yo diría— es sinónimo a veces de Falo). La ironía está presente en Sade —en las *demostraciones* de los libertinos: el humor, y su teatro, su nebulosa (la nebulosa sobre la que caen— estallidos de risa— los latigazos^[16]) son esencialmente masoquistas.

La ironía critica, satiriza la realidad; el humor —al otro lado del espejo— la desconoce por completo. La ironía quisiera substituir el actual estado de cosas por otro orden mejor, más «ideal»: «*reformar* las costumbres» es sabido que fue siempre el principal objetivo de la ironía; *castigat riendo* (ironice) *mores*; la ironía es, pues, *reformista*, el humor la *Revolución* que instaura, quisiera instaurar, en lugar de la realidad y de cualquier costumbre, mejor o peor, el orden del Caos, lo Absoluto Extramoral (absoluto, porque se desentiende de la última forma de moral: la moral de la realidad, que es la moral de la ciencia y del Sentido común que en ésta se apoya para confirmar sus Errores: para la crítica de la ciencia, cf. Nietzsche y Von Maskee, «escribimos sobre el límite: cuerpo», en *Escritos póstumos*, Editores Whollylie, Londres, 1824).

La risa irónica es, pues, una risa *entre dientes*: una risa acorralada por las Ideas. El Humor es por el contrario, la risa total y pura: libre de toda cadena, la risa *porque* sí, la carcajada del loco. El reírse solo. La risa que encuentra en sí misma su propia causa, que se sustenta sobre sí misma: como el Barón de Münchausen (quien cayó a un pozo, y esto le provocó risa, y para salir del pozo, reía, y acabó saliendo de él tirándose de los pelos).

El ironista, generalmente, es una persona con nombre, una persona *renombrada*, que desde su altura, se ríe de lo que en el pueblo *bajo*, no se conforma a la idea; de lo que es vulgar, corriente (es decir, que fluye) ordinario: esto es, frecuente, múltiple, y no Uno, como quisiera él que la realidad fuera. El humor, ya lo hemos dicho, es por el contrario, el arte de saber *bajar*: y en su risa Nadie se ríe (es la risa de Ulises frente al yo: el cíclope de un solo ojo, tan cuantioso como estúpido y frágil, indefenso).

La ironía es también, *resentida* o dolorosa, trágica (en su pariente extremo: el sarcasmo), mientras que el Humor está más allá de lo Trágico y lo Cómico, como la Celestina, entre ambos: saltando por encima de la tragedia, siendo la Mayor tragedia, y por ello, su más allá, y de lo cómico (el Humor no es un chiste: es un *chiste malo*), logrando, en una explosión, la síntesis de ambos: en el Flujo Psíquico *Esquizofrénico* (por cuanto ausente, reprimido o recortado en la psique normal: ideologizado o cosificado en lo que se llama «sentimiento») para el cual no hay tristeza ni felicidad, sino una Pasión Única que lo mismo ríe que llora: o que reúne ambos signos en uno solo: el Grito ininterrumpido (por ejemplo, el grito de Antonin Artaud, que duró más de un cuarto de hora), el chillido monótono (y sin embargo, de múltiples valores *tónicos*), pero intenso, del loco (el loco es también un buen humorista), o del histrión.

Bataille, en *Valor de uso del Marqués de Sade*, dividió a la sociedad en dos clases, que seguían dos regímenes opuestos: el régimen de apropiación (el burgués, el intelectual, el erudito, que continuamente se apropián de lo muerto: ya sea éste la «cosa muerta» que era para Marx el dinero, ya sea el cadáver de un escritor: el nombre del *autor*, su biografía y su bibliografía; el ironista, que utiliza la risa no para excretar, sino para *apropiarse* de lo que le resulta extraño) y el régimen de Excreción: el proletario, i. e. el desposeído que continuamente se desposee —excreta— y que es, para la sociedad, un excremento: el —esquizofrénico— que el capitalismo produce como residuo, excremento, y que excreta con mucha más frecuencia que el «*homo normalis*», y dibuja —como Mary Barnes— en la pared, con sus excrementos, la imagen de la Negación; el niño, ese otro «esclavo del hombre», al que el hombre castiga por jugar con sus excrementos, y al que Fourier proponía —teniendo en cuenta que a él no le repugnan, sino que ama sus excrementos, los considera (Freud) como sus «hijos»— para la limpieza de las alcantarillas:

limpieza que podremos realizar todos, si la revolución libera al incesto y por consiguiente, impide que la niñez concluya, y que tal vez, por esas mismas causas —porque entonces seremos niños y amaremos el excremento— no sea entonces ni siquiera necesaria; pero, continuando con la lista de los partícipes del «régimen de excreción», el artista —Mary Barnes se hizo pintora cuando Laing admiró sus excrementos en la pared, y sabido es que la escritura, la palabra, es simbolizada por el excremento—, el escritor, o el filósofo-*total*, que vive sus signos, que vive su escritura, y escribe en su vida o en su «más-vidas» (Girondo), o que, como decía Nietzsche, piensa lo que vive y vive lo que piensa: es decir el antónimo del «intelectual», del literato, del «erudito trabajador», del filósofo socrático o post-socrático y pre-nietzscheano (o pre-kierkegaardiano). Y, para terminar la lista —esta nueva definición del Proletariado—, el perverso —el coprófilo—, el anciano (otro excluido por este sistema y encarcelado —en ese aparente asilo— por improductivo, y que ya no domina sus esfínteres anales), el brujo —si aún existiera—, o satanista que en la misa negra devoraba excrementos y, punto Final, todo aquel que Ría con la risa del Humor, ya que la Risa fue equiparada por Bataille, en ese mismo texto, al acto de excretar.

He aquí la verdadera “contradicción fundamental” que ha existido durante todo lo que Marx llamó «prehistoria», irreductible a lo largo de siglos: entre la apropiación —la clase dominante, a todos los niveles, político, ideológico artístico— y la excreción, —la clase excretada, a cuyos miembros la realidad excluye y considera sacros como el excremento y, como él, intocables, de los que preciso es nos separen los suburbios, el muro del manicomio, o del asilo —, la maldición que recae sobre el artista total (que acaba con frecuencia en la cárcel o en el manicomio: Cf. Sade, Artaud y Pound), los muros de la Escuela, donde es colonizado el niño o, en casos extremos, el satanista, las llamas de la hoguera, que una vez al menos se aplicaron también para un filósofo *total*: Giordano Bruno.

Contradicción que se refleja en dos risas, como hemos visto la Risa de las Cadenas (la ironía) y la Risa de la Revolución, la Risa Roja, la risa de la «gran Política», que es la risa del Humor.

Nota a este parágrafo:

Según Freud, el inconsciente equipara al niño con el excremento: esta singular ecuación era para él, uno de los principales «conceptos

inconscientes»; pero para el niño el excremento no es sólo considerado como un «hijo», un «niño», sino que también, cuando lo deposita en el lugar del coito de sus padres, es símbolo de un Rechazo: el excremento es, en efecto, como demuestra también el conocido insulto, «Vete a la...», el símbolo de la excelencia por Negación; pero esta negación, en manos del niño, no entraña nada negativo: es también, para él, un «regalo». El Humor es también esa negación que «no expresa nada negativo» (Deleuze), la «negación de la negación» que es el Proletariado: el Humor es la risa del proletariado, la carcajada feroz que hará de la realidad un escombro: el Excremento depositado «como un regalo», al final de la historia.

7. *El Número y lo Innumerab*le. Arte, matemáticas y esquizofrenia

“el matemático es un hombre derribado”. Los cuerpos insensibles son los mejores órganos de cálculo —la fotografía».

Sandor Ferenczi, *Textos Postumos*, «Las matemáticas»

Como Michael Holt (*Mathematics in art*) ha señalado, han sido siempre y son —ahora más que nunca— muchos los puntos de contacto entre el arte y las matemáticas. En especial, como es lógico, entre las artes del espacio y la geometría, junto con la ley de las proporciones. Ejemplos claros de pintura matemática son: Cezanne (quien decía que toda la Naturaleza puede ser representada «por el cilindro, la esfera y el cono»), Mondrian, Klee, Escher (el cual decía que las leyes de la simetría eran una de las más ricas fuentes de la creación artística), Duchamp, el op-art (que se preocupa, por medio de la geometría menos euclidiana, por negar el ojo, por no ser mirado), y en éste, principalmente Vasarely, y el *Arte mínimo*: el arte reducido al esqueleto puro que es la matemática (maniobra ésta que ilustra también un ejemplo no pictórico, tomado de la escritura: se trata del texto de Carroll «Dinámica de una partícula», incluido en la presente selección). Y mucho antes que todos ellos, naturalmente, Leonardo de Vinci (cf. especialmente «La última Cena») y Durero (el cual dio, con su *Esquema geométrico del movimiento humano*, la réplica anticipada de lo que habría de decir, más tarde, el Constructivismo —

E. J. Brower—: que los números son una actividad, que se generan: no existen).

Michael Holt, en su interesante libro, observa cómo el desarrollo de las matemáticas ha corrido paralelo con el del arte: éste refleja (con conciencia o sin ella) siempre las «verdades» (pero ¿es la matemática cierta?). Ya hemos visto que el Constructivismo, en cierta manera, decía que no (y sobre este punto insistiremos más tarde. Pero quizá lo sea si la Verdad, como dijo N., es una ficción pura —o si la Verdad es la Ficción, lo Imaginario, i. e. el inconsciente), que daba a la luz la matemática: así el arte moderno ilustra lo mismo la geometría de Lobachevsky y Bolyai, que el principio de incertidumbre de Heisenberg, o la chocante (para el sentido común, que al ser confrontado con las para él inconcebibles nuevas verdades matemáticas, prueba lo poco que tiene que ver con la razón —cuando empleamos esta palabra lo hacemos en homenaje a Hegel, no por otra causa—, con la lógica, con el «sentido») concepción einsteniana del universo finito y curvo en el que los astros son sólo torsiones, distorsiones (concepción ésta tan opuesta a «la armonía de las esferas»). Lo que se ha dado en llamar «muerte de la literatura» es también el reflejo de la muerte de la certidumbre matemática; pero esa muerte, como dijo Deleuze (*Antiedipo*), es «infinita» y eterna será también la Incertidumbre.

Hay otro paralelo —éste desolado— entre las matemáticas y el arte: y es que esta ciencia (diríamos mejor para-ciencia, para expresar así nuestro odio por la ciencia), contrariamente a todas las otras, útiles, serviciales, conformes a la estatura del hombre, y que en nada semejan a ésta, dada la absoluta, o casi, inutilidad de las matemáticas, inutilidad, es decir, *pureza* absoluta de esta extraciencia, que, como ahora sobre todo demuestra, rebasó siempre la estatura del hombre (i. e. de la *Aritmética*, la oveja negra, hijo malnacido de las matemáticas, como un hijo malnacido es el hombre), esta metaciencia, o Ciencia (con la mayúscula divinizamos la palabra, i. e. negamos el lenguaje y a su producto, el hombre, lo contrario de los dioses: pues los dioses no hablan) decía absolutamente pura e inútil cuando no se la obligó a ponerse al servicio de la balística (y entonces se vengó diciendo que la bala habría de recorrer una elipse, y que, por lo tanto, no llegaría nunca a su objetivo, lo mismo que la flecha de Zenón o el fatigado Aquiles de Carroll), o de algún otro propósito «útil» —permítaseme el sarcasmo: porque el siguiente fue la bomba atómica, venganza suprema de las matemáticas contra el hombre que trató en vano de esclavizarlas—; a tales intentos de hacer de las matemáticas

otro «esclavo del hombre» —como el niño o el inconsciente matemático—, las matemáticas tendrían que haber contestado como Diógenes, cuando, al tratar de venderlo como esclavo, le preguntaron «¿Para qué sirves?», y Diógenes respondió «Yo sé mandar a los hombres, ¿alguien quiere comprar a un amo?», cuando, decía, esta Ciencia no se sirvió más que de sí misma, no se dirigió más que a sí misma (como hace el arte y la escritura, que no se dirigen en lo absoluto al público que cree verlas o leerlas: pues tiene puesto el cuadro, o el libro al revés: el espectador del arte, como el lector, son la negación del arte y la escritura), completamente inútil entonces como la literatura y el arte —y por ello Necesaria cuando es un fin—, para terminar este párrafo surcado por tantos afluentes, y para terminarlo, como termina el río, con la muerte —Matemática pura, absoluta (sólo lo absolutamente Solitario —lo que se basta a sí mismo— es Absoluto; sólo el Diablo, entonces, que el mito conceptúa como lo Absolutamente Solitario) y cuando, entonces, se atreve a contradecir alguna de las leyes de la Mecánica, del pensamiento, llamada, como dijimos más arriba, Sentido Común: para el que la palabra Mecánica no es en lo absoluto literaria, sino que tiene la más espantosa literalidad: su automatismo es tan rígido como el de una máquina de contabilidad —ya sé que ésta no es la palabra correcta—, pero sería inexacto llamarla, en este contexto, máquina calculadora construida según el sistema binario: la traducción en señales eléctricas de un número binario es muy rápida: interruptor cerrado, la corriente pasa, significa 1; interruptor abierto, la corriente no pasa, significa 0 (André Warusfel, *Les nombres et leurs mystères*: por lo que, contradiciendo a Deleuze, habría que decir que las verdaderas máquinas no son «deseantes», sino perfectamente *indeseables*: son, no el esquizo, sino el «*homo normalis*», ese robot sombrío, duplicado borroso del Hombre: esa máquina de conteo *binario*) cuando osa, decía —antes de que el río cruzara un maloliente *pantano*: unas temibles aguas movedizas en que se hunde el hombre y sus últimas palabras—, alejarse del tembladeral, por una serie infinita de distancias, será, lo mismo que lo fue Durero, el cubismo o el arte *abstracto*, objeto de la «risa de exclusión» (de la ironía, que es la risa que excluye, mientras que el Humor incluye: todo en la Unidad de la Anarquía, en la Risa Una, mientras que, por el contrario, la ironía es la risa dividida) del «*homo normalis*», de lo que Lacan llama *sujet* —«*sujeto*»—, por él la voz del matemático heroico como para estructurar la imposibilidad, darle forma y convertirla así en «imposible real» (creo que el término pertenece a

Malarrama, o Árbol erguido en el vacío —viril, *mâle*—, Malebranche, aunque de que pertenezca a este último no estoy seguro) por él, decía (aunque me inunde el discurso de ello —o de ellos—), la voz de quien fue demasiado lógico para la Sombra (en la caverna) de la lógica, que es el S. C. o (*S. S.* = Sin Sentido), será desoída, y por abrir, con una matemática que es para el hombre —pero sólo para el hombre— y quisiera, para escribir esta palabra, la mayor de las minúsculas: inconcebible, «imposible» (demostraré que éste es posible: si el Otro es, como dice Deleuze, siempre un «mundo posible», de morir el Otro, no nos quedará más que *lo imposible*), por abrir, decía, no hablé, dije, con una lógica de lo imposible, paso al Superhombre, este matemático, como el artista que expresó en su obra lo mismo (pues el verdadero arte tiende a rebasar al hombre: por ello la locura de un, por ejemplo, Artaud, lo mismo que la de Nietzsche, no es casual, no es un accidente desdichado: si no lograron con ella al Superhombre, lograron al menos el extrahombre), este matemático de lo innumerable morirá por ello, digo, en el silencio: hasta que, muchos años después de que se haya producido la condición *sirte qua non*, que es su muerte, y cuando sus obras —neutralizadas por su muerte— hayan tras de mucho esfuerzo logrado traspasar la espesa corteza de los *S. S.*, se le erigirán monumentos, para difuminarlo con la nube de la gloria, para que la piedra esculpida lo borre. Esto fue, en efecto, lo que sucedió (aunque imagino que en su vida hubo también muchas vanas esperanzas, sueños afluentes), entre otros, al matemático Georg Cantor, de quien toda su vida se rieron por sus ideas sobre el Infinito como de Manet se reirían por su Olympia. Así, en matemáticas como en arte es aplastantemente cierta la frase de Picasso «el *contra* viene antes que el *a favor*»: lo que prueba que las matemáticas son esa Ciencia: el Arte.

Otra relación entre arte y matemáticas es dada por el fondo psíquico, a la vez que el sistema de signos común a ambas: la Esquizofrenia. Las matemáticas son profundamente Esquizofrénicas y de las matemáticas aplicadas, lo es en especial, como nos dice Deleuze —*Antiedipo*—, la *microfísica*: la ciencia de la *partícula*, que en el texto que en este libro presentamos (*Dynamics of a particle*) es descrita por Carroll en toda su Esquizofrenia, en todo su Humor —pues como ya dijimos, la Esquizofrenia es una forma del Humor—, y la representación algebraica, en ese texto de la partícula, concuerda con lo que estamos diciendo: «*L. S. D., a function of*

great value», y por ello hay allí, como en el Esquizofrénico, una absoluta *carenza de sentimientos*: «*mathematics is not concerned with affect*» (M. Holt): y ésta fue la razón de que el esquizofrénico Carroll (sobre la Esquizofrenia de Carroll véase Deleuze, «*El esquizofrénico y la niña*», como asimismo su biografía por Henri Paris) las escogiera como su oficio: su Lógica que sólo el Paranoico desarrolla a la perfección, y que carece también, como la matemática, de sentimientos y su Geometría eran muy semejantes a lo que la clínica —el código penal— denomina y describe (una crítica más para ciertas llamadas ciencias —como la historia o la zoología— y especialmente para ese «*mito científico*». V. Deleuze, *La psychologie, mythe scientifique* —que es la psicología especialmente así aplicada— la psiquiatría: en donde lo único que se hace es nombrar, clasificar, describir: «La categoría *escisión* hecha método científico» —Deleuze— escisión en efecto es la clasificación zoológica —basada sólo en el aspecto, clasificación formal— como el diagnóstico psiquiátrico y por ello puede decirse, esta vez irónicamente, que la Psiquiatría es una seudo-ciencia esquizofrénica: pues la palabra «esquizo» —skhizein— alude en griego a dividir, i. e. a clasificar: la psiquiatría puede pues decirse con justeza etimológica, es el Delirio del Sentido Común, su sueño de ser cierto, de ser realmente lógico, más bien que el delirio o el sueño de la razón, pues ésta, en Hegel, reúne, mientras que las S. S. continuamente clasifican: tipos de hombres, ecos de pensamiento, etc. es —el S. S.— también esquizo, y la psiquiatría por tanto el delirio de un delirio^[17]) decía, pues —hace mucho tiempo—, que la lógica y la geometría de Carroll se aproximan a lo que el código de la Esquizofrenia describe como «racionalismo mórbido» y «geometrismo mórbido» (Cf. Minkowski, *La esquizofrenia*).

Por todo ello, por su esquizofrenia, por su carencia de sentimientos, porque ofrece un modelo —en la acepción matemática de la palabra— al Flujo Esquizofrénico (que es, como vimos, a propósito de la Risa del Humor, esa misma «carencia de sentimientos», esa Pasión: Ver en N. la equiparación de frialdad y pasión: «El justo —se refiere sin duda al Esquizofrénico, al Matemático— ha de ser pasión y frialdad», en *Así dijo, en silencio, Zarathustra*), la Matemática es la muerte de la subjetividad: como también de la objetividad, «el matemático no es objetivo», decía Ferenczi: por lo que la Matemática Esquizofrenia —que empieza en Stigel, continúa en Carroll, y en

Lobachevsky, Bolyai, Riemann, Einstein, Heisenberg y en la más reciente negación de Einstein (no para disolver su paradoja, sino para redoblarla, dificultándola, al hallar partículas que viajan a velocidades superiores que la luz— toda la teoría de Einstein estaba basada en ese límite máximo, pero como también estaba fundamentada por otros cálculos que aún rigen, lo que se deduce de ese descubrimiento es la multiplicación de la paradoja einsteiniana), Yukawa, Brower, y —aunque en éste no mucho—, sólo por lo que se refiere a su teoría del continuum-Hermann Weyl; sin olvidar al ya citado Georg Cantor, al que la Esquizia de sus conceptos le costó estar Solo y no ser oído (pero no sólo él estuvo solo, el matemático es también, como antes dijimos que era el escritor, un Solitario), por lo que la Matemática Esquizofrénica, decía, crea un meta-sujeto-objeto: que es el *Número* (particularmente el que en seguida analizaremos, el *número negativo*, la cifra del inconsciente), especialmente si hecho uno —en el infinito de Cantor— con lo Innumerables (con el arte).

Los problemas que ocupan al matemático Gardner en su libro *The ambidextrous universe*, la simetría y la asimetría —del espejo fueron también, claro que en forma muy distinta, la preocupación: de Carroll éste, entre las tres formas de negar la matriz del yo (cf. sobre este punto Lacan, *El estadio del espejo*)— que son, una, que nuestra imagen no aparezca en el espejo, bien porque no le miremos, porque, como sucede con el LSD, tengamos miedo a los espejos, bien porque seamos una niña-Carmilla, o un sin yo y sin tiempo: un vampiro, de los que se dice que su imagen no aparece en el espejo, o bien, si somos Mr. Edward Jones en el cuadro de Magritte «Retrato de Mr. Edward Jones» —en el que el espejo reproduce la espalda, y no el rostro, de Mr. Jones — y otra, más valerosa, romperlo (para que nuestro yo se multiplique al infinito, para que nuestra cabeza sea sólo un conjunto de imágenes rotas) o, más heroica e imposiblemente (tautología, pues todo heroísmo lo es de la imposibilidad), *traspasarlo* —situándonos así en el lugar de la Asimetría (*The Wonderland*), Carroll, como es sabido, escogió la más ilimitada.

Otro punto de contacto entre arte y matemáticas es éste, muy sencillo, y al que ya hemos aludido al decir que la Matemática es la ciencia que es el arte (*química*, quería Pound que fuera la escritura) y es que, como bien dice Holt, «*equations are beautiful!*», la matemática es bella en la misma medida en que es Esquizofrénica (puesto que no sólo la Esquizofrenia es Belleza, sino que la

Belleza es Esquizofrenia). Herbert Read da la razón a nuestra identificación (y no ya sólo semejanza, recorrido paralelo) entre arte y matemáticas cuando dice que «el matemático es un artista abstracto».

Las matemáticas son bellas también, porque, como antes insinuamos, son *inciertas*, porque implican no sólo, como dice Ferenczi en el texto citado, un «alejamiento de la realidad», sino su Negación. Así, en efecto, tantas veces se ha sacrificado la realidad a la Simetría, a la Geometría —por ejemplo en una patena bizantina reproducida en *Symmetry*, de Hermann Weyl, en donde aparecen dos Cristos, uno a la derecha y Otro a la Izquierda, como ocurre también en el arte egipcio o sumero-acádico, donde la realidad es sustituida por una geometría jeroglífica, o, caso extremo, en Mondrian, que quería «destruir el volumen» por medio de la más atroz Geometría: la del vacío, en que no sólo el volumen, sino lo bidimensional, estuviera ausente: este último era el Sueño imposible de Paolo Uccello, al menos en su biografía ficticia por Marcel Schwob—. La irrealidad del número es, por otra parte, y como ya sugerimos, un concepto de la misma Matemática: el Constructivismo, con Brower a su cabeza, afirma que los números no existen, son, como el arte, un gesto arbitrario, una Acción: el negativo del Ser.

Los números son, por ello, lo mismo que la palabra, equiparables a la Muerte: lo mismo que la palabra es «el asesino de la cosa» (Lacan), lo mismo que cualquier símbolo es «lo muerto de la cosa» (Hegel). Y también Blake: «*Grecian is mathematical Form: Gothic is a living Form*», con lo que nos dice que lo Viviente es lo Informe, lo Indiferente, lo Innumerable (el arte gótico). Por ello, el Tiempo, como nos dijo Einstein, es, en el campo de las matemáticas, una instancia paradójica: ellas son aplicables sólo a la Eternidad (por ejemplo, en Pitágoras), que es la Eternidad de la Muerte (no hay paradoja ni blasfemia en decir que Dios es un muerto: ya que, para citar de nuevo a Maskee, «el nombre de Dios es la Muerte», Dios, Eternidad, es sinónimo de Muerte). Otra de sus posibles aplicaciones, no al movimiento (y aquí contradecimos al Constructivismo, al que antes dimos la razón, lo mismo que a Durero, pero, como Hegel dijo y Lacan sabe y demuestra a diario, sólo de la contradicción en el discurso nace la verdad del discurso, que es siempre de doble cara, de inscripción doble), sino a la muerte de la Energía, es decir, a la *masa*, a lo material: la piedra. A este respecto conviene recordar la etimología de la palabra Cálculo, del latín *calculus*, piedra.

Pero esto es otro parecido con el Arte: que, como Mallarmé dijo, es sinónimo de Muerte, de losa o piedra que en él, como en la alquimia,

resplandece en una pluralidad de sentidos (por ello, masa ardiente: estrella o meteorito).

Algunas de las modernas paradojas matemáticas dan hoy razón de esa «*Mathesis Demente*», Matemática esquizofrénica, de la que Carroll fue el precursor: lo mismo que muchas de sus paradojas lógicas son hoy valoradas en gran medida por la Lógica más avanzada (cf. Ernest Coumet, *Lewis Carroll logicien*), así, por ejemplo, la que se deduce de la reflexión de Russell (*History of Western Philosophy*): si todo es divisible al infinito, por tanto la más pequeña porción de una cosa contiene algo de cada elemento; las «cosas» son la suma mayor de un mismo elemento (su identidad es, pues, sólo una ficción que remite a la diversidad, a la pluralidad). Por lo que tenía razón Anaxágoras al afirmar que la nieve es negra y le sobraba razón a Carroll cuando transformaba a un bebé en un cerdo, al amor en un guante y a un naípe en un ser dotado de habla (el primero y último ejemplo pertenecen a *Alicia*, el segundo a una carta y a una niña incluida en la presente selección).

Pero los números de Carroll eran sobre todo esos extraños números que existen menos que todos los otros: los llamados «números negativos» o «*numeri ficti*» (aparecidos por primera vez en la *Aritmética íntegra*, de Michel Stigel, en el siglo XVII). Éstos componen una matemática que es, como dijimos ya más arriba, la matemática del inconsciente (Ferenczi, óp. cit., «Matemática del inconsciente: una matemática *primitiva*^[18], aproximativa, de las semejanzas, *pero matemática de todos modos*»): en efecto, ¿por qué no ir más lejos que Lacan y pensar que, si el inconsciente «está estructurado como un lenguaje», puede estarlo también *matemáticamente*? Su matemática sería la de los «*numeri ficti*», la matemática-juego de Carroll.

Esos números, que menos que ningún otro, a nada se refieren, nada designan, existen para nada, como todo aquel que *escribe* y trabaja con los «*verba ficta*» (que, en este caso, son *todas* las palabras).

Y la posible Estatua —de Carroll—, una estatua sin volumen, porque sería la estatua de un cuerpo que no existe, de un cuerpo fragmentado (como, en efecto, Deleuze dice que es Carroll, en el citado capítulo «El esquizofrénico y la niña»: un cuerpo troceado, en contraposición a Artaud, un cuerpo sin órganos) hubiera sido el «triángulo imposible» diseñado por los psicólogos L. S. y R. Penrose, ese triángulo compuesto de tres barras cuadradas que se apoyan, sin dejar el menor intersticio, la una sobre la otra, y del que Escher

escribió «si seguimos sus diferentes partes una por una no hay manera de descubrir error alguno. Sin embargo, su totalidad es imposible». Lo mismo ocurre con «El ensayo de Balbus», «El problema hemisférico», la paradoja de «Los dos relojes» o con «Lo que la Tortuga dijo a Aquiles».

Esa estatua de lo sin cuerpo, por lo tanto de la negación de la geometría, que la Revolución convertirá en una estatua ecuestre.

Su negación

«la noche del niño perdido»

Georges Bataille

1. Artaud y Carroll. Lo Extrahumano. Razón de algunas perversiones

He suprimido la *felicidad* del texto, pues el Humor es desdichado, pero sobre todo por cuanto, como Artaud decía —y a propósito precisamente de Carroll—, ya que el lenguaje no es cierto, ya que «el alma del hombre no está en las palabras», etc., es necesario que se sufra cuando se escribe, y el rostro de Carroll —y a veces, su escritura— rezuma felicidad.

Porque es necesario sufrir por la escritura, siempre lo ha sido, pero lo es más aún en un momento como éste en que, al retornar lo reprimido (pues la Modernidad es el Retorno de lo Reprimido), el inconsciente que la lengua produjo como tal inconsciente, el lenguaje, esa principal arma de la Censura, agoniza (entre otras, es síntoma de esto la palabra DADA), en un momento como éste en que (como señalaron los gritos —soplo de Artaud, su verbo inexistente: rouarghbande, los sonidos inarticulados que eran el principal instrumento del Teatro de la Crueldad: el principal instrumento *acústico*, porque el Arma por excelencia era allí la Imagen, el gesto, el movimiento desacompasado de lo sin cuerpo) esa Barrera (sentado sobre la cual Humpty Dumty decía: «lo que importa —en las palabras— es saber quién es el Amo»: si el signo verbal —el Amo actual, la principal defensa de la clase y el orden dominantes o, por el contrario, ese otro símbolo que es la Imagen— y que es ahora el Esclavo, relegada al área del descrédito —como todo contenido inconsciente, lo está hoy en los tebeos, en las foto-novelas) está a punto de

saltar hecha pedazos, dando lugar así al Apocalipsis, que será la caída de las proposiciones explotadas sobre las cosas, sobre los cuerpos, será preciso, *Si aún se escribe*, morir por y con el lenguaje que se escribe.

Si aún se escribe... Y ese que *aún escribe*, ése que aún es posible leer, ése es el *Maldito*, el que dice *mal*, es decir aquél que escribe con escritura (acción, que escribe no *acerca* de su vida, sino en, sobre su vida), aquél cuyo cuerpo es una escritura, y que acompaña a su otra escritura, sobre el papel (en la que igualmente se excede, la excede para que de ella sobresalga el cuerpo), de una Mímica fatal, de un Aullido y un borboteo de palabras sin sentido, cuyo objeto es negar la obra que escribe, o lo que es lo mismo, ir más allá de ella, en la dirección que señala el «Anticristo» de Klossovsky —*Le Baphomet*—, en la dirección del lenguaje —cuerpo o del cuerpo—, lenguaje (cf. el análisis de Klossovsky por Deleuze. «Klossovsky y los cuerpos-lenguaje»: ésta sería, según Deleuze, «la verdad del Anticristo», del «Príncipe de las modificaciones» en oposición a la de Dios que es la de la escisión, y a la vez la de la identidad, la del yo —como dice Klossovsky, «la tumba de Dios es la tumba del yo» o viceversa—: la unidad del lenguaje con su antónimo, el Cuerpo, de la carne y el verbo, o, lo que es lo mismo, del Sentido —el cuerpo — con el significado, de la Imagen con el Símbolo: cf. *Lógica del Sentido*, págs. 370 a 375: esta verdad es la que en lo que precede hemos definido como Lengua del Superhombre); Maldito, *Condenado*, que decíamos destruye su cuerpo —al escribir sobre él— para denunciar así, con esa extraña Obra, la Mentira de toda obra terminada en sí misma, basada sólo en el lenguaje verbal, basada en el Logos, en un signo que no sea un signo corporal, un Gesto, y que para exigir también la abolición del espectáculo, de la lectura (en esa dirección apunta toda la vanguardia, desde la que pretende abolir el cuadro —o como el op-art, negar el ojo— hasta el «Teatro de la Crueldad» o, en menor medida, el Living Theather, etc.), y destruir también el mito que el *autor*, la *biografía*, nos ofrece: el *Espectáculo* de su cuerpo derruido —por el alcohol o la droga— o de su alma que la locura agrieta, o nos presenta esa novida que supone, por ejemplo, en Fitzgerald «Veinte años bebiendo» —creo que decía—, en *The Crack Up-o en Sade* —que es el escritor más *actual*— un número equivalente, si no mayor, en años de prisión y de manicomio, o en Lautréamont, finalmente, la total ausencia de biografía, de anécdotas con las que el lector o el crítico pueden regodearse.

Pero algo más se demanda —con algo que sería ridículo calificar de «desesperación»— en éstos que no son sólo los Signos de los Últimos Tiempos de la Cultura, sino también de su triste producto: la raza humana, y esto que se demanda (y por esta vez no hago con este término referencia alguna a Lacan, ya que éstos saben muy bien, si quizás no el origen, cuál es la meta de su *demand*a) es, con el fin del lenguaje —un fin, no obstante, honorable, ya que será sustituido por Otro, el discurso de la Extraconciencia (término que me parece admirable por cuanto permite fundir dos conceptos, el inconsciente y la locura), el Discurso de la locura, i. e. la «Esquizia» (Deleuze) o «metanois» (Jung), la meta-locura—, con el fin del lenguaje, decía, lo que éste implica: la muerte del hombre, en cuyo lugar vacío se instalará, transversal al hombre, posibilidad pura, el EXTRAHOMBRE.

No es necesario decir que Carroll no siguió ese camino, por lo que a veces sus textos están aquejados de una debilidad fundamental, derivada del hecho de que no se sabía «Carroll»: y tampoco se vivía *Carroll*, porque, como Artaud dijo, sólo fue un cobarde que no se atrevió a vivir su escritura.

2. De cómo se aniquila al superhombre

Puesto que, lo que en el hombre nos protege del Superhombre, lo que nos defiende de la poderosa y pese a ello, aún inaudible Voz del Inconsciente, es tan sólo una ficción —el yo— que asumimos para resguardarnos a un tiempo de lo Otro y de la mirada del Otro, un gesto vacío, o mejor, hueco, que tan sólo se mantiene por obra de la *compulsión de repetición* (repitiendo teatralmente una misma acción porque en su origen nos produjo placer, pero que es, como toda Acción, singular, irrepetible, nos hacemos con esas «cualidades» que forman lo que el Otro llama nuestro yo —Nietzsche: «Las cualidades fueron en su origen una acción *Única*») necesitará, frágil como toda ilusión y ahora más frágil e indefenso que nunca por efecto de la forclusión del lenguaje que el capitalismo ha operado, lenguaje que antes lo vestía, le servía de coraza protectora, necesitará, digo, ahora más que nunca, para mantener erguida esa fragilidad, necesitará, como toda ilusión, para subsistir, hacer uso de los medios más violentos, de los más desesperados, para sobrevivir, o mejor dicho, menosvivir, como irracional certeza (violenta y peligrosa es en efecto —dicen— toda certeza delirante).

Pero al delirio del yo goza de más poder que lo que él llama «delirio», y para salvaguardar su única defensa —pero no su única arma, para el desastre del Proletario del Superhombre— su única defensa, que es el yo, en esa guerra del yo y el Otro, en esa selva, ese conjunto de extraños que se denomina, inexactamente «sociedad» (clasista), en ese mundo donde la paranoia, nacida del yo y de la forclusión que ahora le acompaña, o que más bien le ausenta mayormente de lo que ocurría en otros sistemas de relaciones (por ejemplo, en el feudal, que aún se regía por códigos, y no por mudos axiomas), donde la paranoia, decía, es la norma (como, con otras palabras señaló Devereux: quien en efecto nos decía que la *reserva*, la circunspección que son norma en el hombre capitalista, son características esquizofrénicas: pero a mí me parecen más bien propias de la paranoia, enfermedad que en el capitalismo —y siempre que no se deslice por los caminos de la hipérbole— se considera como la «salud») necesitará, decía, en ese mundo que con total propiedad alguna escritura ha denominado «Infierno», y en defensa *propia*, aniquilar, aniquilar brutalmente a lo que es transversal a ese sistema de relaciones, a lo que para ese sistema es el Veneno, y al mismo tiempo, como el Veneno es (si en pequeñas o en *grandes* dosis) la medicina, la única medicina que podría, salvándonos de esa salud Enferma, devolvernos a la «Salud Fundamental» (Nietzsche, Deleuze, Malcolm Lowry), y que es el cuerpo-lenguaje del Superhombre, del cual el hombre no aniquila, es lo único que en Él no aniquila, la Voz, es decir que lo acepta sólo partido por la mitad, en tanto que hombre. Lo acepta cuando —en la palabra— ha muerto. Lo acoge, entonces, tras de haberlo cuidadosamente asesinado cuando —en vida — trató, en lugar de hablar, de *comunicar*. Lo que en él prohíbe es esa escritura del cuerpo a que antes hicimos referencia. La escritura es *tolerada* — aun cuando esté prohibida— a condición de que esté completamente muerta: vivirla es un suicidio, aun cuando podría ser la Revolución (un asesinato bien planeado). Por todo ello Superhombre es sinónimo de *maldito*.

Quedémonos, pues, con los autores (Lewis Caroll = Lewis Carroll) y no la palabra *Carro* que, como Crisipo decía, al pronunciarla, un *Carro* pasaría por mi boca: la palabra material —que es la palabra de la Kábala, la palabra que puede actuar sobre la materia— o la palabra comestible: el *bocadillo* de los cómics) y suprimamos los hombres o mejor dicho, lo que en el hombre recuerda al Hombre (al «hombre total» marxiano, que la Kábala llamó Adam Kadmon). Estos (Hombres de la Escritura) tendrán cabida sólo, después de

muertos —como hemos dicho, *conditio sine qua non*— en un reducido espacio que se llama *biografía*: los libros que escribió y que no fueron nunca el Libro, los chistes que contó (pero no sus sangrientas humoradas), sus amores y rencores —pero no su Odio: es decir, su vida *humana*. El superhombre pasado por ese lecho de Procusto que es el hombre, pasado por agua: entonces podremos leerlo. Al otro lado queda el *suicidado*: el anagrama de la escritura es un asesinato. Lo ilegible.

3. La Indiferencia

Artaud decía, en su *Heliogábal*, que nunca había podido comprender los números: para él, como para el Constructivismo, los números no existían y a ellos prefería la Indiferencia, la Unidad que es sinónimo de Anarquía es decir de lucha contra las identidades y las diferencias, lucha en nombre de la Diferencia. También Hermann Weyl nos dice que del *continuum*, de lo que él llama «la salsa de la indiferencia», en lugar de una serie ordenada y finita de números finitos, surge un número desordenado y arbitrario, ya que ese *continuum* es un medio de *free generation*, de producción libre y desencadenada.

A ese *continuum* que niega el número, a esa indiferencia le corresponde (lo mismo que el yo, y el sentimiento, corresponden a la cosa) una Pasión o mejor una Apasión en el ente humano: es la Indiferencia o *apatía* sadiana, necesaria para vivir, en la extrarrealidad, extramoralmente.

Para esta Apasión o Apatía, como para la geometría no euclidiana de Lobachevski, las líneas paralelas acaban por encontrarse, en el infinito.

Apéndice o FINAL: comentario a «Los horrores» (texto incluido en la presente selección)

La antitraducción «Los horrores» es tanto en el original como en su *explicatio* castellana, la ilustración de una siniestra reflexión contenida en el poema de Auden «Museé des Beaux Arts», y que es también el tema de dos cuadros, el «Ícaro» de Brueghel (mencionado por Auden en su poema) y la «Crucifixión»

de Antonello da Messina: el aniquilamiento del superhombre —Ícaro, Cristo, Reich (quien, como es sabido, se identificaba con Cristo)— se produce siempre en el vacío, de la forma más insignificante, sin ruido: Reich es detenido como estafador, Cristo como un simple loco o impostor, y —en el cuadro de Antonello Da Messina, mientras su cuerpo se retuerce en la cruz, el cielo está en calma y los hombres, a lo lejos, trabajan— el campesino sigue con la mecánica de su arado también en el cuadro de Brueghel—, mientras Ícaro se hunde en el mar, y cerca pasan, ajenos al naufragio, los barcos de carga (*«inexorable as the thoughts of a tram conductor»* —como dijo otro destruido superhombre, el ya citado y genial orificio en la cultura, Leopold Von Maskee, escritor éste— para decir de él algo a su Desconocimiento que era inglés, pero de ascendencia alemana: fusión de razas que hizo que en su obra se combinaran el Pensamiento, la Razón alemana, junto al Humor inglés, que su sangre alemana volvió trágico: “superhombre” ya que realizó la síntesis en su vida —se alcoholizó despiadadamente, pero, como él dijo, al final de sus días *«I was never drunk»*— como en su obra, que ha pasado inadvertida hasta ahora por la Cultura, excepto para algunos devotos admiradores; el destino de su obra es parecido al de la del Barón Corvo —de la que citaremos principalmente, *The Desire and the Pursuit of Whole*— la cual, tal vez debido a su franca pederastia —pederasta era también Von Maskee, pero unía a ésta otras múltiples perversiones que la palabra nos impide nombrar—, ha sido objeto hasta ahora, inclusive en Inglaterra, del Mayor Desconocimiento —estos dos, decía, y principalmente Von Maskee, reunieron vida y obra, y en su vida como en su obra, sentido y significado: es por lo que fueron *superhombres*, y también la razón por la que fueron —ayer — aniquilados y —hoy— desconocidos; excúseme el lector por tan larga digresión a propósito de mi autor favorito, cuyas obras leo —y tal vez sea hoy el único en hacerlo— y releo continuamente, y prosigamos con lo que él dijo: *«Inexorable as the thoughts of a tram conductor»* pasaron, junto a Ícaro, ahogado, los barcos de carga, ciegos, rumbo a su ciego destino, sujetos a una ley que es el vacío de sentido). Y a nadie extrañe la ausencia de eco en el *deicidio*, ya que esa ley, el aniquilamiento del superhombre, es expresión de otra: la prohibición de la *divinización* del hombre (lograda al alcanzar éste su totalidad), primero por la Iglesia Católica, que suprimió a los Herejes del Espíritu Libre cuando proclamaban «ser Cristo, e incluso más que Cristo», luego por otra institución mitológica, la psiquiatría —cuando penaliza a SU

«loco» por declararse Dios—, y antes de todo ello por la sinagoga mezquina —esto es, compuesta de hombres *medianos*, partidos por la mitad— que hizo a alguien «reo de muerte *por haberse proclamado hijo de Dios*». Es esta voluntad de sobrepasar al hombre lo que está *maldito*: sobre el que lo intente —ya sea por la locura, por el alcohol, por la droga, ya sea por la mera palabra, o más bien por la extrapalabra— caerá, pesada como una cruz la *moral* del hombre y de su «realidad» (que, como vimos, es la reunión de tres fantasmas), y esa única *realidad*, el Hombre que quería la alquimia, que era el «oro» por ella buscado, en el que se han fundido «alma» (significado) y «cuerpo» (sentido), esa única realidad, el Superhombre, será muerto en algún lugar oscuro, sin demasiado estrépito, sin que nadie lo oiga: para que quede así a salvo de Él, —de dios, de lo extrahumano— la moral del hombre, enteramente, la norma de la normalidad, los «diez mandamientos» de la conciencia.

La caída de Ícaro es siempre silenciosa, por razones implícitas en la misma prohibición del vuelo.

Nota a la selección de textos

En esta antología he procurado mostrar la faz oscura de Carroll («Los horrores»), como asimismo hacer ver que Carroll, contra lo que el ignorante piensa, no escribió ningún «tratado matemático». Mi olfato me ha llevado, a lo largo de la presente selección, hacia los textos humorísticos, que son la faz más clara de Carroll: en éstos, como ya he dicho, he suprimido a la odiosa felicidad, ya que el humor no es feliz, pero tampoco —como la ironía— trágico: se sitúa más allá de la negación, y no como la dialéctica, pues la contradicción que supera —ironía y humor, letra y sentido— es también «la unión de lo que no puede unirse», y la conjunción de estos opuestos es *alquímica*.

...ya que el humor es feliz... En efecto, el humor ríe —y la risa es nuestra desdicha, la ironía sonríe.

He procedido también —además de presentar al Carroll forcluido— a escoger todos los textos que, o bien son directamente citados y comentados por Deleuze (*Logique du sens*) como la «Dinámica de una partícula» o «Las tres voces», o bien ilustran perfectamente el concepto deleuziano de sentido (como la carta a Monella Wilcox).

En la selección sólo figura —bebido a la aparición de un lunático—, un texto irónico, satírico, «La visión de las tres Tes».

Un lugar complicado

Nudo I

Excelsior

Trasgo, condúcelos arriba y abajo.

El rojizo resplandor del crepúsculo estaba cediendo ya su lugar a las sombras, cuando dos viajeros podrían haber sido observados descendiendo, con gran rapidez, a un paso de seis millas por hora, la arrugada ladera de una montaña, el más joven saltando de grieta en grieta con la agilidad de un ciervo, mientras que su acompañante, cuyos ajados miembros parecían moverse a disgustos en la pesada cota de malla que acostumbraban a usar los turistas en este distrito, se afanaba dolorosamente a su lado.

Como ocurre siempre en semejantes circunstancias, fue el joven caballero el primero en romper el silencio.

«Un hermoso paso, me parece», exclamó. «No íbamos tan rápido en la subida.»

«Veloz, por cierto», le hizo eco el otro, con un gruñido. «Y sin embargo subimos tan sólo a tres millas por hora.»

«Y, en la cumbre, que no es subida ni bajada, nuestro paso es de...?», sugirió el más joven, porque era débil en estadísticas, y dejaba todos esos agrios detalles para su amarillento compañero.

«Cuatro millas por hora», respondió el otro con inmensa fatiga. «Ni una onza más», añadió, con el gusto por la metáfora tan propio de su edad, «ni un cuarto de penique menos.»

«Eran las tres de la tarde cuando dejamos nuestra posada», dijo el hombre joven, meditabundo, «a duras penas lograremos estar de vuelta a la hora de la cena. ¡A lo peor nuestra posadera se niega en redondo a darnos comida!»

«Refunfuñará si llegamos tarde», fue la grave respuesta, «a buen seguro sólo mereceremos su reprimenda.»

«Un hermoso pensamiento», estalló el otro, con una alegre carcajada. «¡Y si le pedimos que nos indique el camino para una nueva excursión, seguro que su faz se volverá agria!»

«Sin embargo, hemos de hacer todo lo posible para obtener nuestros almuerzos», suspiró el caballero mayor, que en su vida había seguido una broma, y estaba algo molesto por la intempestiva veleidad de su compañero. «Serán las nueve aproximadamente», añadió en un susurro, «cuando lleguemos a nuestra posada. ¡Cuántas millas debemos haber fatigado hoy!»

«¿Cuántas? ¿Cuántas?», gritó el joven, siempre sediento de saber.

El anciano permaneció en silencio.

«Dime», contestó por fin, después de pensárselo, «¿qué hora era cuando estábamos juntos en aquella cima? No hace falta que sea exacto al minuto», añadió rápidamente, leyendo una protesta en la cara del joven. «Y tu adivinanza fallará por una asquerosa media hora, ¡como todo lo que pregunto al hijo de tu madre! Despues te diré, exacto hasta la última puñalada, cuánto hemos trajinado entre las tres y las nueve.»

Un gruñido fue la respuesta del joven; mientras que sus convulsos rasgos y las profundas arrugas que surcaban una detrás de otra su frente varonil, revelaban el abismo de agonía aritmética en que una pregunta hecha al azar lo había hundido.

Nudo II

Pisos para alquilar

Todo seguido por el camino oblicuo, luego dar la vuelta a la plaza

«Preguntémosle a Balbus si sabe algo de esto» dijo Hugh.

«De acuerdo», dijo Lambert.

«*Él* puede dar con la solución», dijo Hugh.

«En efecto», contestó Lambert.

No se necesitaron más palabras: los dos hermanos se habían comprendido perfectamente. Balbus les estaba esperando en el hotel: estaba cansado de la larga jornada, dijo: en cuanto a sus dos discípulos habían estado recorriendo

el lugar en busca de alojamiento, sin su anciano tutor que había sido su inseparable compañero desde su infancia. Le habían sacado el nombre de su libro de ejercicios de latín, que rebosaba de anécdotas de aquel genio versátil —anécdotas cuya vaguedad estaba compensada por una fulguración desmesurada. «Balbus ha derrotado a todos sus enemigos» había anotado su tutor, en el margen del libro *Coraje Recompensado*. De este modo, él había tratado de deducir una ética de cada anécdota de Balbus —alguna vez para poner en guardia, como: «A Balbus le han prestado un dragón demasiado sano», junto a lo cual había también escrito: «Temeridad en la especulación»; alguna vez para dar ánimos, como en las palabras «Valor de la Simpatía en la Acción Armoniosa» en contraste con la cual se hallaba la siguiente nota: «Balbus estaba ayudando a su suegra a convencer al dragón»— y algunas veces el discurso se condensaba en una sola palabra, como: «Prudencia», que era cuanto podía deducirse del conmovedor apunte: «Balbus se marchó después de chamuscar la cola del dragón». Sus alumnos preferían las sentencias cortas, ya que les dejaban más campo para ilustrarlas con pensamientos propios, y en este caso necesitaban todo el espacio posible para dar cuenta de la rapidez con que partió el héroe.

La relación del estado cosas fue decepcionante. El más elegante de los balnearios, Little Mendip, estaba «repleto» (como dijeron los chicos) desde el primero hasta el más oscuro rincón. Sin embargo, en una plaza habían visto no menos de cuatro carteles, en casas diferentes, anunciando con letras enormes, llamaradas, «PISOS PARA ALQUILAR». «Así que, como ves, tenemos para elegir, después de todo», dijo Hugh como portavoz de los demás, concluyendo.

«Nos faltan los detalles», dijo Balbus, al tiempo que se levantaba de un sillón en el que había estado dormitando sobre las páginas de la «Little Mendip Gazette». «Pueden ser habitaciones para uno solo. Sin embargo, lo mejor sería que fuéramos a verlas. Me gustaría estirar un poco las piernas.»

Un observador sin prejuicios podría haber objetado que semejante operación era por completo inútil, y que aquella criatura extraña, larga y flaca podría haberse contentado con tener unas piernas más cortas: pero a sus alumnos no se les pasó por la imaginación nada por el estilo. Uno a cada lado, hicieron cuanto pudieron para seguir sus enormes zancadas, mientras Hugh repetía una frase de la carta de su padre, que acababa de recibir del extranjero, y que él y Lambert habían estado tratando de descifrar. «Dice que un amigo suyo, el gobernador de *¿Cómo?* era el nombre, Lambert?, repítemelo» («Kgovjni», dijo Lambert.) «Oh, sí. El gobernador de Cómo-Diablos-Se-

Llama quiere dar un pequeño almuerzo y party, y que pensaba preguntar al cuñado de su padre, el suegro de su hermano, al hermano de su suegro, y al padre de su cuñado: y nosotros tenemos que adivinar cuántos invitados habrá.»

Hubo una pausa expectante. «¿Cómo de grande dijo que sería el *pudding*?», dijo Balbus por fin, «Hay que tomar volumen cúbico, dividirlo por el volumen cúbico de lo que cada individuo podrá comer, y el cociente.»

«No dijo nada acerca del *pudding*», le respondió Hugh, «y aquí está la plaza, mientras daban la vuelta a una esquina y aparecían ante sus ojos los carteles de “Pisos para alquilar”.»

«¡Es *realmente* una plaza!», fue el primer grito de placer de Balbus, mientras miraba a su alrededor. «¡Hermosa! ¡Espectacular! ¡Equilátera! ¡Y rectangular!»

Los muchachos contemplaron el panorama con menos entusiasmo. «El primer anuncio está en el número Nueve», dijo prosaicamente Lambert; pero Balbus aún no había despertado de su sueño de belleza.

«¡Mirad, muchachos!», gritó. «¡Veinte puertas a cada lado! ¡Qué simetría! ¡Cada lado dividido en veintiuna partes iguales! ¿No os resulta delicioso?»

«¿Llamo a la puerta o toco el timbre?», dijo Hugh, contemplando con cierta perplejidad una chapa cuadrada de latón que llevaba la simple inscripción «LLAME TAMBIÉN AL TIMBRE».

«Ambas cosas», dijo Balbus. «Es una elipsis, mi niño. ¿No habías visto nunca una Elipsis?» «Me costaba trabajo leerlo», le contestó Hugh evasivo. «No está bien que tengamos una Elipsis, si no la conservan limpia.»

«Hay sólo una habitación, señores», dijo la sonriente patrona. «¡Una habitación muy dulce, por cierto! Una pequeña y cómoda habitación trasera.» «Veámosla», dijo oscuramente Balbus, mientras los tres la seguían al interior de la casa. «¡Sabía que sería así! ¡Una habitación en cada casa! No hay vista a la calle, me imagino.»

«¡Ya lo creo que la hay, señor!», protestó la patrona indignada, mientras retiraba los visillos y señalaba hacia el jardín trasero.

«Coles, por lo visto», dijo Balbus. «Bien, son verduras de cualquier manera.»

«No tienen nada que ver con la verdura de las tiendas», explicó la patrona, «como usted sabe, tan poco de fiar. Aquí las tiene usted en su estado original, que como ve es de lo mejor.»

«¿Puede abrirse la ventana?», era siempre la primera pregunta de Balbus cuando examinaba una habitación, y «¿Echa humo la chimenea?», la segunda.

Cuando estuvo completamente satisfecho, rechazó la habitación, y de allí pasaron al número Veinticinco.

Esta vez la patrona era más bien grave y torva. «No me queda más que una habitación», les dijo, «y da al jardín trasero».

«Pero ¿habrá coles, no?», sugirió Balbus.

La patrona se enterneció visiblemente. «Sí que hay, señor», dijo, «y muy buenas, aunque no debiera decirlo. No podemos confiar en la verdura de las tiendas. Tenemos que cultivarlas nosotros mismos.»

«Con gran provecho», dijo Balbus; y, después de las preguntas de costumbre, pasaron al número Veintidós.

«Y yo con gusto les acomodaría, si pudiera», fue el saludo con el que toparon. «No somos más que pobres mortales» («¡Fuera de lugar!», murmuró Balbus), «y he alquilado todas mis habitaciones excepto una.»

«Una habitación trasera, me imagino», dijo Balbus, «desde la que se contempla un paisaje de coles, supongo.»

«Por supuesto, señor», le contestó la patrona. «*La gente* puede hacer lo que quiera, *nosotros* preferimos cultivarlas por nuestra cuenta. Porque en las tiendas...» «Una excelente providencia», la interrumpió Balbus. «Así, uno puede realmente confiar en ellas, asegurarse de su calidad. ¿Puede abrirse la ventana?»

Las preguntas de rigor fueron contestadas satisfactoriamente; sólo que esta vez Hugh añadió una de su cosecha: «¿Araña el gato?»

La patrona miró a su alrededor desconfiadamente, como para asegurarse de que el gato no la estuviera oyendo. «No le decepcionará, señor», dijo. «Araña, en efecto, pero no si usted no le tira de los bigotes, nunca lo hará», repitió lentamente, esforzándose a todas luces por recordar los términos exactos de algún pacto firmado en otro tiempo entre ella y el gato, «¡si no le tira de los bigotes!».

«Mucho se le puede perdonar a un gato tan cortés», dijo Balbus, mientras abandonaban la casa y cruzaban al número Setenta y tres, dejando a la patrona haciendo gestos en el umbral y perseverando en la repetición de un oscuro pacto, como si fuera una forma de despedida, «¡no si no le tira de los bigotes!»

En el número Setenta y tres encontraron tan sólo a una joven y tímida muchacha para enseñarles la casa, que contestaba «Sí, mm...» a todas las preguntas.

«La habitación de costumbre», dijo Balbus, mientras avanzaban, «el jardín trasero usual, las coles de costumbre. Me imagino que no podrá

encontrarlos de la misma calidad en las tiendas.»

«Sí, mm...», dijo la chica.

«Bien, dígale a la señora que cogeremos la habitación, ¡y que esta idea de cultivar sus propias coles es sencillamente *admirable!*»

«Sí, mm...», contestó la chica, mientras les mostraba la salida.

«Un cuarto de estar y tres dormitorios», dijo Balbus mientras volvían al hotel. «Haremos una sala de estar de aquéllas que nos cueste menos tiempo entrar en ella.»

«¿Iremos de puerta en puerta, contando los pasos?», dijo Lambert.

«¡No, no! Hallémoslo por cálculo, muchachos, hallémoslo por cálculo», exclamó Balbus alegremente, mientras cogía pluma, tinta y papel ante sus desventurados discípulos, y dejaba la habitación.

«¡Lo dije! ¡Será como un Trabajo!», dijo Hugh.

«Enorme», dijo Lambert.

Nudo III

Mathesis Demente

Alguna vez esperé un tren

«Y bien, creo que me llaman así porque estoy un poco loca», dijo ella, con buen humor, en respuesta a la cautamente planteada pregunta de Clara acerca de cómo es que llegó a hacerse con un sobrenombre tan extraño. «Sabes, yo nunca hago lo que cierta gente hace hoy en día, nunca viajo en trenes de largos recorridos (y hablando de trenes, está la estación de Charing Cross, tengo algo que decirte acerca de *ello*), y nunca juego al tenis, soy incapaz de cocinar una tortilla. ¡No puedo ni siquiera ver un miembro destrozado! Para ti seré una ignorante.»

Clara era su sobrina, veinte años más joven que ella; en efecto, todavía hacía el bachillerato superior, una institución de la cual Mathesis Demente hablaba con una no disfrazada aversión. «¡Dejad que la mujer sea dócil y humilde!», habría dicho. «¡Ni una sola de esas escuelas me sirven!» Pero ahora precisamente era la época de las vacaciones, y Clara era su huésped, y Mathesis Demente le estaba enseñando los paisajes de sombras que se dibujaban en la Octava Maravilla del Mundo-Londres.

«La estación de Charing Cross», dijo reanudando el hilo, indicándole con la mano la entrada como si le estuviera presentando a un viejo amigo. «La extensión de Bayswater y la de Birmingham están ya terminadas, y los trenes ahora circulan sin descanso, bordeando el País de Gales, tocando sólo York, y así, dando la vuelta por la costa Este, regresan de nuevo a Londres. La manera de correr que tienen los trenes es *Muy* peculiar. El tren del Oeste da la vuelta en dos horas; al del Este le toma tres; pero siempre se las arreglan para que salgan dos trenes de aquí, en direcciones opuestas, puntualmente, cada cuarto de hora.»

«Se dividen para volver a encontrarse», dijo Clara, llenándosele los ojos de lágrimas ante tan romántico pensamiento.

«No hay necesidad de llorar por eso», le objetó su tía torvamente, «porque no se encuentran en los mismos raíles. Y, hablando de encuentros, me asalta una idea», añadió, cambiando de tema tan abruptamente como acostumbraba, «vayamos en sentidos opuestos, y veamos en cuál pueden encontrarse más trenes. No hay necesidad de carabina, sabes, como en un salón de señoritas. Tú puedes ir adonde te plazca, ¡y podemos concertar una apuesta acerca de ello!»

«Yo nunca apuesto», dijo Clara gravemente. «Nuestra excelente institutriz nos ha aleccionado a menudo en contra de ello.»

«No serías nada peor si lo hicieras», le interrumpió Mathesis Demente. «E incluso yo creo que serías mejor, ¡estoy segura!»

«Tampoco gusta nuestra excelente institutriz de retruécanos», dijo Clara. «Pero podemos jugar, si quieres. Déjame escoger mi tren», añadió tras un breve cálculo mental, «y me comprometo a contar exactamente tantos como tú y la mitad más.»

«No podrás, si lo haces honestamente», le interrumpió bruscamente Mathesis Demente. «Recuerda que sólo cuentan los trenes que encontramos *a nuestro paso*. No cuenta el tren que salga en el momento en que tú salgas, ni cuenta tampoco el tren que llega en el momento en que tú llegas.»

«Eso sólo me quita *Un* tren», dijo Clara, mientras daban la vuelta y entraban en la estación. «Lo malo es que nunca antes de ahora he viajado sola. No habrá nadie que me ayude a descender del tren. Sin embargo, no me importa. Empecemos el juego.»

Un niño andrajoso la alcanzó a oír, y vino corriendo hacia ella. «Compre una caja de cerillas, señorita», la suplicaba, tirándola del mantón para atraer su atención. Clara se detuvo para explicarle.

«No fumo cigarrillos», dijo, con tono humilde, excusándose. «Nuestra excelente preceptor...» Pero Mathesis Demente la empujó hacia adelante con impaciencia, y el niño se quedó atrás mirándola con los ojos como platos, estupefacto.

Las dos mujeres compraron sus billetes y avanzaron lentamente hacia el andén central. Mathesis Demente parloteando como de costumbre, Clara silenciosa, dándole vueltas al cálculo en el que apoyaba sus esperanzas de ganar la competición.

«Mira bien por dónde vas, querida», le gritó su tía, deteniéndola justo a tiempo. «Un paso más, ¡y hubieras caído a ese balde de agua fría!»

«Ya veo, ya veo», le contestó Clara soñadora. «Pálido, frío, lunático... Ocupen su lugar en las plataformas de salida», gritó un mozo de servicio.

«Únicamente para ayudarnos a subir al tren.» La mayor de las dos mujeres hablaba con la despreocupación de alguien acostumbrado a esas cosas. «Muy poca gente podría subir a los vagones sin ayuda en menos de tres segundos, y los trenes sólo paran un segundo.» En ese momento se oyó el silbato, y dos trenes se precipitaron en la estación. Tras de una breve pausa, habrían partido de nuevo; pero, en ese pequeño intervalo, algunos cientos de pasajeros se dispersaron hacia ellos, cada cual dirigiéndose a toda prisa a su sitio con la precisión de un obús, mientras un número equivalente llovía sobre los andenes.

Pasadas tres horas, las dos amigas se encontraron de nuevo en los andenes de la estación de Charing Cross, y compararon ansiosamente sus notas. En seguida Clara se dio la vuelta con un suspiro. Para los jóvenes e impulsivos corazones, el desengaño es siempre una amarga píldora. Mathesis Demente la siguió, llena de amistosa simpatía.

«Inténtalo de nuevo, mi amor», dijo alegremente. «Pero esta vez hagámoslo de otro modo. Saldremos las dos como antes, pero no empezaremos a contar hasta que nuestros trenes se encuentren. Cuando nos veamos por la ventanilla, diremos “¡uno!” y, a continuación contaremos hasta que lleguemos de nuevo aquí.»

La mirada de Clara volvió a encenderse. «*¡Esta vez ganaré!*», exclamó vehemente, «si es que puedo escoger mi tren!»

Otro silbato de los trenes, otro enderezarse de las plataformas de salida, otra avalancha viviente zambulléndose en los dos trenes al tiempo que aparecieron como dos rayos y mientras los viajeros descendían de ellos de nuevo.

Cada una miraba a la otra ansiosamente desde la ventanilla de su vagón, agitando un pañuelo a guisa de señal para su amiga. Una violenta sacudida, un rugido. Dos trenes salieron disparados y pasaron en sus rincones con un suspiro —o más bien con dos suspiros— de alivio. «¡Una!», Clara se susurró a sí misma. «¡Ganado!: Esta palabra es de buen agüero. Esta vez, sea como fuere, ¡la victoria será mía!»

Pero ¿ganó? Y, de haber ganado, ¿sería aquello realmente una victoria?

Nudo IV

Cálculo muerto

Soñé con sacas de dinero esta noche.

El mediodía en alta mar, a unos pocos grados del Ecuador, es fácil que sea opresivamente caluroso; y nuestros dos viajeros iban ahora vestidos ligeramente, con trajes de lino de un blanco deslumbrante, y se habían deshecho de las cotas de malla que encontraban no sólo soportables en el aire frío de la montaña que habían estado respirando últimamente, sino sobre todo una precaución necesaria contra los puñales de los bandoleros que infestaban las alturas. El viaje de vacaciones había terminado, y se hallaban ahora de regreso a casa, en el buque correo que una vez por mes une los dos puertos de la isla que habían estado explorando.

Junto con su cota de malla, los turistas habían abandonado también el anticuado acento que les gustaba afectar cuando se disfrazaban de caballeros, y habían vuelto al estilo ordinario de dos hombres del campo del siglo veinte.

Recostados sobre una pila de almohadones, a la sombra de una enorme sombrilla, estaban perezosamente observando algunos pescadores nativos, que habían subido a bordo en el último puerto, llevando cada uno sobre su espalda un pequeño pero pesado saco. Había en cubierta una enorme báscula, que había sido utilizada con abundancia en el último puerto; y los pescadores se amontonaban a su alrededor y, con un ininteligible chapurreo, parecía que pesaban en ella sus sacos.

«Eso más parece el parloteo de unos gorriones en un árbol, que un discurso humano, ¿no es así?», observó el mayor de los dos turistas a su hijo que esbozó una tenue sonrisa, sin hacer el menor esfuerzo para hablar. El anciano buscó otro oyente.

«¿Qué es lo que lleva en esos sacos, Capitán?», inquirió, cuando este desmesurado ser pasó junto a ellos en el curso de su interminable paseo de un extremo a otro de la cubierta.

El capitán se detuvo y se inclinó desde su inmensa altura hacia los pasajeros —enorme, grave, sereno y completamente satisfecho de sí mismo.

«En mi barco», les explicó, «suelen viajar a menudo pescadores. Estos cinco son de Mhruxi —el último puerto que tocamos— y éste es el modo en que transportan su dinero. El dinero en esa isla es pesado, señores, pero cuesta poco, cómo se imaginarán. Nosotros se lo compramos al peso —alrededor de cinco chelines por una libra—. Sospecho que un billete de diez libras bastaría para comprar todos esos sacos.»

En este momento el viejo había cerrado sus ojos, a buen seguro con la intención de concentrar sus pensamientos en hechos tan interesantes; pero el Capitán no acertó a comprender que era ése el motivo y, con un gruñido, reanudó su monótona marcha.

Mientras tanto, los pescadores estaban armando tal barullo alrededor de la báscula que uno de los marineros tuvo la precaución de retirar de ella todas las pesas, dejándoles que se entretuvieran con sucedáneos, como mangos de cabrestante, cabillas, etc., y todo lo que podían encontrar. Esto, finalmente, hizo que su excitación se extinguiera: tras de ocultar cuidadosamente sus sacos entre los pliegues del foque que estaba tirado cerca de donde estaban los turistas, se dedicaron a flanear por otros rumbos.

Cuando se oyeron de nuevo las pisadas del Capitán, el joven se enderezó para hablar.

«¿Cuál era el nombre del sitio de donde provenían estos sujetos?», le preguntó.

«Mhruxi, señor.»

«¿Y el lugar adónde vamos?»

El Capitán respiró profundamente, se enredó con la palabra, pero salió del apuro espléndidamente. «Le llaman Kgovjni, señor.»

«K-me rindo», dijo el joven desmayadamente.

Alargó la mano para alcanzar un vaso de agua helada que la compasiva azafata le había traído un minuto antes, y que había dejado, desafortunadamente, fuera del espacio que la sombrilla protegía del sol. El agua estaba ardiendo, y optó por no beberla. El esfuerzo que le requirió esta decisión, junto a la exhaustiva conversación que había mantenido un minuto antes, fue demasiado para él; se hundió de nuevo entre los cojines en silencio.

Su padre intentó cortésmente enmendar su indiferencia.

«¿Dónde estaremos ahora aproximadamente?», dijo. «¿Tiene alguna idea?» El Capitán dirigió una mirada compasiva a aquel hombre de tierra adentro. «Se lo puedo decir, señor», dijo con tono de orgullosa condescendencia, «hasta la última pulgada».

«No hablará usted en serio», observó el anciano.

«Naturalmente que hablo en serio», insistió el Capitán. «¿Cómo no había de hacerlo? ¿Qué cree usted, que le sucedería a mi barco si yo perdiera Mi longitud y Mi latitud? ¿Entiende usted ahora algo de mi Cálculo Muerto?»

«Nadie sería capaz, estoy seguro», dijo cordialmente el otro.

Pero había exagerado.

«Es perfectamente comprensible», dijo el Capitán en tono ofendido, «para cualquiera que comprenda estas cosas» y, diciendo esto, se marchó y comenzó a dar órdenes a sus hombres, que estaban preparándose para izar el foque.

Nuestros turistas prestaban tanta atención al curso de la operación que ninguno de ellos se acordó de los cinco sacos de dinero que, al instante siguiente, cuando el viento hinchó el foque, cayeron en remolino, pesadamente, al mar.

Pero los pobres pescadores no habían olvidado tan fácilmente su propiedad. Al instante, se precipitaron al lugar del suceso, lanzando gritos de dolor y de furia, señalando con la mano tan pronto al mar como a los marineros que habían causado el desastre.

El anciano le explicó al Capitán lo ocurrido.

«Tratemos de arreglarlo entre nosotros», añadió como conclusión. «Diez libras lo cubre todo, me parece haberle oído a usted.»

Pero el Capitán hizo a un lado la sugerencia con un movimiento de la mano.

«No, señor», dijo, con gesto grandilocuente. «Me perdonará, señor, pero éstos son mis pasajeros. El accidente ha ocurrido a bordo de mi barco, y bajo mis órdenes. Me toca a mí tratar de repararlo.» Se volvió hacia los encolerizados pescadores. «¡Venid aquí, mis hombres!», dijo en dialecto mhruixano. «Decidme lo que pesaba cada saco; os vi pesándolos hace poco.»

A esto siguió un rumor babélico, mientras los cinco indígenas le explicaban, gritando todos juntos, cómo los marineros les habían quitado las pesas, y que ellos hicieron lo que pudieron con lo que tuvieron a mano.

Dos cabillas de acero, tres cantos, tres piedras benditas, cuatro mangos de cabrestante, y un pesado martillo, que tuvieron buen cuidado de traer, el Capitán dirigiendo la operación y anotando los resultados. Pero el problema

no parecía que se resolviese, incluso entonces. Siguió una agria discusión entre los pescadores y los marineros; y, al final, el Capitán se acercó a nuestros turistas con una mirada de desconcierto, que trató de ocultar tras de una carcajada.

«Hay una absurda dificultad», les dijo. «Tal vez uno de ustedes pueda sugerirme algo. Parece que pesaron dos sacos por vez.»

«Si no hay cinco pesadas separadas, por supuesto usted no podrá evaluarlos por separado», dijo el joven a la ligera.

«Veamos de qué se trata», fue la más cauta observación del viejo.

«Ellos hicieron cinco pesadas separadas», dijo el Capitán. «Pero, bueno, ¡esto acaba conmigo!», añadió en un súbito acceso de sinceridad. «Aquí está el resultado: el primero y el segundo sacos pesaban doce libras; el segundo y el tercero, trece y media; el tercero y el cuarto, once y media, el cuarto y el quinto, ocho; y, a partir de ahí, dicen que no les quedaba por poner más que el martillo, y cogieron *tres* sacos para pesarlos —el primero, el tercero y el quinto— y *éstos* pesaban dieciséis libras. ¡Esto es todo, señores! ¿Oyeron alguna vez algo parecido?»

El anciano murmuró sin aliento, «¡Si al menos mi hermana estuviera aquí!», y dirigió una mirada impotente a su hijo. Su hijo miró a los cinco indígenas. Los cinco indígenas miraron al Capitán. El Capitán no miró a nadie: tenía la vista clavada en el suelo y parecía que se dijera suavemente: «Contemplaos unos a otros, si os place, yo prefiero contemplar el fatigado resplandor de Mí Mismo».

Nudo V

Ceros y cruces

Mira este cuadro y este otro

«¿Y qué es lo que te hizo elegir el primer tren, Goosey?», dijo Mathesis Demente, al tiempo que entraban en el coche. «¿Es que no podías calcular mejor?»

«Cogí el caso extremo», fue la lacrimosa respuesta. «Nuestra excelente preceptorra siempre nos dice: “Cuando estéis en un aprieto, coged el caso extremo.” Y yo *estaba* en un aprieto.»

«¿Eso sale bien siempre?», inquirió su tía.

Clara sollozó. «No siempre», admitió ella a disgusto. «Y no puedo comprender por qué. Un día le estaba diciendo a las niñas —arman tal jaleo a la hora del té, sabes— “contra más bulla metáis, tanta menos compota os daré, y viceversa”. Y pensé que ellas no sabrían lo que quería decir “viceversa”, así que se lo expliqué. Les dije: “Si armáis un barullo infinito, no habrá compota para vosotras; pero, si no hacéis ningún ruido, obtendréis una porción infinita de compota.” Pero nuestra excelente institutriz dijo que no era un buen ejemplo. ¿Por qué no lo era?», añadió quejosa.

Su tía rehuyó la pregunta. «Bueno, hay algunas dificultades, sabes», dijo. «Pero ¿qué hay de tu labor con los trenes de la Metropolitana? Ninguno de ellos corre infinitamente rápido, creo.»

«Yo los llamo liebres y tortugas», dijo Clara, con alguna timidez, porque temía que se rieran de ella. «Y pensé que no era posible que hubiese tantas liebres y tortugas en esa línea; así que cogí el caso extremo —una liebre y un número infinito de tortugas.»

«Realmente es un caso extremo», señaló su tía con inmensa gravedad. «¡Y el más peligroso estado de cosas!»

«Y pensé que, si me montaba en una tortuga, podría encontrar sólo *Una* liebre; en cambio, si montaba en una liebre, sabes que habría encontrado una *muchedumbre* de tortugas.»

«No era una mala idea», dijo la anciana señora, mientras dejaban el coche, a la entrada de Berlington House. «Tendrás otra oportunidad hoy. Rivalizaremos en valorar cuadros.»

Ciará pareció animarse de nuevo. «Tengo que intentarlo de nuevo, por supuesto», dijo. «Y esta vez tendré más cuidado. ¿Cómo jugaremos?»

A esta pregunta Mathesis Demente no dio respuesta alguna: estaba ocupada dibujando unas líneas en los márgenes del catálogo.

«Mira», dijo después de un minuto, «he puesto tres columnas junto a los nombres de los cuadros que hay en esa inmensa sala, y quiero que las llenes con ceros y cruces —cruces para los que pienses que son buenos, y ceros para los malos—. La primera columna es para la elección del motivo, la segunda para la composición, y la tercera para el colorido. Y el juego tendrá estas reglas: tienes que poner tres cruces para dos o tres pinturas. Y dos cruces para cuatro o cinco...»

«¿Quieres decir sólo dos cruces?», dijo Clara.

«O puedo contar las pinturas de tres cruces entre las pinturas de dos cruces?» «Por supuesto que puedes», dijo su tía. «De todo aquel que tenga

tres ojos, también puede decirse que tiene *dos*, creo yo.»

Clara siguió la profunda y soñadora mirada de su tía a la galería repleta de gente, llegando a temer que una tercera persona las estuviera viendo.

«Y tienes que poner una cruz para nueve o diez.»

«¿Y quién gana el juego?», preguntó Clara, mientras apuntaba cuidadosamente estas reglas en una hoja blanca del catálogo.

«Aquella que valore menos cuadros.»

«Pero, supón que valoremos el mismo número de cuadros.»

«Entonces, aquella que haya utilizado más signos.»

Clara meditaba sobre ello. «No me parece que sea realmente un juego», dijo. «Si tengo que valorar nueve cuadros, le daré tres cruces a tres de ellos, dos cruces para los otros dos, y una cruz para todos los demás.»

«¿Lo harás de ese modo, de veras?», dijo su tía. «Espera hasta haber oído todas las reglas, mi impetuosa niña. Tienes que poner tres ceros para uno o dos cuadros, dos ceros para tres o cuatro, y un cero para ocho o nueve. No quisiera que estuvieras demasiado fuerte en aritmética.»

Clara jadeaba bastante mientras anotaba todas estas nuevas reglas. «¡Esto es bastante peor que las fracciones decimales periódicas!», dijo. «¡Pero estoy decidida a ganar, de cualquier manera!»

Su tía sonrió inflexible. «Podemos empezar *aquí*», dijo, mientras se detenían ante una gigantesca pintura, de la que el catálogo decía que era el «Retrato del teniente Brown, montado sobre su elefante favorito».

«¡Parece horriblemente fatuo!», dijo Clara. «Y no pienso que ese elefante fuera el favorito del teniente. ¡Qué cuadro tan horrible! ¡Y ocupa el lugar de veinte!»

«¡Piensa bien en lo que dices, querida!», le objetó su tía. «¡Es un R. A. [19]!» Pero Clara se mostraba bastante osada. «¡Me importa un puto de quién es!», gritó. «¡Le pondré tres ceros!»

Pronto, tía y sobrina fueron arrastradas por la muchedumbre una lejos de la otra, y, en el espacio de media hora, Clara se aplicó a la tarea, poniendo marcas y luego borrándolas de nuevo, y buscando aquí y allá un buen cuadro. Esto le parecía la parte más difícil. «¡No puedo encontrar el que busco!», exclamó finalmente, casi gritando, vejada.

«Pero ¿qué es lo que buscas, querida?» La voz sonó extraña a Clara, pero tan dulce y suave que inmediatamente se sintió atraída por su propietaria, incluso antes de haberla visto; y, cuando se dio la vuelta y se encontró con las miradas sonrientes de dos señoras pequeñas y viejas, cuyas caras redondas y con hoyuelos, exactamente iguales, parecían no haber sido nunca objeto de

solicitud alguna, fue superior a sus fuerzas —como habría de confesar más tarde a su tía Mattie— el guardarse de abrazarlas a las dos a la vez. «Estaba mirando una pintura», dijo, «que por primera vez tenía un buen motivo —y que estaba bien compuesto—, lo único que faltaba era el color.»

Las viejecitas se miraron la una a la otra con cierto asombro. «Cálmate, querida», le dijo la que habló primero, «y trata de acordarte de lo que era. ¿Cuál era el motivo?»

«¿Era un elefante, por ejemplo?», sugirió la otra hermana. Estaban aún frente al teniente Brown.

«¡No sé, de verdad!», replicó Clara impetuosamente. «Usted sabe que el motivo no importa, ¡con tal de que fuera bueno!»

Una vez más las hermanas se intercambiaron miradas de alarma, y una de ellas le susurró algo a la otra, de lo que Clara sólo cogió la palabra «loca».

«Se referirán a tía Mattie, naturalmente», se dijo, pensando, en su inocencia, que Londres era como su ciudad natal, donde todo el mundo se conocía.

«Si se refiere a mi tía», añadió en voz alta, «está *allá*, justo tres cuadros después del teniente Brown.»

«¡Ah, bien! Entonces, ¡harás mejor en regresar junto a ella, querida!», le dijo su nueva amiga consoladoramente. «Ella te encontrará la pintura que buscas. ¡Hasta la vista, querida!»

«¡Hasta la vista, querida!», dijo, semejante al eco, la otra hermana. «¡Y cuidado, no pierdas de vista a tu tía!» La pareja trotó a la sala vecina, dejando a Clara bastante perpleja de sus modales.

«¡Eran realmente encantadoras!», dijo hablando sola. «Me pregunto por qué diablos me compadecían.» Y continuó vagando por la sala, mientras murmuraba para sí misma: «Es preciso que encuentre otro buen cuadro — quizás en una sala más lejana, quizás antes caiga la noche, en una sala más lejana, aunque la distancia es infinita.»^[20]

Nudo VI

Sus radiaciones

Una partí piensa que ya me tiene

*Máskara^[21] lo que hago nadie puede.
De lo que habli lo sabi tú?
Bambú.*

Por fin desembarcaron, y fueron conducidos al palacio. A mitad de camino aproximadamente se encontraron con el Gobernador, que les dio la bienvenida en inglés —un alivio para nuestros dos viajeros, cuyo guía sólo hablaba kgovjniano.

«¡No me gusta ni pizca el modo en que nos hacen muecas mientras avanzamos!», susurró el anciano a su hijo. «¿Y por qué repetirán tanto la palabra “Bambú”?»

«Alude a una costumbre local», replicó el Gobernador, que había alcanzado a oír la pregunta. «Las personas que, como siempre sucede, no gustan a Su Majestad Radiante acostumbran a ser azotadas con varas de bambú.»

El anciano se estremeció. «¡Una costumbre local a la que hay mucho que objetar!», observó con profundo énfasis. «¡Querría que no hubiésemos desembarcado nunca! ¿Notaste a ese individuo negro, Norman, que abrió su bocaza a nuestra vista? ¡Realmente creí que le hubiera gustado comemos!»

Norman llamó al Gobernador, que caminaba a su otro lado. «¿Comen aquí con frecuencia a distinguidos extranjeros?», dijo en un tono tan indiferente como fue capaz.

«No con mucha frecuencia, ¡no siempre!», fue la agradecida respuesta. «No son buenos para eso. Comemos cerdos, porque son gordos. Y este viejo es flaco.»

«¡Por fortuna!», murmuró el anciano viajero. «Azotados lo seremos sin duda. ¡Es un consuelo saber que ellos no azotan sin A! Mi querido niño, ¡que te baste con mirar a los pavos reales!»

Avanzaban ahora por entre dos filas, no deterioradas por la menor fisura, de estos pájaros suntuosos, todos ellos impedidos por un collar dorado y una cadena, vigilados por un esclavo negro, que se mantenía bastante atrás, para no estorbar la vista de las resplandecientes colas, con su sistema de plumas crujientes y sus mil ojos.

El Gobernador sonrió con orgullo. «En vuestro honor», dijo, «Su Majestad Radiante ha ordenado traer cien pájaros más. Y les adornará a ustedes, sin duda, antes de que se vayan, con las tradicionales Estrellas y Plumas.»

«¡Será la Estrella sin E!», balbuceó uno de sus oyentes.

«¡Ven, ven! ¡No pierdas los ánimos!», dijo el otro. «Todo esto está lleno de encantos para mí.»

«Tú eres joven, Norman», suspiró su padre. «Joven y con el corazón encendido. Para mí, esto es un Encanto sin E.»

«El viejo es triste», dijo el Gobernador con cierta ansiedad. «No me cabe duda de que tiene en su conciencia algún pavoroso crimen.»

«¡Pero no tengo nada en mi conciencia!», exclamó el pobre viejo apresuradamente. «¡Dile que allí no hay nada, Norman!»

«No tiene nada, aún», explicó suavemente Norman. Y el Gobernador repitió, con tono satisfecho: «No tiene nada, aún.»

«Este país, que es de ustedes, es, como ven, pasmoso», concluyó el Gobernador, después de una pausa. «Aquí tengo ahora una carta de un amigo mío, un comerciante de Londres. Él y su hermano se marcharon allí hace un año, con mil libras cada uno, ¡y el día de Año Nuevo ya tenían sesenta mil entre los dos!»

«¿Cómo lo hicieron?», exclamó anhelante Norman. Inclusive el anciano viajero parecía excitado.

El Gobernador le entregó la carta abierta. «Todo el mundo podría hacerlo, con sólo saber cómo —así decía, como un oráculo—. No pedimos prestado nada: nada robamos. Empezamos el año con sólo mil libras por cabeza: y el pasado día de Año Nuevo teníamos sesenta mil entre los dos, ¡sesenta mil soberanos dorados!»

Norman parecía grave y pensativo cuando le devolvió la carta. Su padre aventuró una solución para tan claro enigma. «¿Fue jugando?»

«Un kgovjniano nunca juega», dijo el Gobernador gravemente, mientras les introducía por las puertas del palacio. Le siguieron en silencio a lo largo de un vasto corredor y al fin se encontraron en el interior de un altísimo *hall*, completamente revestido de plumas de pavo real. En el centro había una pila de cojines carmesí, que ocultaban casi por entero la figura de Su Majestad Radiante, una pequeña y rolliza damisela, con traje de satén verde moteado de estrellas plateadas, cuya pálida cara redonda se encendió por un momento con un esbozo de sonrisa mientras los viajeros se inclinaban ante ella, para volver luego a asumir exactamente la misma expresión de muñeca de cera, al tiempo que lánguidamente murmuraba una palabra o dos en el dialecto kgovjniano.

El Gobernador interpretó: «Su Majestad Radiante les da la bienvenida. Advierte la Impenetrable Calma del anciano, y la Imperceptible Agudeza del más joven.»

En este momento, el pequeño y poderoso ser batió palmas, dando lugar a la aparición de un grupo de esclavas, llevando en sus manos bandejas de café y platos de dulces, que ofrecieron a sus huéspedes, que se habían sentado, obedeciendo a una señal del Gobernador, sobre la alfombra.

«¡Ciruelas de confitura!», murmuró el viejo. «¡Es como estar en casa del repostero! ¡Pídeme un buñuelo, Norman!»

«¡No tan alto!», le susurró su hijo. «¡Di algo cortés!», ya que el Gobernador estaba sin duda a la espera de un discurso.

«Damos gracias a Su Poderosa Eminencia», empezó tímidamente el viejo.
«Nos calentamos al sol de su sonrisa, que...»

«¡Las palabras del viejo son débiles!», le interrumpió airadamente el Gobernador. «¡Que hable el joven!»

«Decidle a Su Majestad», gritó Norman, en un estallido de salvaje elocuencia, «que, como dos saltamontes en un volcán, ¡nos encogemos en presencia de tanta Lentejuela Vehemente!»

«Eso está mejor», dijo el Gobernador, y lo tradujo al kgovjniano. «Ahora voy a decirles», continuó, «qué es lo que Su Majestad Radiante requiere de vosotros antes de que partáis. El concurso anual para el puesto de confeccionador de bufandas acaba de terminar; vosotros seréis los jueces. Tomaréis nota de los posibles errores en la labor de la ligereza de las bufandas y de su tibiaza. Lo normal es que los concursantes difieran tan sólo en un punto. Así, el año pasado, Fifí y Gogo hicieron el mismo número de bufandas en la semana que duró la prueba, y había en ellas la misma luz; pero la de Fifí era dos veces tan tibia como la de Gogo y ella estaba con mucho dos veces mejor. Pero este año, desdichado de mí, ¿quién podrá juzgar? Tenemos a tres concursantes, ¡y difieren en todo! Mientras estudiáis sus demandas, os alojaremos aquí, y Su Radiante Majestad me ordena que os lo diga, libre de gastos, en el mejor calabozo, y abundantemente alimentados con el mejor de los Pan y Agua.»

El viejo gruñó sordamente. «¡Todo está perdido!», exclamó violentamente. Pero Norman no reparó en ello: había sacado su libro de notas y estaba apuntando calmamente los particulares.

«Son tres», continuó el Gobernador. «Lolo, Mimí y Zuzú. Lolo ha hecho cinco bufandas, mientras que Mimí ha hecho dos; ¡pero Zuzú ha hecho cuatro, mientras Lolo hacía tres! Más aún, aunque el trabajo de Zuzú parece el de un hada, cinco de sus fajas pesan tanto como una de Lolo; y, aunque la de Mimí es aún más ligera, ¡cinco de las suyas pesan lo que tres de Zuzú! Y, en

lo que se refiere al calor, una de Mimí vale por cuatro de Zuzú, ¡aun cuando una de Lolo es tan tibia como tres de Mimí!»

En este instante la mujercita batió de nuevo palmas.

«Ésta es la señal de despedida», se apresuró a decir el Gobernador.
«Cumplimentad a Su Radiante Majestad antes de iros.»

El anciano turista sólo alcanzó a oír lo que se refería a su marcha. Norman dijo simplemente: «Decid a Su Radiante Majestad que estamos traspasados por el espectáculo de Su Sereno Resplandor, ¡y que agónicamente nos despedimos de Su Concentrada Lactescencia!»

«Su Radiante Majestad está complacida», refirió el Gobernador, tras de haber puntualmente traducido esto, «¡derrama sobre vosotros una mirada de Sus Ojos Imperiales, estando segura que la atraparéis!»

«¡Garantizadle que lo haremos!», dijo el viajero más anciano para sí mismo, lamentablemente.

Una vez más se inclinaron y a continuación siguieron al Gobernador por una escalera de caracol hacia el Calabozo Imperial, que hallaron revestido de mármol coloreado, alumbrado desde el techo, y espléndidamente aunque no con un lujo excesivo dotado de un banco de límpida malaquita.

«Confío en que no demorarán mucho su cálculo», dijo el Gobernador, al tiempo que les acomodaba con gran ceremonia. «He oído hablar de serios perjuicios —de grandes y serios perjuicios— que han merecido los infelices que se han demorado en ejecutar las órdenes de Su Radiante Majestad. Y, en esta ocasión, ella está resuelta: dijo que esto hay que terminarlo pronto y ha ordenado traer diez mil varillas de bambú más.» Y con estas palabras les dejó, y le oyeron cerrar y trancar la puerta.

«Ya te dije cómo acabaría todo esto», se lamentó el viajero más anciano, retorciéndose las manos y olvidando por completo, en su angustia, que había sido él quien propuso la expedición, y que no había predicho nada parecido.

«Oh, ¡ojalá salgamos pronto de este desdichado asunto!»

«¡Valor!», dijo el más joven consoladoramente. *«Haec olim meminisse juvabit!* ¡El final de todo esto será glorioso, espléndido!»

«¡Gloria sin L!», es cuanto pudo decir el pobre viejo, mientras se removía en el banco de malaquita, «¡Gloria sin L!»

Nudo VII

Gastos menores

*El cimiento del edificio es el esclavo
que soporta los gastos*

«¡Tía Mattie!»

«¿Mi niña?»

«¿Te importaría apuntarlo ya? Estoy segura de que lo olvidaré si no lo haces.»

«Querida, tendremos que esperar que pare el coche. ¿Cómo crees que podría escribir nada en medio de todo este traqueteo?»

«¡Pero, de verdad, acabaré olvidándolo!»

La voz de Clara asumió el tono quejoso al que su tía nunca había sabido cómo resistir, y, con un suspiro, la anciana señora sacó sus tablillas de marfil y se dispuso a apuntar la cuenta de lo que Clara acababa de gastar en la tienda del repostero. Sus gastos salían siempre del bolsillo de la tía, pero la pobre niña sabía, por amarga experiencia, que más pronto o más tarde Mathesis Demente habría hecho la cuenta exacta de hasta el último penique que se hubiera gastado, de modo que esperó, con mal disimulada impaciencia, mientras la vieja señora daba vuelta a las tablillas, hasta que por fin encontró la que estaba encabezada por las palabras «Gastos menores».

«Aquí está», dijo finalmente, «y aquí entra puntualmente la merienda de ayer: *un vaso de limonada* (¿no podrías beber agua, como yo?), *tres sándwiches* (nunca les ponen bastante mostaza en uno de los lados, se lo dije así mismo a la camarera, en su cara, y sacudió la cabeza, ¡con qué descaro!) y *siete bizcochos*. *En total, un chelín y dos peniques*. Bien, y ahora lo de hoy.»

«Un vaso de limonada...», empezó a decir Clara, cuando, de pronto, el coche se detuvo bruscamente y un atento mozo de cordel ya estaba ayudando a bajar a la aturdida muchacha antes de que ésta tuviera tiempo de acabar su frase.

Su tía se metió en seguida las tablillas en el bolsillo. «Los negocios primero», dijo. «Gastos menores, que son una forma de placer, pienses lo que pienses, después de todo.» Y a continuación procedió a pagar al conductor y a dar prolijas órdenes acerca del equipaje, totalmente sorda para las súplicas de su infeliz sobrina de que tendría que haber registrado el resto de la cuenta de la merienda. «¡Querida, tendrías que cultivar más esa inteligencia!», fue todo el consuelo que concedió a la pobre chica. «¿No son las tablillas de tu

memoria lo suficientemente grandes como para retener la cuenta de una sola merienda?»

«¡No lo bastante grandes! ¡Ni siquiera la mitad de grandes!», fue la impetuosa respuesta.

Las palabras llegaron con la prontitud suficiente, pero la voz no era la de Clara, y las dos mujeres se sorprendieron un poco al ver quién se había entrometido tan súbitamente en su conversación. Una señora pequeña y gordezuela estaba de pie frente a la puerta de un coche, ayudando al conductor a sacar de él a lo que parecía un duplicado exacto de sí misma: hubiera sido muy difícil averiguar cuál estaba más gorda o cuál parecía de mejor humor de las dos hermanas.

«Le dije que la puerta del coche no era lo suficientemente grande», repetía, al tiempo que su hermana lograba salir finalmente, con algo así como el estampido de una bala al dejar el arma de fuego, y que se volvía para llamar a Clara. «¿No es así, querida?», dijo tratando con dificultad de fruncir el entrecejo en una cara que arrugaba una sonrisa.

«Alguna gente es demasiado enorme para la puerta», refunfuñó el conductor del coche.

«¡No me conteste, oiga!», gritó la anciana señora, en lo que quería que fuera una tempestad de furia. «¡Diga sólo una palabra más y le llevo al juzgado de distrito para que implore en el *Habeas Corpus!*», el cochero llevó la mano a su sombrero y se marchó con una mueca.

«¡Nada como la ley para intimidar a estos rufianes, querida!», observó confidencialmente a Clara. «¿Viste cómo se asustó cuando mencioné el *Habeas Corpus*? Y no es que tenga idea de lo que esta palabra significa, pero suena bien, amenazadoramente, ¿no es verdad?»

«Es muy provocativa», replicó vagamente Clara.

«¡Mucho!», contestó la anciana señora con vehemencia. «Pretendo que provoque tanto como hemos sido provocadas nosotras. ¿No lo hemos sido, hermana?»

«¡Nunca en mi vida me irrité tanto!», asintió radiante la más gorda.

Pero esta vez Clara había reconocido por fin a sus amistades de la galería de arte y, tirando de su tía hacia ella, se apresuró a susurrarle sus recuerdos. «Las tropecé primero en la Real Academia, y fueron muy amables conmigo, y hoy estaban merendando en la mesa cercana a la nuestra, ¿sabes?, y trajeron de ayudarme a encontrar el cuadro que buscaba, ¡y son por cierto unas viejas cosas dignas de ser queridas!»

«Son amigas tuyas, claro», dijo Mathesis Demente. «Bien, me gusta su aspecto. Puedes ser amable con ellas, mientras saco los billetes. ¡Pero otra vez procura poner más orden cronológico en tus ideas!»

Y ocurrió así que las cuatro mujeres se encontraron sentadas en el mismo banco esperando el tren, y charlando como si se hubieran conocido desde hace muchos años.

«¡A esto le llamo yo una coincidencia muy notable!», exclamó la más pequeña y comunicativa de las dos hermanas, aquélla cuyos conocimientos legales habían anonadado al cochero. «No sólo que estemos esperando el mismo tren, y en la misma estación, esto ya sería bastante curioso, sino que sea en verdad en el mismo día; ¡y a la misma hora del día! ¡Esto es lo que más me impresiona!» Miró a la hermana más gorda y más callada, cuya principal función en la vida parecía ser la de apoyar la opinión de la familia, y que contestó mansamente:

«¡Y a mí también, hermana!»

«Y no son estas coincidencias independientes...», estaba empezando a decir Mathesis Demente, cuando Clara se aventuró a interrumpirla.

«Aquí ya no hay traqueteo alguno», suplicó humildemente. «¿No te importaría anotarlo ahora?»

Las tablillas de marfil salieron a la luz una vez más. «¿Qué es lo que era, pues?», dijo su tía.

«Un vaso de limonada, un sándwich, un bizcocho. ¡Oh, Dios mío!», gritó la pobre Clara, cuyo tono de historiadora se había transformado súbitamente en un gemido de agonía.

«¿Dolor de muelas?», dijo su tía calmamente, mientras anotaba los datos. Las dos hermanas abrieron instantáneamente sus bolsos y mostraron dos remedios diferentes para la neuralgia, considerados ambos como «inigualables».

«¡Pero si no es eso!», dijo la pobre Clara. «Muchas gracias pero es sólo que no puedo acordarme de los precios.»

«Bueno, inténtalo de nuevo, en ese caso», dijo su tía. «Tienes la merienda de ayer para ayudarte, ¿sabes? Y aquí está la merienda del día antes, el primer día en que fuimos a esa tienda, *un vaso de limonada, cuatro sándwiches, diez bizcochos. En total, un chelín y cinco peniques.*» Le alargó las tablillas a Clara, y ella las miró con los ojos tan velados por las lágrimas que al principio no se dio cuenta de que las estaba leyendo al revés.

Las dos hermanas habían prestado oídos a todo esto con la más profunda atención y, al llegar a este punto, la más pequeña posó suavemente su mano

sobre el brazo de Clara.

«¿Sabes tú, querida?», dijo tratando de consolarla con un dulce engaño. «¡Mi hermana y yo estamos en el mismo caso! ¡Exactamente en el mismo, en idéntica situación! ¿No es así, hermana?»

«El mismo caso, idéntica situación...», comenzó a decir la más gorda, pero, como estaba construyendo su frase en gran escala, la más pequeña no esperó a que acabase.

«Sí, querida», resumió, «estábamos merendando en la misma tienda que vosotras, y tomamos dos vasos de limonada y tres sándwiches y cinco bizcochos y ninguna de las dos tiene la menor idea de cuánto fue lo que pagamos. ¿La tienes tú, hermana?»

«El mismo caso, idéntica situación...», murmuró la otra, que evidentemente consideraba que llevaba ahora un retraso de una frase, y que tenía que cumplir con pasadas obligaciones antes de contraer otras nuevas; pero la pequeña la interrumpió de nuevo, y la otra se retiró de la conversación en bancarrota.

«¿Lo calcularías por nosotras, querida?», le rogó la más pequeña de las viejecitas.

«Sabes aritmética, ¿no es cierto?», dijo su tía, con cierta ansiedad, mientras Clara volvía la vista de una tablilla a otra, tratando en vano de concentrar sus pensamientos. Su mente era un espacio en blanco, y toda expresión humana pronto desapareció de su rostro.

Siguió un silencio, una tiniebla.

Nudo VIII

La totalidad jeroglífica^[22], o el jeroglífico del ómnibus

*El cerdito fue al mercado:
el cerdito se quedó en casa*

«Por orden expresa de Su Radiante Majestad», dijo el Gobernador, mientras conducía a los viajeros, por última vez, en presencia de su Emperadora, «tendré ahora el placer, el éxtasis de escoltarlos hasta la puerta exterior del Cuartel Militar, donde habréis de afrontar la agonía de partir, —

¡si es que vuestra naturaleza puede resistir el *shock!*—. De esta puerta salen grurmstips cada cuarto de hora, en ambas direcciones...»

«¿Le importaría repetir esa palabra?», dijo Norman. «¿Grurm...?»

«Grurmstips», repitió el Gobernador. «Es lo que en Inglaterra se llama ómnibus. Van en las dos direcciones, y podréis recorrer en uno de ellos toda la distancia que os separa del puerto.»

El viejo lanzó un suspiro de alivio; dos horas de ceremonia cortesana le habían fatigado, y había sido todo ese tiempo presa del terror de que algo pudiese llamar a escena los diez mil bambús adicionales. El minuto siguiente se hallaban cruzando un vasto cuadrángulo, pavimentado con mármol, y elegantemente decorado con una pocilga en cada esquina. Soldados, transportando cerdos, avanzaban en todas direcciones; y, en el medio, estaba un gigantesco oficial dando órdenes con voz de trueno, que hacía posible que fuera escuchado por encima de los rugidos de los cerdos.

«¡Es el Comandante en jefe!», susurró apresuradamente el Gobernador a sus compañeros, que, acto seguido, imitaron su ejemplo postrándose ante aquel hombre desmesurado. El Comandante les devolvió la reverencia. Estaba recubierto de cordones plateados de la cabeza a los pies, mientras que su rostro mostraba la expresión de la más profunda miseria; y aguantaba un pequeño y negro cerdo en cada mano. Aun así, el galante individuo hizo lo que pudo para, mientras impartía a cada instante órdenes a sus hombres, despedirse con gran cortesía de los huéspedes a punto de partir.

«¡Adiós, viejo! Lleva estos tres a la pocilga de la esquina Sur. Y adiós también a ti, mocoso; coloca a éste más gordo encima de los demás en la pocilga Oeste, que no se borre nunca el rastro que dejáis. ¡Desdichado de mí como lo hagáis mal! Y ahora vaciad las pocilgas de nuevo, ¡y comenzad otra vez!» Y el oficial se apoyó sobre su espada y se limpió una lágrima.

«Está un poco esquizofrénico», les explicó el Gobernador mientras dejaban la plaza. «Su Radiante Majestad le ha ordenado colocar veinticuatro cerdos en estas cuatro pocilgas, de modo que, mientras ella da la vuelta a la plaza, pueda siempre encontrar en cada pocilga un número más cercano a diez que el número de la última.»

«¿Considera ella que diez está más cercano a diez de lo que lo está nueve?», dijo Norman.

«Naturalmente», dijo el Gobernador. «Su Radiante Majestad habría estado de acuerdo en que diez está más cercano a diez de lo que lo está nueve, e incluso más de lo que lo está once.»

«Entonces, creo que se puede hacer», dijo Norman.

El Gobernador meneó la cabeza. «El Comandante los ha estado llevando en vano de un lado para otro durante cuatro meses», dijo. «¿Qué esperanza le queda? ¡Y Su Radiante Majestad ha ordenado que traigan diez mil varillas de bambú más!...»

«A los cerdos no parece que les guste ser trasladados», interrumpió apresuradamente el viejo. Le había desagradado que se tocase de nuevo el tema del bambú.

«Sólo son trasladados provisionalmente, ¿sabe?», dijo el Gobernador. «La mayoría de las veces son inmediatamente retrasladados de nuevo a otro lugar; por consiguiente, no tienen por qué preocuparse. Y, por otra parte, todo se hace con el mayor cuidado, inspeccionado personalmente por el Comandante en jefe.»

«Naturalmente ella dará la vuelta a la plaza tan sólo una vez», dijo Norman.

«¡No, por desgracia!», suspiró su guía. «Dará una y otra vuelta. Una y otra vez. Son las propias palabras de Su Radiante Majestad. Pero ¡oh agonía infinita! ¡Aquí está la puerta exterior, y debemos separarnos!»

Sollozaba mientras les estrechaba las manos y al minuto siguiente se alejó a toda prisa.

«*Podría* haber aguardado a vemos partir!», dijo el viejo con tono lastimero.

«¡Y no necesitaba empezar a silbar un momento después de dejamos!», dijo el más joven con severidad. «Pero observa atentamente, ¡aquí hay dos cómo-se-llamen a punto de salir!»

Desafortunadamente, el autobús que iba al mar estaba lleno. «¡No te preocunes!», dijo Norman alegremente. «Iremos andando hasta que el siguiente nos dé alcance.»

Caminaron en silencio, meditando en el problema militar, hasta que vieron un ómnibus vieniendo del mar. El mayor de los viajeros puso su mirada en blanco. «Exactamente doce minutos y medio desde que salimos», observó de una manera ausente. Y, súbitamente, el rostro vacío se encendió; el viejo tuvo una idea. «¡Hijo mío!», gritó, pasando su mano por el hombro de Norman tan bruscamente como para que por un momento transfiriera su centro de gravedad más allá del punto de sostén.

Así, perdiendo el equilibrio, el joven se tambaleó hacia delante, y pareció próximo a derrumbarse; pero se recobró al instante, volviendo a enderezarse con un movimiento lleno de gracia. «Problema de Precedencia y Nutación», observó, en un tono en el que sólo el respeto filial alcanzaba a velar una

sombra de fastidio. «¿Qué te ocurre?», se apresuró a añadir, temiendo que su padre pudiera haber caído enfermo. «¿Quieres un *brandy*?»

«¿Cuándo nos dará alcance el próximo ómnibus? ¿Cuándo, cuándo?», gritó el anciano, cada vez más excitado.

Norman parecía melancólico. «Dame tiempo», dijo. «He de pensarla.» Y, una vez más, los viajeros se pusieron a caminar en silencio, un silencio roto tan sólo por los chillidos cada vez más lejanos de los desdichados cerdos, que estaban aún siendo trasladados provisionalmente de pocilga en pocilga, bajo la personal inspección del Comandante en jefe.

Nudo IX

Las grietas de una serpiente

*Del agua que todo lo inunda,
no podremos beber ni una sola gota*

«Cogeré sólo un guijarro más.»

«¿Qué diablos estás haciendo con esos cubos?»

Quienes hablaban eran Hugh y Lambert. Lugar: la playa de Little Mendip. Hora: 1,30 P. M. Hugh estaba haciendo flotar un cubo en el interior de otro más grande, y viendo cuántos guijarros podía meter en él sin que se hundiera. Lambert estaba echado sobre la espalda, sin hacer nada. Después de uno o dos minutos, Hugh permaneció en silencio, evidentemente hundido en sus pensamientos. De repente, rompió a hablar: «¡Mira, Lambert, te digo que mires aquí!», dijo Hugh.

«Si está vivo, y es viscoso, y con patas, no me preocuparé de hacerlo», dijo Lambert.

«¿No dijo Balbus esta mañana que, si un cuerpo se sumerge en un líquido, desplaza una cantidad de líquido igual a su volumen?», dijo Hugh.

«Siempre está diciendo cosas por el estilo», replicó Lambert vagamente.

«Pues bien, mira aquí un instante. Verás al cubo más pequeño casi sumergido por completo, de modo que el agua desplazada tiene que ser de su mismo volumen. Pero, ahora, ¡mira aquí!» Sacó, mientras hablaba, el cubo más pequeño, y le dio el grande a Lambert. «Pues bien, aquí hay apenas tanta

agua como cabe en una taza de té. ¿No te atreverás a decirme que esto tiene el mismo volumen que el cubo pequeño?»

«Naturalmente que sí», dijo Lambert.

«Bien, ¡mira otra vez!» —gritó Hugh, triunfalmente, mientras vertía el agua del cubo grande al pequeño. «¡Cómo, si no lo llena ni hasta la mitad!»

«Eso sólo a él le importa», dijo Lambert. «Si Balbus dice que es el mismo volumen, pues es el mismo volumen, y tú lo sabes.»

«Bueno, pero no me lo creo», dijo Hugh.

«Tienes que hacerlo», dijo Lambert. «Además, ya es hora de comer. Ven.»

Encontraron a Balbus esperándoles para comer, y Hugh le espetó de sopetón su problema.

«Primero, almorcemos», dijo Balbus, cortándoles rápidamente. «¿No sabes el viejo refrán: “Primero el carnero, la mecánica después”?»

Los muchachos no conocían el refrán, pero aceptaron de buena fe su existencia, como hacían con todas las enseñanzas, aun pasmosas, que vinieran de una autoridad tan infalible como era su tutor. Almorzaron con calma, en silencio, y, una vez que hubieron concluido, Hugh dispuso el acostumbrado conjunto de pluma, tinta y papel, mientras Balbus les repetía el problema que había preparado como tarea para la tarde.

«Un amigo mío tiene un jardín con flores, un precioso jardín, si bien no muy grande...»

«¿Cómo es de grande?», dijo Hugh.

«¡Esto es lo que *VOSOTROS* tenéis que averiguar!», replicó alegremente Balbus. «Y he de deciros que se trata de un jardín oblongo —media yarda más largo que ancho— y que un sendero de grava, de una yarda de ancho, empieza en una de sus esquinas y le da la vuelta.»

«¿Volviendo a juntarse?», dijo Hugh.

«Sin volver a juntarse, jovencito. Justo antes de que *eso* ocurra, da la vuelta a una esquina, y avanza de nuevo alrededor del jardín, bordeando su primer lado, y después adentrándose en él de nuevo, serpenteando hacia adentro, y cada vuelta tocándose con la precedente, de modo que al final ha recorrido toda el área.»

«¿Como una serpiente llena de ángulos?», dijo Lambert.

«Exactamente. Y, si te paseas por toda su extensión, hasta la última pulgada, manteniéndote en el centro del camino, tu recorrido será de dos millas y medio estadio. Ahora, mientras halláis la anchura y largura del jardín, veré si puedo pensar algo de tu rompecabezas de agua marina.»

«¿Dijo que era un jardín con flores?», inquirió Hugh, cuando Balbus estaba abandonando la habitación.

«Eso dije», contestó Balbus.

«¿Y dónde crecían las flores?», dijo Hugh. Pero Balbus pensó que era mejor no dar oídos a la pregunta. Dejó a los chicos con su problema, y en el silencio de su habitación se dispuso a descifrar la paradoja mecánica de Hugh.

«Para fijar nuestros pensamientos», murmuró para sí mismo, mientras, con las manos metidas a medias en los bolsillos, se paseaba de un lado a otro de la habitación, «cogeremos una jarra de vidrio de forma cilíndrica, con una escala de pulgadas en una de sus caras, y la llenaremos de agua hasta la pulgada número 10; y supondremos que cada pulgada de la jarra contiene una pinta de agua. Cogeremos ahora otro cilindro, de tal forma que cada una de sus pulgadas sea igual en volumen a media pinta de agua, y hundiremos cuatro pulgadas de él en el agua, de modo que la base del cilindro caiga sobre la sexta pulgada. Bien, esto desplaza dos pintas de agua. ¿Qué ocurre con ellas? Bueno, si no hubiera ya más cilindro, éstas se depositarían cómodamente en lo alto, y llenaría el jarro hasta la pulgada número 12. Pero, por desgracia, hay más cilindro, ocupando la mitad del espacio entre la décima y la doceava pulgada, de modo que sólo hay aquí cabida para *una* pinta de agua. ¿Qué ocurre con la otra? Bueno, si no hubiera más cilindro, descansaría en lo alto, y llenaría la jarra hasta la pulgada 13. Pero desdichadamente, ¡por el fantasma de Newton!», exclamó, con súbitos acentos de terror. «¿Cuándo el agua ha de detener por fin su ascenso?»

De pronto le asaltó una idea brillante. «Escribiré un pequeño ensayo sobre esto», se dijo.

EL ENSAYO DE BALBUS

«Cuando un sólido se sumerge en un líquido, es bien sabido que desplaza una porción de líquido igual a su volumen, y que el nivel del líquido subirá exactamente en la misma proporción en que lo haría si le fuera añadida una cantidad de líquido igual en volumen al sólido. Lardner dice con gran precisión que el mismo proceso se desarrolla cuando un sólido es parcialmente sumergido: la cantidad de líquido desplazado equivaldría, en este caso, a la porción de sólido sumergida, y el nivel del agua subiría en la misma proporción.

»Supongamos un sólido sostenido sobre la superficie de un líquido y parcialmente sumergido: una porción de líquido es desplazada, y el nivel del

agua sube. Pero, por esta subida de nivel, otra pequeña porción del sólido resulta sumergida, de modo que se producirá ahora un nuevo desplazamiento de una segunda porción de líquido, y una consiguiente subida de nivel. De nuevo, esta segunda subida de nivel causa una inmersión mayor, y como consecuencia un nuevo desplazamiento de líquido y otra subida. Resulta evidente que este proceso deberá proseguirse hasta que la totalidad del sólido se halle sumergida, y que a continuación el líquido sumergirá cualquier cosa que sostuviera al sólido, y que, estando conectada a él, debe ser considerada como formando parte de él. Si sostenéis un bastón, de seis pies de largo, con su punta en un balde de agua, y esperáis lo suficiente, seréis al fin sumergidos por el agua. La pregunta acerca de la fuente de la que el agua se abastece — que pertenece a una rama más elevada de las matemáticas y está, por consiguiente, fuera de nuestra actual esfera— no es aplicable al mar. Por consiguiente, habremos de familiarizarnos con la idea de un hombre situado al borde del mar, con la marea menguante, con un sólido en su mano, que ha sumergido parcialmente: permanece inmóvil y resuelto, y todos sabemos que, al final, se ahogará. Las multitudes que a diario perecen en esta forma, para dar fe de una verdad filosófica, y cuyos cuerpos arrojan tétricamente las insensatas olas sobre nuestras ingratas orillas, tienen verdadero derecho a ser llamadas Mártires de la Ciencia tanto como Galileo o Kepler. Empleando una afortunada frase de Kossuth, son los anónimos semidioses del siglo diecinueve.»^[23]

«En *alguna parte* tiene que haber una falacia», murmuró soñolientamente, mientras estiraba sus largas piernas sobre el sofá. «Tendré que pensar en ello de nuevo». Cerró los ojos, para mejor concentrarse, y, por espacio de la hora siguiente, su respiración regular y lenta dio testimonio de la cuidadosa reflexión con que estaba investigando este nuevo y asombroso aspecto de la cuestión.

Nudo X

Buñuelos de Chelsea

Sí, ¡buñuelos, y buñuelos, y más buñuelos! de una vieja canción

«¡Qué triste, qué infinitamente triste!», exclamó Clara; y los ojos de aquella dulce muchacha se llenaron de lágrimas mientras hablaba.

«Triste, pero extremadamente curioso si lo miras con ojo matemático», fue la menos romántica respuesta de su tía. «Algunos de ellos perdieron un brazo en el curso de su servicio militar, otros una pierna, otros una oreja, algunos finalmente un ojo.»

«Y algunos, ¡quizá *todo!*», murmuró Clara soñadoramente, mientras pasaban al lado de las largas hileras de héroes curtidos por la intemperie, calentándose ahora al sol. «¿Viste a ése tan viejo, con la cara colorada, que estaba dibujando un mapa en el polvo, con su pata de palo, mientras los otros le observaban? Creo que era el plan de alguna batalla final.»

«Tal vez de la batalla de Trafalgar, ¿quién sabe?», la interrumpió abruptamente su tía.

«Difícilmente podría tratarse de ésa, creo yo», Clara se aventuró a decir. «Porque, en ese caso, no podría estar vivo.»

«¿No podría estar vivo?», repitió la anciana señora desdeñosamente. «¡Está más vivo que tú y yo juntas! Si dibujar un mapa en el polvo, con una pata de palo, no te parece prueba suficiente de estar vivo, ¡tendrás tal vez la amabilidad de mencionarme qué es lo que para ti lo prueba!»

Clara no veía salida a este problema. La lógica no había sido nunca su fuerte.

«Y, volviendo a la aritmética», reanudó Mathesis Demente. La excéntrica anciana no dejaba nunca que se deslizara fuera de su alcance sin aprovecharla, una oportunidad de llevar a su sobrina al cálculo, «¿qué porcentaje crees tú que habrán perdido los cuatro —de piernas, de brazos, de ojos, de orejas?»

«¿Cómo podría saberlo?», balbuceó la muchacha aterrorizada. Sabía bien lo que estaba por llegar.

«No puedes, por supuesto, si te faltan los datos», replicó su tía, «pero estoy a punto de darte algunos.»

«¡Cómprele un buñuelo de Chelsea, señorita! ¡Es lo que más les gusta a las jovencitas!» La voz era rica en tonos y extremadamente musical, aquel de quien emanaba levantó con mano experta el níveo paño que cubría su cesto, descubriendo una tentadora suma de los acostumbrados buñuelos cuadrados, reunidos en hiladas, espléndidamente mezclados con huevo y tostados, centelleando al sol.

«¡No, señor! ¡Nunca le daré nada tan indigesto! ¡Márchese!» La anciana blandió su sombrilla amenazadoramente, pero nada parecía que estropease el

buen humor del alegre viejecito, que continuó su camino cantando su melodiosa copla:



**Chel-sea buns! Chel-sea buns hot! Chel - sea buns!
¡Bu-ñuelos de Chelsea! ¡Calientes! ¡Bu-ñuelos de Chelsea!**



**Pi - ping hot! Chel - sea buns hot! Chel - sea buns!
¡Ca-lientes y crujientes! Bu-ñuelos calientes de Chelsea!
¡Bu-ñuelos de Chelsea!**

«¡Demasiado indigestos, mi amor!», dijo la anciana. «¡Los porcentajes te vendrán ahora mucho mejor!»

Clara suspiró, y pudo verse una mirada llena de ira en sus ojos cuando contemplaba la cesta cuyo tamaño la distancia aminoraba; pero escuchó dócilmente a la inexorable anciana, quien en ese momento procedía a pasar lista a los datos con sus dedos.

«Digamos que un 70 por ciento perdió un ojo, un 75 por ciento una oreja, el 80 por ciento un brazo, el 85 por ciento una pierna, y el problema habrá quedado maravillosamente planteado. Ahora, querida mía, ¿qué porcentaje perdieron, como mínimo, los cuatro?»

No se produjo más conversación —a no ser una suave exclamación de «¡oh, crujientes y calientes!» que escapó de los labios de Clara al tiempo que la cesta desaparecía tras una esquina— que pudiera ser considerada como tal, hasta que llegaron a una vieja mansión de Chelsea, donde el padre de Clara estaba ahora alojado con sus tres hijos y su anciano tutor.

Balbus, Lambert y Hugh habían alcanzado la casa sólo unos pocos minutos antes que ellas. Habían estado fuera paseando, y Hugh había encontrado un problema que había sumergido a Lambert en lo más profundo de la sombra, y que incluso había desconcertado a Balbus.

«Se pasa del miércoles al jueves a las doce, ¿no es cierto?», había empezado a decir Hugh.

«Algunas veces», respondió cautamente Balbus.

«Siempre», había dicho decidido Lambert.

«*Algunas veces*», insistió Balbus suavemente. «Seis medianoches de siete, se pasa a otra cosa muy distinta.»

«Quiero decir, por supuesto», corrigió Hugh, «que, cuando se pasa del miércoles al jueves, el cambio se produce a medianoche, y *solamente* a medianoche.»

«Naturalmente», dijo Balbus. Lambert permaneció en silencio.

«Bien, ahora supongamos que es medianoche en Chelsea. Por lo tanto, es miércoles al Oeste de Chelsea (por ejemplo en Irlanda o en América), donde aún no ha llegado la medianoche: y es jueves al Este de Chelsea (por ejemplo en Alemania o en Rusia), donde la medianoche ya ha transcurrido.»

«Naturalmente», dijo Balbus de nuevo. Incluso Lambert asintió esta vez.

«Pero no es medianoche en ningún otro lugar; de modo que no se pasa del miércoles al jueves en ningún otro lugar. Y, sin embargo, si Irlanda y América y las demás de ese lado lo llaman ese instante miércoles, y Alemania y Rusia y las demás de ese lado lo llaman jueves, *tiene* que haber algún lugar —no Chelsea— en que se encuentren en los dos lados ambos días. Y lo peor para los que allí habiten será que tendrán los días sucediéndose erróneamente: tendrán el miércoles al Este, y el jueves al Oeste, ¡exactamente como si del jueves se pasara al miércoles!»

«¡Me parece que ya había oído hablar de este rompecabezas!», gritó Lambert. «Y te diré la solución. Cuando un barco da la vuelta al mundo, yendo del Este al Oeste, sabemos que un día escapa a sus cálculos; de modo que, cuando vuelve a casa y llama a ese día miércoles, se encuentra con que la gente, allí, lo llama jueves, porque ellos han tenido una medianoche más que el barco. Y, si vas en dirección contraria, te encontrarás con un día de más.»

«Ya sabía todo esto», dijo Hugh, en respuesta a esta no muy lúcida explicación. «Pero no me sirve de nada, porque, para un barco, para un espacio en movimiento, no hay días en sentido estricto.

Si avanzas en una dirección, el día tendrá más de veinticuatro horas, y en la otra dirección tendrá menos: pero la gente que vive siempre en un mismo sitio cuenta siempre veinticuatro horas al día.»

«Me imagino que un sitio así tiene que existir», dijo Balbus, meditabundo, «aunque nunca oí hablar de él. Y la gente tiene que encontrarlo extraño, como dice Hugh, el tener el día ya transcurrido al Este y el por venir al Oeste: porque, cuando la medianoche caiga sobre ellos, con el nuevo día frente a

ellos y el pasado a sus espaldas, nadie sabrá exactamente lo que ocurre. Tendré que pensar sobre ello.»

De modo que penetraron en la casa en el estado que ya he descrito. — Balbus desconcertado, y Lambert sumido en los más sombríos pensamientos —. «Sí, mm, el señor está en casa, mm», dijo la majestuosa y vieja doncella. (N. B.: Se trataba sólo de una doncella, con gran experiencia, que podía manejar series de tres emes juntas, sin ninguna vocal en medio.) «Y la entera reunión la está esperando en la biblioteca.»

«No me gusta que llame a tu padre un tipo viejo^[24]», susurró Mathesis Demente a su sobrina, mientras atravesaban el *hall*. Y Clara tuvo apenas el tiempo de susurrar en respuesta. «Quería decir la entera reunión», antes de que penetraran en la biblioteca, y la vista de los cinco rostros solemnes, allí alineados, la redujera al silencio.

Su padre estaba sentado en el extremo de la mesa, y con un gesto mudo indicó a las damas que ocuparan las dos sillas vacías, una a cada lado de él. Sus tres hijos y Balbus completaban la reunión. Habían dispuesto material de escribir alrededor de la mesa, a la manera de un banquete de fantasmas: la criada se había evidentemente exprimido el cerebro para dar con tan macabro invento. Cuartillas, cada una flanqueada por una pluma en un costado y un lápiz en el otro, representaban los platos —los limpiaplumas estaban por los panecillos—, mientras que frascos de tinta ocupaban el lugar de los vasos de vino. La *pièce de résistance* era una gran bolsa de tapete verde, que producía, cuando el anciano la sacudía impacientemente, un encantador retintín, como de innumerables guineas de oro.

«Hermana, hija, hijos, y Balbus», comenzó el anciano, tan nerviosamente que Balbus hubo de salir de su embarazo con un cortés: «¡Escuchad, escuchad!», mientras Hugh tamborileaba sobre la mesa con los dedos. Lo que desconcertó al poco experimentado orador. «Hermana...», comenzó de nuevo, después se detuvo un instante, volvió a sacudir la bolsa, y continuó con ímpetu. «Quiero decir que, siendo ésta una importante ocasión, más o menos, ya que hoy uno de mis hijos alcanza la mayoría de edad», hizo otra pausa, con cierta confusión, al haber a todas luces llegado antes de lo que quería al centro de su discurso; pero era demasiado tarde para volverse atrás. «¡Escuchad, escuchad!», clamó Balbus. «Y tanto que sí», dijo el caballero anciano, recobrando un poco el dominio de sí mismo. «Cuando, por primera vez, se empezó a celebrar esta costumbre anual, mi amigo Balbus puede corregirme si me equivoco...» (Hugh dijo en un susurro: «¡Con una correá!», pero nadie le oyó a excepción de Lambert, quien frunció el entrecejo y meneó

la cabeza), «esta costumbre anual de dar a mis hijos tantas guineas como años tengan —era una ocasión importante, eso me contó Balbus—, ya que las edades de vosotros dos juntos eran iguales a la del tercero, de modo que, en aquella ocasión, me dije que había que pronunciar un discurso...» Esta vez la pausa fue tan larga que Balbus se creyó en la obligación de ayudarle con las palabras: «Ya que era una de las más», pero el anciano lo refrenó con una mirada amenazadora: «Sí, pronunciar un discurso», repitió. «Algunos años más tarde, Balbus me lo hizo observar, y he dicho que me lo hizo observar...» («¡Escuchad, escuchad!», gritó Balbus. «Y tanto que sí», dijo agradecido el anciano) «que era también otra importante ocasión. Ya que las edades de dos de vosotros representan el *doble* de la edad del tercero. Así que, entonces, pronuncie otro discurso —otro discurso. Y hoy es nuevamente una ocasión importante (así me dijo Balbus), de modo que pronuncio, estoy pronunciando...» (al llegar a ese punto, Matemática Demente lanzó una mirada mordaz a su reloj) «¡tan aprisa como puedo!», gritó el anciano, dando pruebas de una gran presencia de ánimo. «Por supuesto, querida hermana, estoy llegando ya al núcleo de la cuestión. El número de años que nos separa de aquella primera ocasión es exactamente dos tercios del número de guineas que, entonces, os di. Ahora, hijos míos, calculad vuestras edades respectivas a partir de esos datos, ¡y tendréis el dinero!»

«¡Pero es que *sabemos* nuestras edades!», gritó Hugh.

«¡Silencio, señores!», tronó el anciano, levantando toda su estatura (era exactamente cinco pies de alto) en su indignación. «Dije que sólo teníais que usar los datos que he dado. No tenéis que dar nada por sentado, ¡ni siquiera vuestra edad!» Agarró la bolsa mientras hablaba, y con pasos vacilantes (debidos al peso que había de acarrear) abandonó la habitación.

«Y tú tendrás un regalo parecido», susurró la anciana tía a su sobrina, «cuando hayas calculado aquellos porcentajes.» Y, dicho esto, siguió a su hermano.

Nada podía sobrepasar la solemnidad con la que la pareja de ancianos se había levantado de la mesa, y, sin embargo, ¿qué fue? ¿Fue acaso una mueca lo que su padre recibió a cambio de sus desdichados hijos? ¿Y qué pudo ser? ¿Fue sólo un parpadeo lo que le devolvió a su tía su desesperante sobrina? ¿Y qué eran aquellos sonidos semejantes a risitas ahogadas que flotaron por la habitación un momento antes de que Balbus (que siguió el ejemplo de los ancianos) cerrara la puerta? A buen seguro que no fue así, y sin embargo la criada le dijo al cocinero; pero no, eso fue solamente un ocioso chisme, y no lo repetiré.

La tarde hizo entonces donación de sus sombras que nadie había solicitado, y no se «cerraron sobre ellos» (ya que la criada trajo una agonizante luz de gas) las mismas sombras inútilmente serviciales que les dejaron solos, con el más «solitario ladrido» (el gemido de un perro, en el patio trasero, ladrándole a la luna), por el espacio de «un breve instante»; pero tampoco, «ay, para su desdicha», ninguna otra hora del día —ni de la noche, ni siquiera la hora en que nada existe y todo puede ser, la hora de la Relatividad, la medianoche— parecía que hubiera de prometerles un «descanso», esa paz, ese silencio en el alma que alguna vez fueron suyos y que ahora el lenguaje^[25], como un ave de presa, les había arrebatado, ¡aplastándolos con el peso puro y terrible de un misterio imposible de descifrar!

«No es justo», refunfuñó Hugh, «que nos ofrezcan como lugar habitable un lugar tan complicado.»

«¿Justo?», le hizo eco Clara, amargamente. «¡No está bien!»

Y, para todos mis lectores, no puedo sino repetir lo que fueron las últimas palabras de la dulce Clara:

¡ADIÓS!

(podéis volver a las sombras).

Apéndice

«Un nudo», dijo Alicia.
«¡Oh, ayúdame a desatarlo!»

Respuestas al Nudo I

Problema: Dos viajeros emplean, desde las tres hasta las nueve, en recorrer un camino llano, después una colina, y en regresar a casa: su paso, en el camino llano, era de cuatro millas por hora, en la colina de 3 y, en el descenso, de 6. Hallar la distancia recorrida: también (con media hora de aproximación) la hora en que alcanzaron la cumbre.

Respuesta: 24 millas; a las seis y media.

Explicación: Una milla por el camino llano invierte $\frac{1}{4}$, colina arriba $\frac{1}{3}$, colina abajo $\frac{1}{6}$. Por consiguiente, ir y volver sobre la misma milla, ya en el

camino llano como en la colina, invertirá 1/2 hora. Por lo que, en el espacio de 6 horas, caminan 12 millas a la ida y 12 a la vuelta. Si las doce millas de la idea fueron casi todas por el camino llano, las habrá hecho en algo más de 3 horas; si fueron casi todas por la colina, algo menos de 4.

Por lo tanto, 3 horas y 1/2 debió de ser, con media hora de margen de duda, el tiempo que emplearon en llegar a la cumbre; así, y ya que salieron a las 3, debieron alcanzarla a las 6 y 1/2, 1/2 hora más o menos.

Hemos recibido veintisiete respuestas. De éstas, 9 son correctas, 16 parcialmente correctas y 2 equivocadas. La 16 dio la *distancia* correcta, pero falló en comprender el hecho de que la cumbre de la colina pudo haber sido alcanzada en *cualquier* momento entre las 6 y las 7.

Las dos respuestas erróneas fueron de GERTY VERNON y de EL HOMBRE-NADA^[26]. La de este último dio como distancia «23 millas», mientras que su revolucionario compañero daba «27». GERTY VERNON dice «tuvieron que andar cuatro millas por la llanura, y llegar al pie de la colina a las cuatro.» Pudieron haber hecho eso, se lo garantizo, pero no hay el menor terreno para suponer que lo hicieron. «Emplearon 7 millas y media en escalar la colina, y la alcanzaron un cuarto de hora antes de las 7.» Aquí, tu matemática se equivoca y debo, aunque a disgusto, despedirme de ti. 7 millas y media, a tres millas por hora, no requieren 2 horas y tres cuartos. El HOMBRE-NADA dice: «Si se representa el número total de millas, y el número de horas hasta llegar a la cumbre, $3y$ será el número de millas hasta la cumbre, y $x - 3y$ = número de millas de la otra falda». Usted me deja aturdido. La otra falda ¿de qué? De la colina, dice usted. Pero entonces, ¿cómo pudieron regresar a casa? Sin embargo, para que todo estuviera de acuerdo con su punto de vista, habría que instalar una posada al pie de la colina, en la falda opuesta, y también dar por sentado que no había en absoluto camino llano (lo cual le garantizo que es *posible*, si bien no *necesariamente* cierto). Dice usted:

$$y = \frac{x - 3y}{6} \quad (\text{i});$$

$$\frac{x}{1} = 6 \quad (\text{ii}).$$

$$4\frac{1}{2}$$

Apruebo (i), pero niego la verdad de (ii); queda el error de suponer que ir *parte* del tiempo a 3 millas por hora, y el resto a 6 millas por hora, dé el mismo resultado de 4 millas y media para la totalidad del tiempo. Esto sería sólo cierto si las dos «partes», las dos mitades fuesen iguales, es decir si, por ejemplo, fueran por la colina a 3 millas por hora y regresaran colina abajo a la misma velocidad: lo que ciertamente *no* hicieron.

Las dieciséis que son parcialmente correctas son las de Agnes Bayley, F. K., Fifí, G. E. B., H. P., Violín de tres Cuerdas, Mysie, EL HIJO DE SI MISMO^[27], Nairam, UNO DE RGDRUTH, UN SOCIALISTA, UNA VIRGEN O VENABLO, T. B. C., FUERZA DE LA INERCIA y YACK DEL TIBET. De éstas F. K., Fifí, T. B. C. y FUERZA DE LA INERCIA no llegan a resolver la segunda parte del problema. F. K. y H. P. ni siquiera lo intentan. El resto hace singulares suposiciones, tales como la de que no había camino llano —o la de que había 6 millas de camino llano—, y así por el estilo, todas conduciendo a tiempos determinados que fijan para el momento de alcanzar la cumbre. La hipótesis más curiosa es la de Agnes Bayley, que nos dice: «Sea X = número de horas empleado en la subida; a continuación $X/2$ = horas empleadas en el descenso; y $4X/3$ = horas empleadas en el camino llano.» Me imagino que usted se refería a las sumas de tiempo *relativas*, colina arriba y por el camino llano, lo que podría expresarse diciendo que, si iban a X millas colina arriba a cierta hora, irían a $4X/3$ millas por el camino llano *a la misma hora*. En efecto, supone usted que emplearon el mismo tiempo en la llanura que en la colina. Fifí supone, en cambio, que, cuando el caballero anciano dice que han avanzado «cuatro millas en una hora» por la llanura, alude a la distancia recorrida, no a la velocidad. Ello habría sido —si Fifí me perdona la expresión gótica^[28]— un «cachondeo» poco apropiado a la dignidad del héroe.

Y ahora, «desciende, ¡oh tú, portentoso nueve!», pasemos a quienes solucionaron la totalidad del problema, es hora de cantar las alabanzas. Sus nombres son: ALEGRE, E. W., L. B., UN CHICO DE MARLBOROUGH, O. V. L., UN CAMINANTE DE PUTNEY, ROSA, BRISA MARINA, LA INGENUA SUSANA, X. y MOSCA DEL DINERO (a estos dos los cuento como uno, dado que mandaron las respuestas juntas). ROSA X. y LA INGENUA SUSANA y cía. no dicen que la cumbre de la colina fue alcanzada en cualquier momento entre las 6 y las 7, pero, como han acertado

claramente en el hecho de que una milla, en el ascenso como en el descenso, tomaría el mismo tiempo que dos millas de llanura, doy por válidas sus respuestas. EL CHICO DE MARLBOROUGH y EL CAMINANTE DE PUTNEY merecen una mención de honor por sus soluciones algebraicas, y fueron los dos únicos que cayeron en la cuenta de que la respuesta al problema era una *ecuación indeterminada* E. W. acusa de insinceridad al caballero anciano —una acusación grave, ¡ya que éste era la flor de la caballería! Ella nos dice: «De acuerdo con los datos que se nos proporciona, el tiempo en que se alcanza la cumbre no nos proporciona la clave de la distancia total. No nos permite saber con precisión, hasta la última pulgada, de qué proporción de llanura y de qué proporción de colina se componía el camino recorrido.» «Linda damisela», responde el anciano caballero, «si, como me imagino, las iniciales significan “Juventud Temprana” (*Early Womanhood*), recapacite y dese cuenta de que los términos “no nos permite” son tuyos, no míos. Yo lo que dije fue que saber la hora en que alcanzamos la cumbre era la condición para seguir hablando conmigo. Si *ahora* no estás todavía segura de que soy un hombre amante de la Verdad, me obligarás a afirmar que esas mismas iniciales significan “Venenosa Iniquidad”. (*Envenomed Wickedness.*)

CLASIFICACIÓN ESCOLAR

	I
UN CHICO DE MARLBOROUGH	CAMINANTE DE PUTNEY
	II
ALEGRE	ROSA
E. W.	BRISA
L. B.	MARINA
O. V. L.	LA INGENUA SUSANA MOSCA DEL DINERO

ALEGRE hizo tan ingenioso añadido al problema, y LA INGENUA SUSANA y cía. lo resolvieron con un poema tan ingenioso, que reproduzco las dos respuestas por entero. He alterado una o dos palabras en la de ALEGRE —por lo que confío en que me perdonará; no resultaba muy claro tal como estaba:

«Sin embargo, diré», dijo el joven, mientras un relámpago de inspiración animaba los lánguidos músculos de sus tranquilos rasgos.

«Detente. Me parece que no importa cuándo alcancemos la cumbre, corona de nuestras fatigas. Porque, en el espacio de tiempo que nos costó subir una milla y en el que empleamos en bajar la misma distancia, debemos haber caminado el doble que en el camino llano. Hemos fatigado, pues, veinticuatro millas en estas seis horas de agonía; ya que ni por un momento nos detuvimos para tomar aliento, o para lanzar una mirada profunda a las sombras que nos rodeaban.»

«Muy bien» dijo el viejo. «Doce millas a la ida y doce a la vuelta. Y alcanzamos la cumbre en algún momento entre las seis y las siete. Ahora, ¡pon atención a lo que digo! Porque por cada cinco minutos que huyeron después de las seis, cuando estuvimos en aquella cima, ¡hemos fatigado tantas millas en esta tétrica falda de la montaña!»

El más joven lanzó un gemido y se precipitó en la posada.

ALEGRE

El joven y el anciano
avanzaron con denuedo, a una media de tres;
Cuán lejos fueron por la llanura
no es algo que me preocupe;
y el tiempo en que alcanzaron
el pie de la colina, y empezaron
a subir, no es tampoco
cosa que me importe.
El momento en que los dos agitaron su sombrero
sobre la cumbre—
a una pregunta trivial como ésta
tampoco daré respuesta.
Sin embargo, sí diré
la distancia total que la pareja
hubo de recorrer
por llanuras y colinas:
ni nueve ni cuatro, sino veinticuatro.
Cuatro millas por hora fue su firme paso
a lo largo de la llanura,
tres cuando subían, pero seis
en su veloz descenso: y poca destreza
requiere, me parece, mostrar

que tanto colina arriba como colina abajo
 su velocidad era cuatro millas por hora.
 Y puesto que —fuera corto o largo el tiempo
 que emplearon en la colina—
 dos tercios transcurrieron subiendo
 y un tercio descendiendo.
 Dos tercios a las tres, y un tercio a las seis,
 si los sumamos correctamente
 nos darán una hora entera a las cuatro—
 y el cuento no será ya un complicado cuento.

LA INGENUA SUSANA
 y LA MOSCA DEL DINERO^[29].

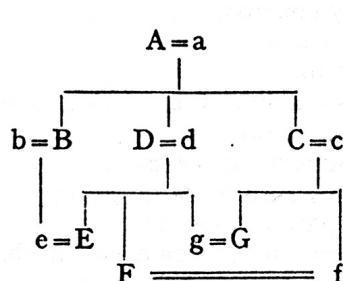
Respuestas al Nudo II

1. EL ENIGMA DEL ALMUERZO

Problema: El Gobernador de Kgovjni quiere dar un pequeño almuerzo y party, e invita al cuñado de su padre, al suegro de su hermano, al hermano de su suegro, y al padre de su cuñado. Hallar el número de invitados.

Respuesta: Uno.

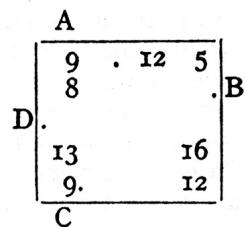
En este pequeño árbol genealógico, los varones están representados por mayúsculas, las hembras por minúsculas. El Gobernador es E y su Huésped es C.



2. LOS ALOJAMIENTOS

Problema: Una plaza tiene 20 puertas en cada uno de sus lados, que la dividen en veintiuna partes iguales. Están todas numeradas, comenzando por una de las esquinas. ¿En cuál de los cuatro lados será menor la suma de las distancias a recorrer, desde el número 9 al 25, al 52, al 73?

Respuesta: En el número 9.



En lo que A estará por el número 9, B por el número 25, C por el número 52 y D por el número 73.

Por tanto, la distancia de A a B será igual a

$$\sqrt{(12^2 + 5^2)} = \sqrt{169} = 13;$$

$$AC = 21;$$

$$AD = \sqrt{9^2 + 8^2} = \sqrt{145} = 12 +$$

(N. B. i. e. «entre doce y trece»)

$$BC = \sqrt{(16^2 + 12^2)} = \sqrt{400} = 20;$$

$$BD = \sqrt{(3^2 + 21^2)} = \sqrt{450} = 21 + ;$$

$$CD = \sqrt{(9^2 + 13^2)} = \sqrt{250} = 20;$$

Por lo tanto, la suma de las distancias desde A será entre 46 y 47; desde B, entre 54 y 55; desde C, entre 56 y 57; Desde D, entre 48 y 51 (¿por qué no entre 48 y 49? Calcúlenlo ustedes mismos). Se sigue que la suma menor es la de A.

Respuestas al Nudo III

Problema: 1. Dos viajeros, saliendo al mismo tiempo, recorren en direcciones opuestas una vía de tren circular. Los trenes salen en ambas direcciones cada cuarto de hora, el del Este dando la vuelta completa en tres horas, el del Oeste en dos: ¿Cuántos trenes encontrará cada cual en su camino, sin contar los que hallasen al término de su recorrido? 2. Dan otra vuelta, como antes, cada viajero contando como «uno» el tren que contiene al otro viajero: ¿Cuántos contará cada uno?

Respuestas: 1. 19; 2. El viajero del tren del Este contará 12, el otro 8.

Uno de los trenes se toma 180 minutos para dar la vuelta, el otro 120. Tomemos el mínimo común múltiplo, 360, y dividamos la vía en 360 unidades. Una de las cadenas de trenes avanza a la velocidad de 2 unidades por minuto y sale con intervalos de 30 unidades; el otro, a la velocidad de 3 unidades por minuto, con intervalos de 45 unidades. Un tren del Este, que

acabase de salir, tendría 45 unidades entre él y el primer tren con que se encontrase: pero como él recorre $\frac{2}{5}$ de esta distancia mientras que el otro recorre $\frac{3}{5}$, esto impide que lo encuentre hasta las 18 unidades, y así durante todo el viaje. Un tren del Oeste, que acabase de salir, tendría 30 unidades entre él y el primer tren que se encontrase: como él recorre $\frac{3}{5}$ de esta distancia, mientras que el otro recorre $\frac{2}{5}$, no se lo encuentra hasta pasadas 18 unidades, y así a lo largo de todo el viaje. Ahora bien, si la vía estuviera dividida por 19 mojones, en 20 partes, cada una conteniendo 18 unidades, los trenes se encontrarían en cada mojón, y, en el 1.^º caso, cada viajero pasa entonces por 19 mojones al dar la vuelta, y así encuentra 19 trenes. Pero, en el 2.^º caso, el viajero del Este sólo comienza a contar después de recorrer los $\frac{2}{5}$ de la distancia total, i. e., al llegar al octavo mojón, de modo que cuenta sólo 12 mojones: del mismo modo, el otro cuenta sólo 8. Se encuentra al final de $\frac{2}{5}$ de 3 horas, o de $\frac{3}{5}$ de 2 horas, i. e. en 72 minutos.

Respuestas al Nudo IV

Problema: Hay 5 sacos, de los cuales los números 1 y 2 pesan 12 libras: núms. 2 y 3, 13 libras y media; núms. 3 y 4, 11 libras y media; núms. 4 y 5, 8 libras. Hace falta saber el peso de cada saco.

Respuestas: $5\frac{1}{2}$, $6\frac{1}{2}$, 7, $4\frac{1}{2}$, $3\frac{1}{2}$.

La suma de todas las pesadas, 61 libras, incluye tres veces al saco número 3 y a los otros, dos. Restando de ese total dos veces las pesadas primera y cuarta, obtenemos 21 libras para *tres veces* el saco n.^º 3, i. e. 7 libras para el saco n.^º 3. En consecuencia, la segunda y tercera pesadas nos dan 6 libras y media, y 4 libras y media para los sacos n.^º 2 y 4 respectivamente. En consecuencia, la primera y la cuarta pesadas dan 5 libras y media, y 3 libras y media para los núms. 1 y 5.

Respuestas al Nudo V

Problema: Valorar cuadros, dando tres cruces para 2 o 3, 2 para 4 o 5, y 1 para 9 o 10; dando también 3 ceros para 1 o 2, 2 para 3 o 4, y 1 para 8 o 9; de esta manera, valorar el menor número posible de cuadros y, al mismo tiempo, darles el mayor número de cruces y ceros.

Respuesta: 10 cuadros; 29 marcas; dispuestas de manera

X	I	X	X	X	X	X	X	X	X	O
x		x	x	x	x		o	o	o	o
x		x	o	o	o	o	o	o	o	o

Explicación: Dando el mayor número posible de cruces, poniendo entre paréntesis unas cuantas optativas, tenemos 10 pinturas señaladas de esta forma:

-X	X	X	X	X	X	X	X	X	(X)
x	x	x	x	x					
x	x	(x)							

Y, asignándoles ceros de la misma forma, comenzando por el otro extremo, tenemos 9 cuadros marcados como sigue:

							(o)	o
							o	o
o	o	o	o	o	o	o	o	o

Y todo lo que tenemos que hacer ahora es unir estos dos triángulos para obtener el menor número de pinturas, quitando las optativas donde por hacerlo podamos unirlos mejor, pero de otra manera dejándolas estar. Hay diez marcas necesarias en la primera hilera, como asimismo en la tercera; pero sólo siete en la segunda. En consecuencia, retiramos todas las marcas optativas de la primera y tercera hileras, pero las conservamos en la segunda.

Respuestas al Nudo VI

Problema 1: A y B comienzan el año con sólo 1000 libras por cabeza. No reciben nada en préstamo; tampoco substraen nada. Al siguiente día de Año Nuevo tienen 60 000 entre los dos. ¿Cómo lo hicieron?

Solución: Fueron ese día al Banco de Inglaterra. A se colocó en frente, mientras que B dio la vuelta y se colocó detrás.

Problema 2: L hizo 5 bufandas, mientras que M hizo 2: Z hizo 4, mientras M hacía 3. 5 bufandas de Z pesan lo que una de L; 5 de M pesan lo que 3 de

Z. Una de M da tanto calor como 4 de Z, y una de L es tan tibia como 3 de M. ¿Cuál será la mejor, si atribuimos el mismo valor a la rapidez de ejecución, a la ligereza y a su calor?

Respuesta: Por este orden: M, L, Z.

Explicación: En lo que a rapidez se refiere (los otros factores permanecen aquí constantes), el trabajo de L es al de M en proporción de 5 a 2: Z es al de L en proporción de 4 a 3. Si queremos hallar una serie de números acordes con estas condiciones, quizá lo más sencillo sería tomar como unidad aquél que está reproducido dos veces, y reducir los demás a fracciones: esto nos daría, para L, M y Z, las cifras: 1, $\frac{2}{3}$, $\frac{4}{3}$. Si atendemos a la ligereza, veremos que cuanto mayor es el peso, menor el mérito, de modo que el valor del trabajo de Z es al de L en la proporción de 5 a 1. De manera que, en lo que respecta a la ligereza, las cifras serán $\frac{1}{5}$, $\frac{5}{3}$, 1. Y, de modo semejante, las cifras para el calor serán 3, 1, $\frac{1}{4}$. Para obtener el resultado total, no hay más que multiplicar las tres puntuaciones de L por sí mismas, y hacer lo mismo con las de M y con las de Z. Las cifras finales serán $1 \times \frac{1}{5} \times 3$; $\frac{2}{5} \times \frac{5}{3} \times 1$; $\frac{4}{3} \times 1 \times \frac{1}{4}$; i. e. $\frac{3}{5}$; $\frac{2}{3}$; $\frac{1}{3}$: i. e., multiplicando esto por 15 (lo que no altera la proporción), 9, 10, 5; lo que indica que el orden de méritos es M, L, Z.

Respuestas al Nudo VII

Problema: Dado un vaso de limonada, 3 sándwiches y 7 bizcochos, precio un chelín 2 peniques; y, dado que un vaso de limonada, 4 sándwiches y 10 bizcochos valen un chelín y 5 peniques, hallar el precio de: 1.^o, un vaso de limonada, un sándwich, y un bizcocho; y 2.^o, 2 vasos de limonada, 3 sándwiches y 5 bizcochos.

Respuesta: 1.^o, 8 peniques; 2.^o, un chelín y 7 peniques.

Explicación: Este es el problema mejor elaborado algebraicamente. Supongamos que es X el precio (en peniques) de un vaso de limonada, Y el de un sándwich, y Z el de un bizcocho. Obtenemos la siguiente ecuación: $X + 3Y + 7Z = 14$, y $X + 4Y + 10Z = 17$. Nos hace falta saber ahora el valor de $X + Y + Z$, y el de $2X + 3Y + 5Z$. Ahora bien, sólo por medio de *dos* ecuaciones, no podemos hallar, *por separado*, el valor de *tres* incógnitas: algunas de sus

combinaciones pueden, sin embargo, ser halladas. También sabemos que es posible, con la ayuda de las precedentes ecuaciones, eliminar 2 de las 3 incógnitas, de la cantidad requerida, que sólo contendrá una de ellas. Si, en tal caso, la cantidad no es averiguable de una manera absoluta, sólo podremos hallarla si la tercera incógnita se desvanece por sí misma: de otra manera el problema es imposible. Eliminemos, pues, la limonada y los sándwiches, y reduzcámoslo todo a bizcochos —un estado de cosas aún más deprimente que «si todo el mundo fuera tarta de manzana»^[30]—, substrayendo la primera ecuación de la segunda, lo que elimina la limonada y nos da $\gamma + 3Z = 3$, o $\gamma = 3 - 3Z$; luego substituyendo el valor de γ en la primera, lo que nos da $X - 2Z = 5$, i. e. $X = 5 + 2Z$. Ahora, si reemplazamos estos valores por X e γ , en las cantidades en las que esos valores son requeridos, el primero se convierte en $(5 + 2Z) + (3 - 3Z) + Z$, i. e. 8; y la segunda se convierte en $2(5 + 2Z) + 3(3 - 3Z) + 5Z$, i. e. 19. En consecuencia, las respuestas son 1.^º, 8 peniques; 2.^º, 1 chelín 7 peniques.

El anterior es el método universal: esto es, válido en absoluto, ya sea para hallar una respuesta, ya para comprobar que esto no es posible. El problema puede solucionarse también combinando las cantidades, cuyos valores nos han sido dados, con objeto de hacernos con aquellas cuyos valores son requeridos. La clave aquí radicaría en la intuición y en la buena suerte; y, como sabido es que ambas sucumben, incluso ante la posibilidad, y ya que el método tampoco sirve para demostrar que el problema es imposible, no puedo colocarlo en el mismo rango que el otro. Incluso, si tiene éxito, sería sólo la prueba de un sistema muy aburrido.

Respuestas al Nudo VIII

1. LOS CERDOS

Problema: Situar veinticuatro cerdos en cuatro pocilgas de modo que, si uno las recorre una tras otra, pueda siempre encontrar un número de cerdos en cada pocilga más cercano a 10 que el número de la anterior.

Respuesta: Situar 8 cerdos en la primera pocilga, 10 en la segunda, ninguno en la tercera, y 6 en la cuarta: 10 está más cerca de diez que 8;

nada^[31] está más cerca de diez que 10; 6 está más cerca de diez que nada; y 8 está más cerca que 6.

2. LOS ENIGMÁTICOS GRUMSTIPS

Problema: Tan enigmáticos autobuses salen desde cierto lugar, en direcciones opuestas, cada 15 minutos. Un viajero, saliendo a pie al mismo tiempo que uno de ellos, tropieza con otro viniendo en dirección contraria al cabo de 12 minutos y medio: ¿cuándo le dará alguno alcance?

Respuesta: En 6 1/4 minutos.

Explicación: Pongamos que es a la distancia que recorre un autobús en 15 minutos, y X la distancia desde la salida hasta el lugar en que da alcance al viajero. Puesto que el ómnibus con el que tropiezan se espera en el punto de partida a los 2 minutos y medio, se sigue que éste recorre en ese tiempo la misma distancia que el viajero en 12 y medio, i. e. que avanza 5 veces más rápido. Sea ahora a el autobús que ha de darle alcance, y que está detrás del viajero cuando éste sale, por lo que « $a + X$ » será lo que el autobús recorra mientras él avanza X . Tendremos entonces: $a + X = 5X$; i. e. $4X = a$, y $X = a/4$. La distancia que le separa del viajero sería atravesada por el ómnibus, en consecuencia, en $15/4$, y al viajero por lo tanto le tomaría $5 \times 15/4$.

Por consiguiente, el autobús le da alcance a los 18 3/4 minutos de su salida y a los 6 1/4 minutos desde que el viajero se encontró con el otro autobús.

Respuestas al Nudo IX

1. LOS CUBOS DE AGUA

Problema: Lardner afirma que un sólido, sumergido en un fluido, desplaza una cantidad de agua igual a su volumen. ¿Puede esto aplicarse a un pequeño cubo de agua flotando en el interior de otro más grande?

Solución: Lo que Lardner quiere decir, con el término «desplaza» es «ocupa un espacio que podría ser llenado con una cantidad de agua equivalente sin que se produjese otra alteración». Si la parte del cubo flotante que sobresale por encima del agua, pudiera eliminarse por completo, y el

resto pudiera ser transformado en agua, el agua circundante no experimentaría el menor cambio: lo que confirma el enunciado de Lardner.

2. EL ENSAYO DE BALBUS

Problema: Balbus afirma que, si un cierto sólido fuera sumergido en un cierto recipiente de agua, el agua subiría de nivel progresivamente, a través de series de distancias, de dos pulgadas, una pulgada, media pulgada, etc., series que parecen no tener fin. Concluye que el agua subiría de nivel hasta el infinito. ¿Es esto cierto?

Solución: No. Estas series no pueden sobrepasar nunca las cuatro pulgadas, ya que, por mucho que sumerjamos el sólido, siempre nos quedarán 4 pulgadas para una cantidad igual a la de la última porción sumergida.

TYMPANUM dice^[32] que el aserto del hombre con bastón «es un callejón sin salida, una tomadura de pelo, a la que bien podría aplicarse la vieja respuesta, *solvitur ambulando*, o mejor dicho, *mergendo*». Confío en que TYMPANUM no llegue a tratar de demostrar la invalidez de ese aserto en su propia persona, ¡tomando el lugar del hombre de Balbus! Ya que, en efecto, las olas se cerrarían sobre él sin demasiado estruendo.

3. EL JARDÍN

Problema: Un jardín oblongo, media yarda más largo que ancho, consiste únicamente en un sendero de grava, dispuesto en forma de espiral, de una yarda de ancho y de una longitud de 3630 yardas. Hallar las dimensiones del jardín.

Respuesta: $60 \times 60 \frac{1}{2}$.

Explicación: El número de yardas y de fracciones de yarda atravesadas, al caminar a lo largo de una parte de camino recta, es evidentemente el mismo que el número de yardas cuadradas y de fracciones de yarda cuadrada contenidas en esa porción del sendero: y la distancia atravesada, al pasar una yarda cuadrada de dicho sendero por una esquina del jardín, es con la misma evidencia una yarda. Por lo que el área del jardín es 3630 yardas cuadradas: i. e. si X fuese la anchura, $X(X + 1/2) = 3630$. Resolviendo esta ecuación de

segundo grado, tendremos $X = 60$. Por consiguiente, las dimensiones son 60 de ancho y $60 \frac{1}{2}$ de largo.

Respuestas al Nudo X

1.º LOS INVÁLIDOS DE CHELSEA

Problema: Si el 70 por ciento ha perdido un ojo, el 75 por ciento una oreja, el 80 por ciento un brazo, el 85 por ciento una pierna, ¿qué porcentaje, como mínimo, tienen que haber perdido los cuatro?

Respuesta: Diez.

Explicación: Sumando toda herida, obtendremos $70 + 75 + 80 + 85 = 310$, entre 100 hombres; lo que nos da 3 para cada uno y 4 para 10 hombres. Por consiguiente, el menor porcentaje es 10.

2.º CAMBIO DE DÍA

Debo posponer, *sine die*, el problema geográfico —en parte— porque no he recibido aún las estadísticas que estaba esperando, y en parte porque yo mismo estoy absolutamente desconcertado por él; y, cuando un examinador se siente oscurosamente en suspenso entre una segunda categoría y una tercera, ¿cuál habría de ser la postura de los examinados?

3.º LAS EDADES DE LOS HIJOS

Problema: La primera vez, dos de las edades son iguales a la tercera. Unos años más tarde, dos de ellas son el doble de la tercera. Cuando el número de años desde la primera ocasión es dos tercios de la suma de las edades en aquella ocasión, una de las edades es la de 21. ¿Cuáles son las otras dos?

Respuesta: 15 y 18.

Explicación: Sean las edades la primera vez $X, Y, (X + Y)$. En la segunda, si $a + b = 2c$, entonces $(a - n) + (b - n) = 2(c - n)$, cualquiera que fuere el valor de n . Si la segunda relación fue *alguna vez* cierta, fue *siempre* cierta. Por consiguiente, también lo fue la primera vez. Pero no puede ser cierto que X e Y sean juntos el doble de $(X + Y)$. Por tanto, tiene que ser cierto de $(X + Y)$ junto con X o Y ; no importa cuál de los dos escogamos. Presumimos, en

consecuencia, que $(X + Y) + X = 2Y$; i. e., $Y = 2X$. Las tres edades serían, pues, en un principio X , $2X$, $3X$; y el número de años desde aquella fecha sería dos tercios de $6X$, i. e. $4X$. Por ello, las edades actuales serán $5X$, $6X$, $7X$. Las edades serán números *enteros*, por cuanto estos cálculos se producen «el año en que uno de mis hijos alcanza la mayoría de edad». Por tanto $7X = 21$, $X = 3$, y las otras edades son 15 y 18.

.....

Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias a quienes me han enviado, junto con sus respuestas al Décimo Nudo, frases de pesar porque no hubiera ya más Nudos por venir, o demandas de que volviera sobre mi decisión de arrojarlos al barranco^[33]. Me siento muy agradecido por sus amables palabras; pero creo que lo más sabio es terminar, especialmente una tentativa desde su principio castrada por la realidad^[34]. «El metro exagerado de una antigua canción» está más allá de mis límites; y, por otra parte mis títeres carecían de importancia, no sólo en mi vida (a diferencia de esos otros a quienes ahora me dirijo)^[35], tampoco *fueran* de ella (a diferencia, *Alicia* y *La Falsa Tortuga*). Y, sin embargo (puesto que al escribir no soñaba), dejad ahora que sueñe, mientras dejo la pluma, que me llevo contigo a mi silente tumba, lector, una sonrisa de despedida de tu rostro no-visto, y un amable apretón de tu mano que jamás rozará siquiera la mía^[36]... Con que, ¡buenas noches! Alejarse de ti es una tristeza tan dulce, es tan dulce alejarse... que te diré de nuevo «¡buenas noches!», hasta que en tu alma amanezca.

Un problema hemisférico

La mitad del planeta, aproximadamente, está siempre bañada en luz solar: a medida que el mundo gira, este hemisferio de luz muda de lugar, y pasa sucesivamente por cada fracción de la tierra.

Supongamos que un martes, en Londres ha comenzado el día; a la hora siguiente será martes por la mañana al Oeste de Inglaterra; si el mundo entero fuera tierra, podríamos recorrerlo a pie siguiendo la pista^[37] del martes por la mañana, martes por la mañana a lo largo de todo el mundo, hasta que a las veinticuatro horas regresáramos de nuevo a Londres. Pero sabemos que veinticuatro horas después del martes por la mañana será, en Londres, jueves por la mañana. ¿Dónde, entonces, en este recorrido por toda la tierra, el día cambia su nombre? Dónde pierde su identidad?

En la práctica, no hay ninguna dificultad, porque gran parte del viaje es por mar, y de lo que allí ocurre nadie puede dar cuenta; y, además, hay tantos lenguajes diferentes que resultaría desesperante la tentativa de rastrear el nombre de cada día a lo largo de todo un año. Pero ¿resulta inconcebible que una misma tierra y un mismo lenguaje continúan sin cambio todo lo ancho del mundo? No creo que lo sea; y, en ese caso^[38], no se distinguiría un día de otro, y tampoco habría semanas, ni meses, etc., de modo que podríamos haber dicho: «La batalla de Waterloo tuvo lugar hoy, hace alrededor de dos millones de horas», o, de lo contrario, habría que fijar alguna línea de demarcación en la que tuviera lugar el cambio, de modo que los habitantes de una determinada casa se despertarían diciendo: «Ahhjum^[39], ¡martes por la mañana!», y los habitantes de la casa vecina (al otro lado de la línea), unas pocas millas más al Oeste, se despertarían a los pocos minutos diciendo también: «Ahhjum», pero añadiendo: «¡miércoles por la mañana!» La desesperante incertidumbre en que se hallarían siempre quienes vivieran sobre la línea misma, no me toca a mí decirla. Todas las mañanas habría altercados acerca de cuál sería el nombre del día. No puedo imaginar una tercera posibilidad, como no fuera que cada quien estuviera autorizado para decidir

por sí mismo, estado de cosas que sería sin duda bastante peor que los otros dos.

Soy consciente de que esta idea, esta Grieta que parte en dos al mundo, ha sobresaltado antes a otras mentes, singularmente al autor desconocido de ese hermoso poema que comienza: «Si el mundo entero fuera tarta de manzana», etc.^[40]. Las conclusiones extravagantes a que nos ha llevado, sin embargo, no parece que se le hayan ocurrido, ya que se limita a especular sobre lo difícil que sería beber en tan dulce Esfera.

La visión de las tres Tes

Capítulo I

Una entrevista entre un Pescador, un Cazador un Catedrático, que versó sobre la pesca y el embellecimiento del patio de Thomas. La balada de «El Burgués Errante».

PISCATOR, VENATOR^[41]

PISCATOR: Mi honorable discípulo, henos aquí llegados al lugar del cual te hablaba. ¿Qué dices? ¿No es un noble Cuadrángulo^[42] lo que vemos a nuestro alrededor? Y, ¿no está el césped bien cuidado, y no es el lago maravillosamente claro?

VENATOR: Tan maravillosamente claro, mi buen Maestro, y de un grandor tan moderado, que paréceme que si algún pez de tamaño razonable en él se introdujera, fuerza es que pudiéramos espiarlo. Mas paréceme que no hay ninguno.

PISC.: Más pequeño es el pez, discípulo amado, mayor Arte se precisa para atraparlo. Ven, sentémonos, y, mientras desenvuelvo los aparejos de pesca, te haré partícipe de unos cuantos consejos, tanto acerca de la clase de peces que hemos de hallar por estos contornos, como del modo más correcto de pescar. Pero, antes de nada, advierte (por cuanto, si estás complacido en ser mi discípulo, conviene también que imites mis hábitos de observación atenta) que los márgenes de este lago están tan hábilmente formados que cada una de sus partes está a una y la misma distancia de aquel túmulo que se levanta en el centro.

VEN.: ¡Oh, a fe mía que es cierto! Tiene sin duda una mirada pronta, Maestro amado, y una asombrosa agudeza en la observación.

PISC.: Ambas cosas podrán algún día ser tuyas, mi discípulo, si con humildad y paciencia me sigues como Guía y Modelo.

VEN.: ¡Gracias por depositar en mi corazón esa esperanza, gran Maestro! Pero antes que des comienzo a tu discurso, deja que te pregunte algo en lo tocante a ese patio. ¿Es todo cuanto vemos de la misma Antigüedad? Para ser breves, ¿piensas tú que esos dos altos pasadizos abovedados, aquella excavación en el parapeto, y aquella caja de madera de prístina belleza, pertenecen al antiguo diseño del edificio, o han hombres de nuestros tristes días desfigurado abyectamente el lugar?

PISC.: No hay duda de su novedad, de su triste novedad, amado discípulo. Ya que estuve aquí hace pocos años, y no vi nada de eso. Pero ¿cuál será ese libro que veo tirado al borde de las aguas?

VEN.: Un libro de antiguas baladas, y en verdad que me alegra contemplarlo, ya que por su virtud podremos engañar al tedio, si nuestra pesca es pobre, o si nos fatiga.

PISC.: Eso está bien pensado. Pero, ahora, a nuestro esfuerzo. Y lo primero te diré algo acerca de los peces que conviene tratar de pescar en estas aguas. Las especies más comunes las pasaremos por alto, porque, aunque algunas de ellas se pescan muy fácilmente, son tan lentas, y, además, son tan poca cosa, que no son buenas para nada, a no ser que pueda uno atracarse de ellas en cantidad tan grande como fácil fue el atraparlas. De éstas el gasterosteo, un pez extremadamente lento, es la principal, y, junto con él, has de contar el lenguado, y algunos otros: todos ellos pertenecen al género «mújil», y son buenos para divertirse, pero de escaso interés para un examen.

Diré algo ahora de las especies más Nobles, y principalmente de la carpa pequeña de color dorado, que es una especie muy notable, y muy buscada por estas partes, no sólo por los hombres, sino por diversos pájaros, como por ejemplo los Guardarríos: y toma nota que dondequiera que veas muchos pájaros de esta clase juntos, y alrededor algunos insectos, allí encontrarás siempre las más hermosas carpas y las de más delicioso sabor, pero dondequiera que veas volar enjambres de un cierto color pardo, de las llamadas Moscas paradas^[43], allí habrá escasos pececillos de colores, y rara vez verás surcar el cielo a un Guardarríos.

Buenas percas se encuentran a veces por estos lugares: pero para hallar buenas y gordas platijas (que no son sino percas de mayor tamaño), en vano escarbarás en estas aguas. Quienes amen tales exquisiteces deberán recurrir a trasladarse a algún lejano mar.

En lo que se refiere a la mejor manera de pescar, te haré notar ante todo que tu sedal no debe ser de un espesor mayor que un tirador de campana, por cuanto, mira bien, que, si quisieras azotar las aguas con un mangual, resultaría

desmesurado, y seguramente asustarías los peces. E imprime también en tu memoria que tu caña no debe exceder de las diez, o, todo lo más, veinte libras de peso, ya que...

VEN.: Excúseme, Maestro, que de esta manera rompa tan hermoso discurso, pero es que se aproxima un Colegiado, al menos tal cosa barrunto que sea, y por él podremos enterarnos de la causa de esas novedades que hemos visto a nuestro alrededor. ¿No es un hueso lo que blande mientras avanza?

(Entra el CATEDRÁTICO)

PISC.: Por su aspecto reverente, y sus cabellos blancos, barrunto que sois algún docto Catedrático. ¡Tenga usted buenos días, venerable señor! Si la pregunta no os parece grosera, ¿qué hueso es ese que blandes? Es, paréceme, un humerístico capricho elegir por compañero algo tan extraño.

CATEDRÁTICO: Su observación, caballero, es a un tiempo antropolíticamente y ambidextramente oportuna: porque, en efecto, es un *húmero* lo que llevo. Vosotros sois, no lo dudo, forasteros en estos lugares, porque de otra manera sabréis que un Catedrático debe aquí llevar siempre en la mano lo que más se aplica a su disciplina. Así el Catedrático de Rotación Uniforme lleva siempre consigo una carretilla —el Profesor de Escansión Gradual, una escalera— y lo mismo los demás.

VEN.: A mí me parece un estorbo y una desacertada costumbre.

CAT.: Créame, caballero, está absoluta y morfológicamente equivocado. Aunque no tengo suficiente tiempo para mostrarle dónde radica su error, porque en verdad que debo ahora marcharme, ya que me dirijo a concierto tan notable que incluso a distancia saludará vuestros oídos.

PISC.: Aun así, le ruego que nos haga un favor antes de marchar: se trata de contestar a una pregunta que nos causa gran ansiedad.

CAT.: Dígame, caballero, y me esforzaré por responder haciendo uso de mis escasos conocimientos.

PISC.: Brevemente, pues, le preguntaré por el motivo de taladrar el corazón de ese hermoso edificio con un túnel tan horroroso, tan mal pergeñado, tan desproporcionado, y tan mal iluminado.

CAT.: ¿Sabéis alemán?

PISC.: Mi mayor pesadumbre, caballero, es que no conozco otra lengua que la mía.

CAT.: Entonces, señor, mi respuesta es ésta: *Warum nicht?*

PISC.: Me temo, señor, que no os comprendo.

CAT.: Tanto peor para vos. Por cuanto, hoy en día, lo poco que hay de bueno nos viene de Alemania. Pregunte a nuestros hombres de ciencia: os contestarán que cualquier libro alemán supera siempre con mucho a uno inglés. Y, por toda la eternidad, incluso un libro inglés, de tan escaso valor en su ropaje original, será bienvenido cuando, traducido al alemán, se convierta en una valiosa contribución a la Ciencia.

VEN.: Me dejáis pasmado, caballero.

CAT.: Pues bien, os dejaré más pasmado. Ni uno sólo de nuestros hombres doctos habla ahora, o inclusive carraspea, en otro idioma que el alemán. Hubo un tiempo, qué duda cabe, en que bastaba con un sencillo e inglés «Ejem», tanto para aclarar la voz como para atraer la atención hacia uno mismo en una reunión, pero hoy en día los hombres de Ciencia, que llaman a todo por su nombre, no carraspean de otra forma que ésta: Ach! Euch! Auch!

VEN.: Es maravilloso. Pero, para no demorarle más, ¿cuál fue la causa de ese lívido corte en la piedra que hoy vemos, se diría, practicado por algún travieso estudiante, sobre el pretil contiguo al vestíbulo?

CAT.: ¿Sabe usted alemán?

VEN.: Créame si le digo que no.

CAT.: En ese caso, no tendrá más remedio que preguntarle, *Wie befinden Sie Sich?*

VEN.: No me cabe duda ya, señor, de que en esto lleva toda la razón.

PISC.: Mas, señor, le pediré la merced de poder preguntarle otra cosa acerca de esa indigna caja de madera que emborrona los cielos. ¿Por qué extraño motivo, en esta magnífica y antigua ciudad, y en lugar tan descollante, han podido Abyectos colocar algo tan deforme?

CAT.: ¿Es usted, por ventura, un maníaco, señor? ¿Cómo podéis decir eso, si lo que veis es la más climatérica guirnalda de todas nuestras aspiraciones arquitectónicas? ¡En todo Oxford no hay nada que lo iguale!

PISC.: Mucho me regocija oírle decir eso.

CAT.: Y, creedme, para un espíritu serio, la evolución categórica de lo Abstracto, considerada ideológicamente, ¡tiene que desembocar por fuerza en la paralelepipedación de lo Concreto! Y con esto me despido.

(Sale el CATEDRÁTICO)

PISC.: Es un hombre docto, y paréceme que hay algo más que sonidos en sus razonamientos.

VEN.: Es un hombre cabal en todo^[44], creo yo. Pero ¿qué decíais? ¿Pensáis que debiera leer una de esas baladas? Aquí hay una llamada «El Burgués Errante» que (puesto que de cierto será una cantinela estúpida) contentará al menos nuestros oídos ya que a nuestros ojos les oprime tan amargo espectáculo.

PISC.: Léela, pues, mi buen discípulo, mientras proveo de cebo nuestros anzuelos.

(El VENATOR lee)

EL BURGUÉS ERRANTE

Se vio alejarse a nuestro Willie
de la hermosa ciudad de Oxford
la gente de él se despedía
mientras iban de un lado para otro.

Transcurrido había un año,
un año un año y escasamente diez,
y cuando Willie ya se despedía
iba a alcanzar la mayoría.

Willie se detuvo ante la Puerta de Thomas
y armó un sensible alboroto;
pero ¿quién más gozoso que el Guardián
de aquella Puerta cuando lo dejó entrar?

Ven, Willie, entra sin temor
y cuando hayas entrado, mira a tu alrededor;
y verás cómo adornamos el Cuadrado
de Thomas, aun a costa de amargo dolor.

La primera ojeada que Willie lanzó
le hizo soltar tres carcajadas,
la segunda ojeada que Willie dio
hizo que sus ojos velaran las lágrimas.

Vio un lívido y cuadrado Cajón
de Té, mirarle desde lejos
y frunció el entrecejo, mas al ver

la Grieta^[45], pensó
que era mejor el Cajón.

Vio una sanguinaria y profunda Grieta
bostezando en el pretil,
pero cuando miró al Túnel supo
que siempre debió haber amado la Grieta.

Estaba oscuro bajo la Triste arcada
Estaba oscuro también más allá
tanto que no habrías divisado un hombre
aun cuando fuera vuestro propio hermano.

El joven miró a un lado y a otro
y todo lo recorrió con su mirada,
miró a los Tres, y pronto
la desesperación desdibujó su rostro
y sus ojos se velaron con Sombras.

«Y sin embargo, ¿qué mayor gozo cabe,
cabría en vuestro pecho, mi galante
caballero?», dijo el Guardián de la Puerta.
«¿Alguna vez recorrió tu mirada
un paisaje tan bello como éste?»

«Mas ahora conviene que el Silencio
te vuelva aún más estúpido, y cese
al fin tu palabra vacía: oh, dejadme
que la haga cesar. Ya que, como digno caballero
que soy, un espectáculo
tan atroz e inmundo no creo
que viva o muera para verlo.»

Antes que ser el oscuro rufián
que preparó esta Macabra Visión^[46]
preferiría practicarle el beso Negro
a cualquier abogado en su bufete

Antes que ser el propietario
de cosa tan detestable como el Cuadrado^[47]

que la Iglesia de Cristo publica
me emplearía como limpiabotas
en el Pasillo más oscuro^[48].

Capítulo II

Una conferencia con uno distraído: que discurrió acerca de muchas cosas extrañas

PISCATOR, VENATOR

PISCATOR: Una maravillosa y amena balada. Pero mira, otro Colegiado se acerca. No tengo idea de cuál sea su rango, porque en verdad que sus ropas me son extrañas.

VENATOR: Es un compuesto, por lo que puedo ver, de diversos atuendos, de jockey, de juez y de piel roja americano.

(Entra el LUNÁTICO)

PISC.: Caballero, ¿puedo osar preguntarle su nombre?

LUNÁTICO: De todo corazón, caballero. Es Jeeby, a su servicio.

PISC.: Y ¿por qué motivo (si puedo importunarle un instante más, siendo como ve, un forastero) viste un ropaje tan llamativo, pero a la par compuesto de un tan caprichoso *bricolage*, por qué lleva, en fin, una vestidura tan Enferma?

LUN.: Le diré en seguida, cómo no. ¿Lee usted el «Morning Post»?

PISC.: Lo lamento, caballero, pero no.

LUN.: así discurre su vida, lamentablemente. Porque, sabe, no leer el «post», y no estar al tanto de las últimas y más ensalzadas modas, es todo uno. Aun cuando la indumentaria que yo lleve *no* es la última moda. No, esto nunca ha estado de moda, y tal vez nunca lo estará.

VEN.: lo creo, sin necesidad de que me lo asegure.

LUN.: y es por esa misma razón que visto así. Es una insignia, una grandeza. El esplendor de mis gestos te rodea. *Si monumentum queris, circumspice!*^[49] ¿sabe latín?

VEN.: ¡no, señor! Y me avergüenzo.

LUN.: es, en tal caso (dejadme que os lo diga claramente), *monstrum horrendum*, informe, *ingens, cui llimen ademptum!*^[50]

VEN.: señor, me lo puede decir redondo —o, si en verdad quiere desafiarme, cuadrado—, o incluso triangularmente. Pero si, como afirma, me rodean sus obras, sus gestos, me alegraría saber cuáles son.

LUN.: ¡arriba están, señor, arriba! ¡ese minarete que sobre usted se cierne! ¡esa cúpula magnífica! Ese esplendor que es el de los sueños, de...

VEN.: ¿ese cajón de madera?

LUN.: ¡el mismo, señor! ¡eso es mío!

VEN. (*después de una pausa*): es digno de usted.

LUN.: humilla ahora tus ojos, sé del espesor de un pelo, y luego ilumínate con mi segunda obra. ¡Oh, señor, qué fatiga para el cerebro, qué mazazos en la frente, qué mesarse los cabellos, hicieron falta para darle forma!

VEN.: ¿se refiere a esa hendidura recién hecha?

LUN.: en efecto, señor. ¡Eso es mío!

VEN.: ¿y cuál otra, señor? Me gustaría saber cuál es la peor.

LUN. (*impetuositamente*): ¡ya viene, ya viene! ¡Mi *tercera* gran obra! Présteme, présteme oídos —y nariz— y sus rasgos, y habrá hecho un buen negocio. ¿Ve esas arcadas gemelas? Altas y delgadas destacan ante usted —limpio y severo su trazado—, sólida mampostería entre ambas —¡negra como la noche la oscuridad en sus entrañas!— Señor, ¿qué le recuerdan?

VEN.: osarios, criptas.

LUN.: una hermosa fantasía y, sin embargo, no son criptas. No, señor, ¡tiene ante sus atónitos ojos un túnel de ferrocarril!

VEN.: ¡resulta extraño!

LUN.: pero la verdad es siempre extraña. Hacedme caso. Eso es amor, el amor que hace que el mundo gire. La sociedad da vueltas ella sola. Pero el círculo es todo. Hasta los militares se agrupan en círculos. Y los círculos precisan de un centro. Los centros militares.

VEN.: señor, no acierto a ver...

LUN.: vea aquí, dicen los que nos gobiernan, ¡hay que hacer de Oxford un centro militar! Conque el principal de ellos (alegre su semblante, hielo en su corazón) ordenó a su subordinado (no recuerdo su nombre, aunque es alguien que juega bien su carta, por lo que cumple a la perfección los requerimientos del poderoso, ya que éste jugaba hace poco en Irlanda un juego de naipes tal que nadie, habiéndolo visto, podía olvidarlo ni siquiera levemente) que así

desdijera; por todo lo cual este gran colegio, siempre leal y generoso, donó este patio para estación de ferrocarril, por la que las tropas pudieran ir y venir. Por este túnel, señor, cruzará la línea.

PISC.: pero, señor, no veo los raíles.

LUN.: paciencia, buen señor. Para construir la vía acudiremos a los donativos del público. El colegio sólo provee los vagabundos que allí duermen.

PISC.: y el propósito de este túnel es...

LUN.: ¡es mío, señor! [51] ¡oh, cuánta imaginación! ¡cuánto ingenio! ¡qué rica vena de humor! ¿cuándo me vino la idea? En una oscura medianoche. ¿De dónde me vino la idea? ¡de un cucharón de queso! ¿cómo me vino la idea? En una pesadilla. Oíd con atención, y os lo diré. Poneos en fila, y preparaos a recibir una prebenda. Durante toda la tarde había estado viendo langostas desfilar por la mesa ininterrumpidamente. ¡Algo chisporroteó en la vela —algo brincó entre las tazas de té—, algo latió con anhelo inefable, ante el extasiado felpudo junto a la chimenea! Mi corazón me dijo que algo estaba por llegar, ¡y algo llegó! Una voz gritó: «¡cucharón de queso!», ¡y el gran pensamiento de mi vida cruzó mi mente como un relámpago! Colocando un queso viejo de Stilton sobre la chimenea, para simbolizar a este venerable patio, me retiré al extremo más lejano de la habitación, armado sólo con un cucharón, y con el valor más impávido esperé la voz de mando. ¡A la carga, catador de quesos, a la carga! A por Stilton, ¡adelante! Con un grito y un salto crucé la habitación, ¡y clavé mi cuchara en el corazón del enemigo! ¡una vez más! ¡otro grito —otro salto—, otra cavidad ahuecada! ¡mi obra estaba hecha!

VEN.: y, sin embargo, señor, si un cucharón fue su guía, las cavidades tendrían que ser redondas.

LUN.: Y así eran en un principio, pero, voluble como la luna, mi satélite protector, cambio lo mismo que ando. ¡Oh, la embriaguez, señor, de aquel momento salvaje! Y habría de revelar el vigoroso secreto. ¡No, nunca! Día tras día, semana tras semana, tras de una valla de madera, trabajé en esta visión de belleza. El mundo iba y venía, y no sabía nada de ello. ¡Oh, el éxtasis, cuando ayer fue retirada la valla, y la Visión se hizo realidad! Me paré a la puerta de Thomas, en aquella hora triunfal, y observé la reacción de los transeúntes. ¡Se detuvieron! Miraron de hito en hito. Dieron un respingo. ¡Un estremecimiento de envidia hizo palidecer sus mejillas! ¡Roncos sonidos inarticulados de delirante éxtasis salieron de sus labios! Qué es lo que me impidió, qué, se lo pregunto cándidamente, qué me impidió saltar sobre ellos, abrazarlos rabiosamente, y gritarles al oído: «¡Eso es mío, es mío!»

PISC.: Acaso, el pensamiento de...

LUN.: Lleváis razón, señor. El pensamiento de que hay un manicomio cerca, y que bastardos certificados médicos, pero he de tranquilizarme. La obra está hecha. Cambiemos de tema. Ahora mismo se está desarrollando un gran concierto. ¿Queréis escucharlo? Es el cabildo quien lo da. ¡Ja, ja, ja! ¡Dan un concierto!

PISC.: Señor, muy gustosamente sería su invitado.

LUN.: entonces, invitado, ¡no has entendido nada! ¡te sacarán el dinero allí donde vayas! Esto es amor, amor, que hace que el mundo gire. ¡Arriba las manos! *¡Vivat regina!* ¡ningún dinero devuelto!

PISC.: ¿Qué quiere decir, señor?

LUN.: dije, señor, que «ningún dinero devuelto».

PISC.: y yo dije, señor, qué quiere decir.

LUN.: Señor, estoy con usted. ¿Ha oído hablar de los gravámenes del obispo? Señor, ¿qué representan los obispos en los cabildos? ¡Oh, mi corazón se enardece ante inventos de tan rara, arcaica belleza! Primero, seis peniques por usar una aldaba. Segundo, cinco después por el derecho de elegir por cuál arcada tener acceso a la puerta. Tercero, la miserable cantidad de tres peniques por dar la vuelta a la manija. Finalmente, un chelín la entrada, y media corona por cada persona con dos cabezas. Ahora bien, esto, señor, es manifiestamente injusto: dese cuenta que el doble de un chelín...

PISC.: Supongo, señor, que el caso es raro.

LUN.: Y por si esto fuera poco, ¡cinco chelines por cuidar de su paraguas! Con ello consiguen que todo visitante con el suficiente ingenio esconda su paraguas, antes de entrar, ya sea tragándoselo (lo que es nocivo para su salud), o metiéndolo dentro del abrigo, por el cuello, lo que es por cierto el motivo de lo que habrá podido observar en mí, o sea, una cierta tiesura en mi porte externo. ¡Y adiós, señores, me voy a oír música!

(Sale el LUNÁTICO)

Capítulo III

Una conversación entre el Cazador y un Tutor, en la que a veces el Pescador, cerrando los ojos, dormía. El Pescador al despertarse relata su Visión. El Cazador canta «Una oda ebria».

PISCATOR, VENATOR, TUTOR

VEN.: Nos ha dejado, pero me parece que no nos ha de faltar compañía, porque, mire, otro está a la vista, vestido con gravedad, y llevando sobre su cabeza el *Léxico* de Hoffman en cuatro volúmenes, en folio.

PISC.: Seguro que eso simboliza su disciplina. Buenos días, señor. Si interpreto correctamente lo que lleva sobre la cabeza, ¿es un profesor en esta docta ciudad?

TUTOR: Soy, señor, un preceptor, y enseño diversas lenguas desconocidas.

PISC.: Señor, nos alegramos mucho de tenerle en nuestra compañía y, si no le molesta, de buena gana le preguntaríamos (como, por cierto, hicimos con otro miembro de su docto cuerpo, pero no comprendimos su respuesta) la causa de estas novedades que vemos a nuestro alrededor, que son en verdad tan extrañas como nuevas, y tan abyectas como extrañas.

TUTOR: De todo corazón les diré. Han de saber (porque ahí está el meollo de la cuestión) que el lema del Cuerpo de Gobierno es: «*Diruit, aedificat, mutat quadrata rotundis*», lo que les explicaré brevemente. *Diruit*: «Demolió». Testigo esa hermosa apertura que, como un claro en una antigua selva, hemos hecho en el pretil, en el extremo izquierdo del vestíbulo. Lo mismo que un árbol es más hermoso cuando el hacha del guardia forestal ha podado sus ramas —o que una fila de dientes nacarados guardados por labios de rubí son aún más atractivos por la pérdida de uno—, así, créanme, nuestro querido Cuadrángulo no ha sido sino mejorado por lo que la gente vulgar llamaría con mofa «un tajo».

Aedificat: «Construyó». Testigo ese maravilloso campanario que, con su gracia etérea, parece estuviera pronto a volar cada vez que clavamos en él nuestra mirada. Lo mismo que un mozo de estación camina con inusitada grandeza cuando lleva una maleta sobre su cabeza —o como yo mismo (modestia aparte) cobro nueva belleza gracias a estos pesados tomos, o como el océano nos fascina más cuando una caseta de baño rompe la monotonía de sus orillas ondulantes— del mismo modo nos hace felices la presencia de lo que un mundo envidioso ha apodado «Cajón de Té».

Mutat quadrata rotundis: «Convierte lo cuadrado en redondo». Testigos esas series de cuadradas puertas y ventanas, tan bellamente rotas por esa doble arcada. Porque, en verdad, aunque sencilla (*Simplex munditiis*^[52] como dijo el poeta), no tiene rival en su belleza. Si esas arcadas gemelas hubieran sido más grandes, se hubieran equiparado a las esquinas del patio; si hubieran sido más

pequeñas, habrían sido la reproducción servil, abyecta, de las arcadas de alrededor. En casos tales, sólo una mente vulgar piensa en comparaciones. Eso es más humilde. ¡Lo que buscamos es lo Único, lo Excéntrico! Por ello nos exaltamos ante esta doble excavación, que los espíritus burlones llaman «el Túnel».

VEN.: Veamos, señor, déjeme hacerle una agradable pregunta: ¿cómo el Cuerpo de Gobierno escogió como lema un dicho tan trillado? Se trata, si no recuerdo mal, del ejemplo de una regla en la gramática latina.

TUTOR.: Señor, ¡o somos gramáticos, o no somos!

VEN.: Pero, por lo tocante al campanario, señor, ¿seguro que nadie puede mirarlo sin un íntimo estremecimiento?

TUTOR: No discutiré esto. Pero, en cualquier caso, este estado de cosas no es permanente. Cumplirá su tiempo, y un más hermoso edificio lo reemplazará.

VEN.: En verdad, que lo espero. Pero no por no ser permanente afea menos el lugar. La borrachera, señor, tampoco es permanente, pero no por ello es tenida en más estima.

TUTOR: Me parece un símil apropiado.

VEN.: Y, en cuanto a estas incomparables arcadas (como las ha llamado usted con gran precisión), aun cuando no sean la muestra de un Arte más sano, ¿podrían compararse con las de la entrada o con las del pórtico?

TUTOR: Señor, ¿estudia matemáticas?

VEN.: Creo, señor, que puedo hacer la regla de tres tan bien como cualquiera; pero en cuanto a una división larga...

TUTOR: Sabrá, entonces, que la Matemática consta de tres apartados. Está la Aritmética, la Geometría y la Armonía. Y ha de saber también que un Hombre es lo que está entre dos magnitudes. De modo que el boquete que está contemplando se sitúa entre las magnitudes de las arcadas de la entrada y de las del pórtico, y es por lo tanto el apartado No-Armónico, el Medio Absoluto. Pero, de cómo el Medio^[53] es siempre el camino más digno de confianza, tenemos una prueba en la historia egipcia, en cuyas tierras (como relatan los viajeros) el Ibis estaba siempre en medio del río Nilo, para evitar los ataques de los voraces cocodrilos, que infestaban ambas orillas: de la referida costumbre de este sabio pájaro se deriva la máxima antigua «*in medio tutissimus ibis*»^[54].

VEN.: Pero ¿por qué razón son *dos*? De seguro una arcada sería a un tiempo más hermosa y más adecuada.

TUTOR: Señor, en tanto hayamos conseguido la aprobación pública, ¿qué nos importa la arcada? Pero del hecho de que sean dos, acepte esto como explicación suficiente: que son demasiado altos para ser los de la entrada, demasiado estrechos para ser los del pórtico; demasiada poca luz en su interior, demasiado oscuro; demasiado sencillos para ser ornamentales, y además demasiado fantasiosos para ser útiles. Y, si esto no es suficiente, dese cuenta, además, de que, si fueran uno solo, habría que haber recortado uno de los capiteles que embellecen el Cuadrángulo por todas partes, y que esto hubiera sido monstruoso e inaudito, dígamelo, si no, usted con sinceridad.

VEN.: con sinceridad, señor, si miro bien, no puedo dejar de ver que ya hay tres capiteles recortados por arcadas: así que es un buen ejemplo a seguir.

TUTOR: en tal caso escogeré otro terreno, señor, y afirmaré (porque confío no haber estudiado lógica en vano) que recortar un capitel es algo común y vulgar. Pero ciertamente una arcada única, por donde la gente puede fácilmente entrar, es algo totalmente contrario a la naturaleza, que nunca produce una boca sin poner en ella una lengua como obstáculo en su centro.

VEN.: señor, ¿con ello quiere decirme que este bloque de mampostería entre las dos arcadas fue colocado allí con el decidido propósito de estorbar el paso de la gente que entrara en ellas?

TUTOR: créame, fue siempre para algo así; porque, en primer lugar, podemos de ese modo controlar más fácilmente las multitudes que entran allí (*divide et impera*¹⁵⁵, decían los antiguos), y, en segundo lugar, en este dominio un hombre avisado tiene siempre que imitar a la naturaleza. Del mismo modo, en el centro de la puerta del vestíbulo hay generalmente un paraguero —y en medio de un portillo, un mojón—, y ¿qué lugar hay más apropiado para una garita de centinela que el centro de un angosto puente? Y, en la más atestada de las calles, donde la marea viviente es más espesa, allí, en el medio de todo, el arquitecto *ideal* colocará siempre un obelisco. ¿Lo habrán observado, no?

VEN. (*bastante aturdido*): he *debido* hacerlo, digno caballero, y, sin embargo, me parece que...

TUTOR: ahora debo despedirme de ustedes, porque el concierto, que me gustaría escuchar, empieza ahora mismo.

VEN.: créame, sus palabras me han interesado enormemente.

TUTOR: me temo, sin embargo, que han fatigado algo a su amigo, ya que veo ha caído en un profundo sueño.

VEN.: lo sospechaba, por su estridente y continuo ronquido.

TUTOR: ha hecho mejor en dejarle dormir. Tenía, creo, un insípido sueño, incapaz de asir lo Grande y lo Sublime. Adiós, pues, me voy al concierto.

(Sale el TUTOR)

VEN.: le doy los buenos días, mi buen señor. ¡Despierte, maestro! Porque el día está por disiparse, y no hemos pescado ni un solo pez.

PISC.: no pienses en peces ahora, querido discípulo, ¡escúchame más bien! Créeme, he soñado tales cosas, que las palabras difícilmente pueden abarcarlas. Ve, siéntate, y te lo explicaré, con lenguaje tan pobre como conviene tanto a mis capacidades como a la brevedad del tiempo que nos queda:

LA VISIÓN DE LAS TRES TES

Me pareció que, en alguna edad remota me paraba junto a las aguas de Mercurio y veía, reflejadas en su serena superficie, las antiguas y grandiosas formas del patio de Thomas: y que, cerca de mí, estaba un semblante cortés y majestuoso, con un vestido escarlata, y con sombrero de ala ancha cuyos cordones, agitándose dilatadamente en el aire inmóvil, a un tiempo desafiaban las leyes de la gravedad y señalaban en dirección del reverendo Cardenal. ¡Era Wolsey en persona! Iba a hablar cuando él levantó la mano y señaló el cuello sin nubes, en el que se insinuaba ahora, como un profundo rezongo, el retumbar de truenos. Escuché, presa de un terror salvaje.

Las tinieblas se acumulaban en lo alto y, en medio de la oscuridad, flotaba sollozante un gigantesco Cajón. Con pavoroso estrépito se asentó sobre el antiguo Colegio, que gimió bajo su peso, mientras una voz burlona gritaba: «¡Ja, ja!». Busqué a Wolsey: se había marchado. En el fondo de aquellas cristalinas profundidades yacía aquella forma vigorosa, majestuosamente envuelta en el manto escarlata: el sombrero de alas anchas flotaba, cual una nave, en el lago, mientras que los cordones, con sus complicadas borlas, desafiando aún las leyes de la gravedad, temblaban en el aire y parecían señalar con cien dedos el horrible Campanario. Alrededor, por todas partes, aullaban espíritus en medio de los alaridos del viento, de su mugir, de su estridencia.

Pero una visión aún más oscura me esperaba. Una gran cuchillada apareció en el pretil tembloroso. Espíritus revoloteaban de aquí para allá con rostros desviados, y dedos imponiendo silencio a labios temblorosos.

Entonces, un grito salvaje resonó en el aire, mientras, con volcánico rugido, dos hendiduras simultáneas rompían el paisaje, y el antiguo Colegio se tambaleaba vertiginosamente en rededor mío.

Espíritus con botas de charol atravesaban furtivamente la escena, de puntillas, con el aliento enmudecido y ojos de lívido horror. Espíritus con paraguas baratos, y toscos zapatones, se cernían sobre mí, patéticamente en suspenso. Espíritus con sacos de noche, con atavíos que eran la reproducción exacta del mío, cual si fueran imágenes de ese oscuro ser que es mi Sombra, visiones de lo que dentro de mí me amenaza, y que es el Doble, corrían a mi lado, gritando: «¡Lejos, lejos de aquí! ¡Al Rin en forma de flecha! ¡Al Guadalquivir, cuyas aguas desaparecen! ¡A Bath! ¡A Jericó! ¡Id a cualquier lugar, menos a éste!»

Colócate aquí junto a mí y observa. Desde este lugar que el destino favoreció tres veces, con una mirada extasiada acoge y graba a fuego para siempre en las tablas de tu memoria la Visión de las Tres Tes! A tu izquierda, frunce el ceño la abismal negrura del tenebroso Túnel. A tu derecha, bosteza el terrible Tajo. Mientras que, en las lejanas alturas, escapando a las sórdidas aspiraciones terrenas y a las miserables críticas de arte, Tetragonal y Tremendo, se cierne el Tintineante Cajón de Té. ¡Discípulo, la Visión está colmada!

VEN.: me alegro de ello, porque, a decir verdad, estoy hambriento. ¿Qué dice usted, maestro? ¿deberíamos dejar la pesca y comer ahora? Y mire, aquí hay una canción, que encontré al azar en este libro de baladas, que a mi juicio es muy apropiada para esta circunstancia y para este muy antiguo lugar.

PISC.: dejemos, pues, la pesca, sentémonos. Tendremos, te lo garantizo, un buen, honrado, saludable y hambriento almuerzo con un pedazo de carne de buey salada y uno o dos rábanos que tengo en mi saco de pesca. Y tú cantarás esa misma canción mientras comemos.

VEN.: Cantaré, pues. Y espero que le contentará tanto como sus excelentes discursos a menudo me han aprovechado:

(El VENATOR canta)

ODA EBRIA

¡He aquí al estudiante de primero, con sus dieciocho
tímidos años! ¡He aquí al de último
año, con sus veinte!
¡He aquí al joven cuyo bigote aún no se ve!
¡He aquí al hombre que ha alcanzado la madurez!
¡Dejad que los hombres pasen!
¡Y fuera de la masa
te garantizo que encontrarás siempre alguien idóneo para una Clase!
¡He aquí a los Censores, que simbolizan Centido

tanto como la Mitra equivale a miríadas!
¡He aquí al Tesorero, que nunca dilata los Gastos!
¡y a los Lectores, que leen la ilegibilidad!
¡Tutor y Rector, dejémosles que avancen!
¡Os garantizo que emularán a los siglos pasados!

¡He aquí el Capítulo, Cuadrilla melodiosa!
¡Cuya Armonía está, de seguro, llena de buenas intenciones!
¡Ya que, aunque empiezan con la palabra «Desastre», es cierto,
sin embargo, su lema es «bien está lo que acaba bien»!
¡Es amor, amor de seguro, lo que hace que el mundo gire!
Y si perdemos un penique, podemos ir de perdidos al río^[56].
He aquí al Cuerpo de Gobierno, cuyo Arte
(¡pues son Maestros de Arte entre los hombres!)
trata de embellecer la Christ Church en todas partes,
¡aunque su método apenas les responda!
¡Con tres Tes la han adornado,
tres letras que están por Tacto,
Talento y Tradición!

PISC.: Te agradezco, discípulo, este instante de alegría, y esta canción, a la que su autor dotó de tan buen humor, y que tan bien has interpretado.

VEN.: ¡Oh, mire, Maestro, un pez, un pez!

PISC.: Procedamos a pescarlo, pues.

(Sumergen el sedal, y el anzuelo se clava en la tibia garganta del pez.)

La dinámica de una partícula^[57]

«Es extraño pensar que una fogosa partícula pueda dejarse eliminar por un artículo.»

(Impreso por primera vez en 1865 en Oxford, en un folleto, este artículo aludía a la situación política de entonces.)

Introducción

Era una deliciosa tarde de otoño, y los efectos gloriosos del extravío cromático se empezaban a insinuar en la atmósfera, mientras la tierra giraba alejándose del gran luminar del Oeste, cuando dos líneas pudieron ser vistas encaminando su trazo tedioso a lo largo de superficies planas. La mayor de las dos parecía haber aprendido, por un ejercicio prolongado, el arte, tan penoso para alguien joven e impulsivo, de permanecer a igual distancia de ambos extremos; pero la más joven, con la impetuosidad propia de su edad temprana, estaba siempre deseando divergir y transformarse en hipérbole o en alguna igualmente romántica e ilimitada curva. Habían vivido y amado mucho: el destino y las superficies interyacentes las habían mantenido hasta ahora separadas, pero esta situación estaba por concluir: una línea las había intersecado, haciendo que los dos ángulos interiores fueran menores que dos ángulos rectos. Fue un instante que nunca olvidarían y, mientras continuaban su recorrido, un susurro retembló a lo largo de las superficies en ondas isócronas de sonido. «¡Oh, sí, a la larga tendremos que encontrarnos si continuamente generadas!» (Jacobi, *Curso de Matemáticas*, cap. I).

Hemos comenzado con el párrafo anterior como una sorprendente ilustración de las ventajas de introducir el elemento «vida» en la hasta ahora árida región de las Matemáticas. ¿Quién sería capaz de negar las posibilidades novelísticas, hasta ahora inadvertidas, que subyacen en este dominio? ¿No

sería concebible que el paralelogramo, que en nuestra ignorancia hemos definido y dibujado, y la totalidad de cuyas propiedades decimos conocer, pudiera en todo ese tiempo haber sido descrito igualmente por sus ángulos exteriores, simpáticos con los interiores, o bien que se quejara y expresara mal humor por el hecho de no poder ser inscrito en un círculo? ¿Qué matemático ha reflexionado nunca sobre hipérbole si destroza a la desdichada curva con líneas de intersección aquí y allá, en sus esfuerzos por probar alguna propiedad que puede que, después de todo, no sea sino una mera calumnia?, ¿quién ha imaginado jamás que esa pervertida figura estaba desplegando sus asíntotas como un callado reproche o tolerando alguno de sus focos con desdeñosa lástima?

Con semejante ánimo hemos compuesto las páginas que siguen. Tan desnudas y violentas como son, muestran empero algo del fenómeno de la luz, o de la «iluminación», considerada como una fuerza, con mayor compleción de la que hemos visto hasta ahora en las tentativas de otros autores.

Capítulo I

Consideraciones generales

Definiciones

I

PLENA SUPERFICIALIDAD es el carácter de un discurso, en el que cualquiera de los dos extremos que al azar se escojan muestren que el orador miente^[58] por completo en lo que se refiere a estos dos puntos.

II

PLENA DIVERGENCIA es la inclinación de dos votantes^[59] uno respecto al otro, cuando, al encontrarse, sus puntos de vista no recorren la misma dirección.

III

Cuando un Censor, encontrándose con otro Censor, al realizar el recuento de los votos encuentra iguales a los de uno y otro bando, el sentimiento con que cada parte obsequia a la otra se denomina Ira Mediana o DIVERGENCIA ORTOGONAL^[60].

IV

Cuando dos partes, al tropezarse, experimentan una Ira Mediana (DIVERGENCIA ORTOGONAL), se dice de cada una que es COMPLEMENTARIA de la otra (aunque, hablando con propiedad, esto no siempre es cierto).

V

Una cólera obtusa (DIVERGENCIA OBTUSA) es aquélla mayor que una ira mediana (DIVERGENCIA ORTOGONAL).

Postulados

I

Se da por supuesto que un conferenciante puede efectuar digresiones de un punto a cualquier otro.

II

Que un argumento finito (i. e. terminado, acabado) puede alcanzar una extensión cualquiera en subsiguientes debates.

III

Que se puede promover una controversia alrededor de cualquier tema, y a cualquier distancia de ese tema.

Axiomas

I

Individuos que van a medias en lo mismo (en la misma fracción) son (generalmente) iguales uno a otro.

Individuos que arramblan con el doble de lo mismo (del mismo término) son (generalmente) iguales a cualquier otro.

Elecciones

Los diferentes modos de votar^[61] son como siguen:

I

ALTERNANDO, como en el caso de Mr. _____ que votó a favor y contra Mr. Piedraalegre, en sucesivas elecciones.

II

INVERTENDO, tal como hizo Mr. _____ que recorrió todo el trayecto desde Edimburgo para votar, llevando en la mano una papeleta de voto en blanco, y al término de su proeza volvió a casa con gran regocijo.

III

COMPONENDO, tal como hizo Mr. _____ cuyo nombre apareció en dos comités a un tiempo, por lo que fue ensalzado por el mayor número posible de gente, por el espacio de un día.

IV

DIVIDENDO, como en el caso de Mr. _____ que, estando tristemente perplejo ante la elección de un candidato, no votó a ninguno.

V

CONVERTENDO, como maravillosamente ilustran los casos de Mr. _____ y Mr. _____ que sostuvieron una larga y encendida discusión en el curso de la elección, en la que, después de dos horas, cada uno convenció al otro de su postura.

VI

EX AEQUALI PROPORTIONE PERTURBATA SEU INORDINATA, como en una elección, en que los resultados estuvieron igualados por un tiempo, hasta que fueron cotejados de nuevo, momento en el cual los que habían votado primero de un bando trataban de aparearse con los últimos en llegar del otro, y los últimos en votar de un bando fueron mantenidos afuera por los que habían votado primero del otro, por todo lo cual, estando bloqueado el ingreso al lugar del escrutinio, nadie podía entrar ni salir.

Acerca de la representación

Las magnitudes están representadas algebraicamente por letras, los hombres por hombres de letras, y así sucesivamente. Los siguientes son los principales sistemas de reproducción.

1. CARTESIANO: i. e., por medio de cartas o mapas. Este sistema es adecuado para representar líneas; pero falla en la representación de puntos, en especial si se trata de un buen punto.
2. POLAR: i. e., por medio de 2 polos, «Norte y Sur». Es un incierto sistema de representación, y no se puede confiar en él sin riesgo.
3. TRINEAL: i. e., por medio de una línea que recorre 3 direcciones diferentes. Tal línea se representa generalmente por tres letras, como por

ejemplo W. E. G.

Que el principio de representación era conocido por los antiguos lo ilustra frecuentemente Tucídides, quien nos dice que el grito favorito para dar ánimos en una regata de trirremes era esa commovedora alusión a las Coordinadas Polares que aún se escucha en las regatas de nuestros días: «ρ 5, ρ 6, $\cos \Phi$, están ganando».

Capítulo II

Dinámica de una partícula

Las partículas se dividen lógicamente de acuerdo con su Fuerza, o genio, con relación a su trayectoria, o discurso.

Genio (Fuerza) es la clasificación más alta, y ésta, combinada con la Diferencial (por ejemplo de opiniones), produce los Discursos. Éstos se dividen a su vez en tres grupos.

Las partículas que pertenecen al elevado orden del Genio (i. e., atendiendo a su fuerza) se denominan bien «talentosas» (orientadas) bien «iluminadas» (de acuerdo con su *amplitud*).

Definiciones

I

Un IRRACIONAL es un radical cuyo significado no puede ser calculado exactamente. Esta definición conviene a un gran número de partículas.

II

El ÍNDICE señala el grado, o poder, a que una partícula es elevada. Consiste en dos letras, situadas a la derecha del símbolo que representa a la partícula. Así, «A. A.» significa el grado O; «B. A.» el primer grado; y así sucesivamente, hasta que lleguemos a «M. A.», el segundo grado (las letras entre uno y otro grado indican fracciones de grado); las dos últimas empleadas corrientemente son «R. A.» (el lector no necesitará que le recordemos aquellas hermosas líneas de *La princesa*: «Ve y vístete, Dinah, majestuosamente, como un contra-almirante.»)^[62], y «S. A.». Esta última

indica el grado 360 y denota que la partícula en cuestión (que es 1/7 parte de la función $E + R^{[63]}$: *Ensayos y Recensiones*) ha efectuado una revolución completa, por lo que el resultado es = O.

III

MOMENTO es el producto de un vector por una distancia. Discutir esta cuestión en forma exhaustiva, nos llevaría demasiado lejos en el dominio de la Vis Viva^[64]; así que habremos de contentarnos con mencionar el hecho de que *ningún momento está realmente perdido, si ha orientado partículas*. Apenas es necesario remitir a nuestros lectores al bien conocido pasaje: «Todo momento que podía arrebatar a sus obligaciones académicas, estaba consagrado a la causa del popular Canciller de Hacienda.» (Clarendon, *Historia de la Gran Rebelión*).

IV

Un PAR consta de una partícula en movimiento, elevada a la potencia «M. A.» y combinada con lo que técnicamente se denomina su «media naranja». Las siguientes son las principales características de un Par: 1) Puede fácilmente ser transferido de un punto a otro; 2) cualquier *fuerza de traslación* que poseyera la partícula suelta, se pierde por entero con la formación del Par; 3) las dos fuerzas que constituyen el Par generalmente *actúan en direcciones opuestas*.

Acerca de las diferenciales

El efecto de Diferenciación de una partícula es muy notable, la primera diferencial siendo frecuentemente de un valor mayor que la partícula original, y la segunda de menor amplitud. Por ejemplo, pongamos que L = «líder», S = «Sábado», esto es L. S. = «Líder del Sábado» (una partícula de valor no assignable). Añadiéndole una diferencial, obtenemos $L. S. D.$, una función de gran valor. De un modo semejante encontraremos que, añadiendo, una segunda diferencial a una partícula de mayor valor (i. e., elevada al grado «D. D.»), disminuye la amplitud. El efecto se incrementa con mucho por la adición de una C: en tal caso, la amplitud de la órbita a menudo desaparece por ello, y la partícula se vuelve conservadora.

Hay que señalar, que, cuando quiera el símbolo L se usa para indicar «Líder» (conductor), hay que acompañarlo del signo + : sirve para indicar que

su acción puede ser tanto positiva como negativa —algunas partículas de esta clase tienen la propiedad de arrastrar a otras tras de ellas (así el «Líder de los Ejércitos»), y otras repeliéndolas (así el «Director del Times»).

Prop. I. Prob.

Hallar el valor de un Examinador dado.

Ejemplo: A recibe 10 libros en el examen final, y saca el tercer lugar; B toma el pelo^[65] a los Examinadores, y saca el segundo lugar.

Hallar la puntuación que le otorgaron en términos de libros. Hallar también su valor fuera de todo examen.

Prop. II. Prob.

Evaluando Pérdidas y Ganancias.

Ejemplo: Dado un profeta del Derby, que ha sugerido 3 diferentes ganadores a 3 diferentes apostadores, y dado que ninguno de los tres caballos ha ganado, hallar las pérdidas totales habidas por los tres individuos: a) en dinero, b) en buen humor. Hallar también al profeta. ¿Es esto último posible generalmente?

Prop. III. Prob.

Averiguar la dirección de una recta.

Ejemplo: Demostrar que la definición de la recta, de acuerdo con Walton, coincide con la de Salmón, sólo que cada uno empieza por el extremo opuesto. Si una tal línea fuera cortada por el método de Frost, hallar su valor de acuerdo con Price.

Prop. IV. Tesis

El fin (i. e., «el producto de los extremos») justifica (i. e. «es igual a» cf. el latín *aequus*) los medios.

No se añade ningún ejemplo a esta Proposición, por razones obvias.

Prop. V. Prob.

Continuar las series dadas.

Ejemplo: A y B son dados respectivamente a obtener Cuatros y Cincos, y están en el mismo dormitorio, que es afecto siempre a Seises y Sietes. Hallar el volumen probable del estudio efectuado por A y B cuando la nota media es 8.

Procederemos a ilustrar este apresurado esbozo de la Dinámica de una Parte Muerta, demostrando la proposición de la que la entera teoría de la Representación depende, a saber: «Apartar una determinada tangente de un Círculo dado, y poner otra línea dada en contacto con él».

Sea UNIV un círculo de gran amplitud, cuyo centro es O(V estando, como es natural, situada en la punta), y sea WGH un triángulo, dos de cuyas caras WEG y WH están en contacto con el círculo, mientras que GH (que los matemáticos generosos denominarían «base»), no está en contacto con él. Se requiere destruir el contacto WEG, y llevar a GH a tomar contacto en su lugar.

Sea I el punto de máxima amplitud del círculo, y por lo tanto E el punto de mayor apertura del triángulo. (E, naturalmente, variando perversamente con el cuadrado de la distancia desde O.)

Fijemos la posición de WH absolutamente, de modo que permanezca siempre en contacto con el círculo, y fijemos también la dirección de OI.

Ahora, y en tanto WEG mantiene un curso perfectamente derecho, GH posiblemente resulta incapaz de ponerse en contacto con el círculo, pero si la fuerza de apertura, actuando a lo largo de OI, hace que éste se curve, se efectuará una revolución parcial por parte de WEG y de GH, WEG dejará de tocar el círculo, y GH será puesto inmediatamente en contacto con él. Q. E. F.

La teoría implicada por la precedente proposición es actualmente muy controvertida, y sus defensores son invitados a mostrar cuál es el punto *fijo*, o *locus standi*, sobre el que suponen se efectúa la necesaria revolución. Para aclarar esto, deberemos remitirnos al griego original, y recordar a nuestros lectores que este punto o *locus standi* es en este caso ἄρδις (o ἄρδις^[66] de acuerdo con el uso moderno), y por consiguiente no debe ser asignado a WEG. Como réplica a lo cual puede aducirse que, en un asunto de esta índole, una única palabra no puede —como ἄρδως— considerarse como explicación satisfactoria.

También ha de notarse que la revolución aquí discutida es por completo un derivado de la amplitud, ya que las partículas, cuando su órbita se abre en una extensión como la actual hasta devenir φως^[67] se encuentra siempre que divergen más o menos una de la otra; aunque, sin duda alguna, el valor *radical* de la palabra es «unión» o «sentimiento Amistoso»^[68]. El lector encontrará en *Liddel y Scott* una notable ilustración de esto, de la que parece deducirse que el sentimiento debe ser experimentado φορδην^[69] y que la partícula que lo

experimenta debe pertenecer al género ἀχύτυς, y tiene por tanto que ser, nominalmente al menos, de amplitud nula.

Los dos relojes

¿Qué es mejor, un reloj que da la hora exacta una vez por año, o un reloj que es puntual dos veces al día? «Este último —contestarás— incuestionablemente.» Muy bien, ahora atiende.

Supongamos que tengo dos relojes: uno no funciona *en lo absoluto*, y el otro se retrasa un minuto al día: ¿cuál preferirías? «El que se retrasa», replicarías sin ninguna duda. Ahora observa: el que se retrasa un minuto al día tiene que emplear doce horas, o setecientos veinte minutos hasta que de nuevo señale la hora correcta; por consiguiente es puntual una vez cada dos años, mientras que el otro es puntual evidentemente siempre que sea la hora por él indicada, lo que ocurre dos veces por día.

De manera que ya te has contradicho *Una vez*.

«Ah, pero, —dirás— ¿de qué me sirve que sea puntual dos veces al día, si no puedo saber cuándo lo es?»

Bueno, supongamos que el reloj marca las ocho en punto, ¿no comprendes que el reloj será puntual *a* las ocho en punto? Tu reloj señalará la hora exacta, cuando sean las ocho en punto.

«Sí, ya veo», me contestarás.

Muy bien, por lo tanto te has contradicho ya *dos veces*, ahora sal del apuro lo mejor que puedas, y procura no contradecirte una vez más.

Podrías seguir diciendo: «¿Cómo habría de saber cuándo son las ocho en punto? Mi reloj no me lo dirá.» Ten paciencia: sabes que, cuando sean las ocho, tu reloj irá bien, perfecto; por lo tanto, esto es lo que tienes que hacer: mantén la vista fija en el reloj y, *en el momento exacto en que dé puntualmente la hora*, serán las ocho. «Pero...» será tu balbuceo. Pero —ya es bastante— vale más que desistas en tu vana demanda de algo conforme a los usos de tu sentido común. Te alejarás más y más, a medida que pregunes, del punto en que se sustentaba tu necio equilibrio, de modo que lo mejor será que te calles.

Bodas de lo incompatible

(Juego de palabras para dos jugadores o dos grupos de jugadores)

«Pars pro toto»

La esencia de este juego consiste en un jugador que propone un «núcleo» (i. e., una serie de dos o más letras, tales como «tor», «imo», «ad»), y en otro que trata de encontrar una «palabra permitida» (i. e., una palabra usada corrientemente, y que no sea un nombre propio) que contenga a ese núcleo. Así, «cotorra», «limón» y «decapitado» son palabras legales que contienen los núcleos «tor», «imo» y «ad».

El núcleo no debe contener un guión (i. e., no es traducible por ninguna palabra compuesta: para los núcleos «tas» y «toob») «meta sujeto-objeto» no sería una palabra permitida.

Toda palabra que se escriba siempre con mayúscula, como «Excelencia» cuenta como nombre propio.

REGLAS

1. Cada jugador piensa en un núcleo y dice: «Listo» cuando ya lo tenga. Cuando los dos hayan hablado, se fijan los núcleos. Un jugador puede proponer un núcleo sin necesidad de conocer ninguna palabra que lo contenga.

2. Cuando un jugador ha dado con alguna palabra que contenga el núcleo que le ha sido propuesto (que no es preciso sea la palabra que había pensado el otro), o haya decidido que semejante palabra no existe, dice ya sea: «Listo», o bien: «No hay palabras», según sea el caso; cuando haya considerado mejor cejar en sus intentos, dirá: «Me rindo.» Si no dice nada, se considera que «no está listo».

3. Cuando los dos hayan hablado, si el primero en hacerlo hubiera dicho «Listo», procederá a designar la palabra que ha encontrado; si dice: «No hay

palabras», el que haya propuesto el núcleo, designará, si puede, una palabra que lo contenga. A continuación, el otro jugador se comporta del mismo modo.

4. Acto seguido, los jugadores contarán sus puntos como sigue (N. B.: cuando se dice de un jugador que « pierde » puntos, significa que se los apunta el otro).

Si acierta a dar con una palabra correcta	gana 1 punto.
Si encuentra una errónea	pierde 1 punto.
Si dice: «No hay palabras» y esto resulta ser cierto	gana 2 puntos.
Si no lleva razón	pierde 2 puntos.
Si se rinde	pierde 1 punto.

Con esto finaliza el primer turno.

5. Para cualquier otro turno, los jugadores procederán como en el primero, excepto que, cuando un jugador «no está listo», o haya hallado una palabra incorrecta, no se le ofrecerá un nuevo núcleo, sino que tendrá que seguir tratando de adivinar el primero, habiendo, si es necesario, propuesto antes uno nuevo para el otro jugador.

6. Un núcleo, ante el que se hayan «rendido», no puede ser repropuesto en el mismo juego. Sin embargo, si se le añaden o se le quitan algunas letras, contará como uno nuevo.

7. La jugada en que cualquiera de los dos haya logrado 10 puntos es la jugada final; una vez que esto haya sucedido, el juego concluye, y gana el que más puntos tenga, o, si los dos tienen igual número, el juego queda en tablas.

Una oscura leyenda^[70]

Una terrible y fidedigna relación acerca de las habitaciones del Castillo Errado^[71] llamado Zona Oscura y de lo que allí aconteció a Matthew Dixon regatero, y alrededor de una cierta Dama, llamada «Sin Faldas» o algo así, que allí se apareció, y de cómo nadie osaba en aquel tiempo dormir allí (acaso por temor), las cuales cosas sucedieron en los días del Mandato del Obispo, de gozosa memoria, y fueron por mí escritas en el año Mil Trescientos Veinticinco, en el mes de Febrero, un cierto Martes y otros días.

Edgar Cuthwellis.

En aquel día, el dicho Matthew Dixon, habiendo traído algunas mercancías al lugar, que le habían sido encargadas por mis Señores, quienes ordenaron que se le diera de comer por una noche (y en verdad que así se hizo, y cenó con gran apetito), y que durmiera en una cierta habitación del ala del Castillo ahora llamada Zona Oscura —de la cual a medianoche salió corriendo y lanzando tan enorme Grito, que despertó a todos los hombres del Castillo, los cuales se precipitaron hacia aquellos Corredores, y halláronle aullando tristemente, para luego desmayarse.

En ese estado lo llevaron a la cámara de mi Señor, y con gran trabajo lo depositaron en una silla, de la cual por tres veces seguidas se desplomó al suelo, para gran asombro de todos los presentes.

Pero, habiendo sido reanimado con algunos Licores Fuertes (principalmente, con Ginebra), al cabo de un rato comunicó con tono lamentable los siguientes particulares, los cuales fueron hoy declarados bajo juramento por nueve embarazados y gordezuelos campesinos, que vivían allí cerca, cuyos testimonios he puesto por escrito con extremo cuidado.

Testimonio de Matthew Dixon, regatero, estando en pleno uso de mis facultades mentales, y con más de cuarenta años de edad, aunque tristemente espantado por razón de las Visiones y de las Voces que escuché en aquel Castillo, y de lo que allí padecí, concerniente a la Visión de la Zona Oscura, y a los Espectros, en número de dos, que en ella habitaban, y a una cierta Dama extraña, y a los dolorosos discursos que ella pronunció, con otras tonadas y canciones, que ella y otros Espectros tararearon, y al frío que invadió mis huesos, y al temblor que los sacudía (por causa del desdichado Pánico sin medida) y concerniente también a otras cosas que os será grato conocer, en especial lo referente a un retrato que será preciso hacer ahora, y de lo que a continuación acontecerá (como fue en verdad predicho por los Espectros), y de la Oscuridad que lloverá algún día, y acerca de otras cosas más espantosas que la palabra, y que los hombres llaman Quimera.

Matthew Dixon, regatero, declara: «Que él, habiendo cenado abundantemente aquella noche, un ganso con verduras, un pastel de carne, y otros guisos que me fueron servidos por la gran bondad del Obispo», (miró, al decir esto, a mi Señor, e hizo ademán de quitarse el sombrero, mas no pudo hacerlo, pues no lo tenía), «se dirigió acto seguido a su lecho, donde, a lo largo de muchas horas, fue atormentado por sueños llenos de aristas y llenos también de Horror. Que vio en su sueño a una dama, ataviada no (al menos eso parecía) con una falda, sino con una especie de recortada enagua, o de andrajo» (en este momento una doncella de la Casa le interrumpió para afirmar que ninguna Dama habría vestido nada semejante, a lo que él replicó: «He dicho la verdad» y, al hacerlo, se levantó de la silla, aunque no consiguió tenerse en pie).

El testigo prosiguió: «Que vio a la Dama agitar a derecha e izquierda una enorme Antorcha y que, en ese momento, una Voz fina gritó: “¡Desfaldada! ¡Desfaldada!” ante lo cual, estando ella como estaba de pie en medio del pavimento, le sobrevino una gran Mutación, su semblante se volvió como la cera y más y más ajado, y su cabello más y más gris, y se la oía decir todo ese tiempo con la más desolada de las Voces, “Desfaldada”, en efecto, faltándome lo que es corriente en una mujer; pero llegarán años en que no se echarán de menos las faldas. Dicho lo cual su enagua pareció que se derretía, transformándose en una falda de seda, que se arrugaba por todas partes, llenándose de no pocos volantes» (a esto, mi Señor, contemplándole con impaciencia, le dio un severo capón en la cabeza, ordenándole terminar su relato inmediatamente).

El testigo continuó: «Que la mencionada falda asumió luego muy diversas formas que habrían de permanecer, llenándose de rizos por todos los lugares, así ofreciendo a nuestra atónita mirada unas faldas del colorido más ardiente, diríase incluso que carmesí —parecía—, y, al ver algo tan lúgubre y sanguinario, la Dama lanzó un largo y profundo gemido y lloró al mismo tiempo. Y que, al fin, la tela se hinchó convirtiéndose en una Vastedad más allá de los tristes poderes del lenguaje, al otro lado de la Expresión, enriqueciéndose (por lo que creyó ver), con miriñaques, ruedas de carro, globos, y cosas parecidas, que sostenía desde dentro. Lo cual llenó toda la Cámara, aplastándole contra el lecho, dejándole convertido en un Simulacro de hombre, hasta que por fin dio muestras de querer marcharse, rizándose el cabello con la Antorcha mientras se alejaba en la dirección de Nadie.

»Que él, despertando de tales sueños, oyó al punto el rumor de alguna siniestra Embestida, y vio una Luz.» (En este punto una doncella le interrumpió, gritando que había por cierto una muy impetuosa luz, de una vela de junco^[72] que ardía en aquella misma habitación, y habría dicho más, pero mi Señor la contuvo, y le ordenó abruptamente que se guardara sus pensamientos, queriendo sin duda con esto significar, que le dexara en paz.)

El testigo prosiguió: «Que temiendo mucho por causa de esto, por cuyo motivo sus Huesos estaban (así dijo), todos entumecidos, trató de saltar del lecho, y eso hizo. Lo cual le costó algún tiempo no, como podría pensarse, por ser de corazón resuelto y vigoroso, sino porque vigoroso era más bien su cuerpo; y en ese momento se puso ella a cantar fragmentos de olvidados layes, como Billy Shakespeare podría haberlo hecho, e imitaba el trino de pájaros lejanos, de aquéllos cuyo canto inútilmente confortaba el corazón muerto de Jaufré Rudel.»^[73]

Al llegar a este punto, mi Señor preguntó cuáles eran esos cantos, ordenándole que los entonara en su presencia, y diciéndole que él sólo conocía dos baladas: «En la rada de Trafalgar fue donde vimos salir por piernas al francés», y «Un día entero estuvimos anclados en la bahía de Vizcaya, Oh», las cuales procedió inmediatamente a tararear con voz estridente, desafinando mucho, lo cual hizo esbozar algunas vagas sonrisas entre las personas allí reunidas.

El testigo continuó: «Que él, tal vez, pudiera cantar las referidas canciones con acompañamiento musical, pero que no se atrevía a que su voz se irguiese sola en medio de la habitación.» Al oír esto le llevaron a la sala de clase, donde había un instrumento musical, llamado Peán-Cuarenta (significando que tenía cuarenta notas, y que era un Peán o Triunfo del Arte), en el que dos

jóvenes damas, sobrinas de mi Señor, que allí estaban (aprendiendo, al menos eso creían, Lecciones; pero, sospecho, no haciendo, en realidad, otra cosa que haraganear tanto como podían), quienes aporreando el citado instrumento, tocaban cierta música mientras él cantaba lo mejor que podía, ya que las tonadas eran tales como nunca antes ente humano escuchó.

»Habita en Heighington Lorenzo,
(con un vestido de cotonía),
por lo menos si no allí mismo
no obstante en sus cercanías.
Fizo ademán de que lo escuchase
—estábamos tomando el té—
pero ni una palabra a sus labios causó fatiga^[74]
hasta que le dije: “¿Te gustan
sin mantequilla las tostadas?” y él respondió
“Sí, pero fatigadas.”^[75]
(de lo cual los presentes corearon con fervor el estribillo).
»Un idiota si está mudo
pertenece a un rango estúpido,
y odio a ese tipo de idiotas,
vaya si los detesto.»

El testigo continuó: «Que, a continuación, se le apareció la Dama ataviada con la misma desdichada y recortada Enagua, tal como la había visto por primera vez en sus sueños, y con un sereno y penetrante tono de voz le relató su historia, como sigue»:

El relato de la dama

«En una fresca tarde de otoño, podría haberse visto, recorriendo con paso firme los terrenos circundantes al Castillo Errado, a una dama joven, de modales rígidos y altaneros, aunque de aspecto agradable, más aún, podría decirse, hermosa hasta un cierto punto, aunque quizás esto pudiera no ser sincero.

»Esta joven, oh miserable, era yo» (llegados a este punto le pregunté a santo de qué me tenía por un miserable y ella contestó que no tenía la menor importancia). «En aquellos tiempos me vanagloriaba de que mi belleza no era desproporcionada respecto a mi estatura, y con gran Rason anhelaba que algún pintor pudiera retratar mi figura; pero tenían demasiada altura, no su arte, creo, sino sus precios.» (A esto interrogué humilde acerca de a cuáles precios los mencionados pintores trabajaban, pero me contestó hinchadamente que los asuntos de dinero le resultaban vulgares y que ella no sabía nada de eso, ni se preocupaba.)

«Ahora bien, dio la casualidad de que un cierto artista, llamado Lorenzo, llegó a aquella comarca, llevando con él una maravillosa máquina llamada por los hombres Quimera (la cual es algo por completo increíble y fabuloso) con la cual hizo muchas fotografías, cada una en una sola campanada de tiempo, tiempos que ese fantasma miserable que es el hombre podría llamar “hazañas de John, hijo de Robín”.^[76] (Le pregunté qué podía significar una campana en el Tiempo, pero ella frunció el ceño y no me contestó.)

»Fue él, pues, quien se encargó de mi retrato: para el cual no le exigí más que una cosa, y es que debía ser de cuerpo entero, porque de ninguna otra manera se pondría de manifiesto la gracia de mi estatura. Sin embargo, y aunque tomó muchas fotografías, fracasó siempre en lo que a esto respecta: ya que algunas empezaban en la cabeza pero no llegaban a los pies; otras, comenzando por los pies, dexaban fuera la cabeza; de estas fotografías las primeras significaban para mí un gran dolor, y las segundas para los demás eran fuente de carcajadas.

»A la vista de tales cosas me llené de furor, habiéndome al principio comportado amigablemente con él (aunque en verdad era un tanto lerdo), y a menudo le sacudía los oídos con mis gritos, rompiendo en su cerebro ciertas Cerraduras^[77], aullándole que no tenía por qué decir que había hecho de su vida una pesadilla, punto éste sobre el que no me cabían dudas, y que inundábame de placer.

»Por último, me aconsejó que hiciéramos una fotografía, mostrando tanta falda como razonablemente pudiera entrar, y que pusiéramos debajo una advertencia al efecto: “Otrosí, un duplicado de dos yardas y media, y al final los pies.” Pero esto no me gustó ni pizca, por lo cual le encerré en una celda, en la que permaneció tres semanas, quedándose más y más flaco a medida que pasaban los días, hasta que por fin flotaba en el aire como una Pluma.

»Ahora bien, sucedió que entonces, cuando un día le interrogué, acerca de si ahora me podría retratar de cuerpo entero, y él me contestó con voz lastimosa e inaudible, tal como la de un mosquito, que era aventurado abrir la puerta, por cuanto una corriente de aire le torturaba, arrastrándolo hacia una Grieta del techo, de modo que me quedé esperándole, sosteniendo mi Antorcha, hasta que llegó el día en que yo también me disipé hasta formar un Espectro, con todo permaneciendo pegada al muro.»

Entonces, mi Señor y los demás se precipitaron hacia la Celda, para contemplar este espectáculo extraño, al cual lugar, una vez que hubieron llegado, mi Señor valientemente desenvainó su espada, gritando con voz tonante «¡Muerte!» (aunque a quién o a qué no lo explicó); a continuación,

algunos entraron, pero la mayor parte retrocedió, empujando a los que estaban detrás; no obstante, al final, entraron todos, mi Señor el último.

Entonces apartaron del muro barriles y otros estorbos y hallaron al susodicho Espectro, de descripción pavorosa y, sin embargo, viviente en el muro, a cuya visión horrida se lanzaron gritos tales como en aquellos días se escucharon raras veces o nunca, algunos se desvanecieron, otros gracias a largos tragos de Cerveza se salvaron de caer en tales Extremos, y, no obstante, también ellos sobrevivían apenas al Miedo.

Entonces la Dama les habló de esta manera:

«Aquí estoy y aquí vivo
sólo de mi espera, hasta que
llegue el tiempo en que Otra
Dama en este mismo lugar,
que lleve mi mismo nombre y tenga
el mismo semblante (aunque mi nombre
nunca se sabrá, mis iniciales sí se mostrarán),
sea en pie fotografiada—
y a la vista estén la cabeza y los pies—
ese día mi rostro ha de borrarse
pero nunca volverás a afligir.»

En ese momento el dicho Matthew Dixon le espetó: «¿Por qué sostienes esa Antorcha?», a lo que ella replicó: «Las velas dan luz»; pero nadie la comprendió.

Después de lo cual, se escuchó una voz ínfima en lo alto:

«En una Celda de un Castillo Erróneo,
hace mucho mucho tiempo,
fui encerrado —joven y avispado—
¡ay de mí, ay de mí, ay desdichado!
Para de cuerpo entero retratarla
no tuve nunca la maña
Tempore (así una y otra vez le dije)
¡Practerito!»^[78]

(Este último estribillo nadie osó corearlo, a la vista de que el latín no era su lengua preferida.)

«Fue ella inflexible-oh, fue cruel-
hace tanto, tanto tiempo,
Me hizo aquí padecer hambre-ni siquiera
de comer me dio un papel,
¡no, creedme, ni un papel!
De Zona Oscura pueda yo huir
pueda arrebatarle mi último penique-

vamos, muchachos, jugar limpio es una alhaja,
¡dejadme, queridos, que me vaya!»

Entonces, mi señor, haciendo a un lado la espada (que después se guardó bajo llave en memoria de tal Proeza), ordenó a su mayordomo que le fuera a buscar un vaso de cerveza, que, cuando le fue traído en respuesta a su ademán, como él dijo bromeando que había sido éste «un gesto, un mandato, una sonrisa»^[79], se bebió de un solo trago: «¿Que por qué? —dijo él—, porque de seguro un mandato ha de discurrir seguro como un río, y no estaría bien que éste se seca.

Y, en aquel trago, murieron las voces de aquellos dos débiles, se secaron sus nombres en el recuerdo y, en su lugar, adivino una negra humedad, sin espectros, un mandato ahora a ejercer sobre la nada^[80].

Lo que dijo la tortuga a Aquiles

Aquiles creyó haber ganado a la tortuga y se había instalado muy cómodamente en su espalda.

«Así, ¿acabaste ya la carrera?», dijo la tortuga. «Aun cuando consistiera en una serie infinita de distancias. Me parece que un sabio, o algo por el estilo, dijo hace tiempo —habiendo olvidado su nombre— que esto no era posible.»

«Y, sin embargo, he ganado», dijo Aquiles. «Puede no ser verdad, pero es un *hecho*. *Solvitur atribulando*. ¿No ves que las distancias *disminuyen* constantemente? Así que...»

La tortuga lo interrumpe: «¿Y en qué no aumentan (también) constantemente? ¿Entonces?»

«En ese caso yo no estaría *aquí*» Aquiles *humiliter*, «y, en cuanto a ti, habrías ya dado muchas veces la vuelta al mundo, al mismo tiempo.»

«Tú me adulas —me allanas—, quiero decir» dijo la tortuga. «Porque hay en ti un gran peso y no un error. Bien, y ahora, quisieras oír de mis labios la carrera, que muchos creen haber concluido con uno o dos pasos, pero que, en realidad, consiste, repito, en un número infinito de distancias, cada una de ellas mayor que la precedente, en progresivo aumento, siempre, hasta la muerte.»

«Por supuesto» dijo el guerrero, el griego, sacando de su casco (pocos eran entonces los griegos con bolsillos) un enorme libro de notas, y una pluma. «Y habla por favor muy despacio, por cuanto aún no se ha inventado la estenografía.»

«Yo pensaba en la muy guapa primera proposición de Euclides» murmuró la tortuga como en sueños; «¿Tú amas a Euclides?»

«¡Con locura!» respondió, «tanto como podría amar a un tratado que no se podrá publicar en muchos siglos.»

«Bien, pues ahora, consideraremos una pequeña parte que se elabora dentro de la primera proposición: sólo dos pasos, dos pasos justos, la conclusión se

extrae a partir de ellos. Ten la bondad de inscribir en tu agenda. Y para mayor comodidad, llamémosles A, B, C, finalmente Z:

A) Dos cosas que son iguales referidas a una tercera, son iguales entre sí.

B) Los dos lados de este triángulo son iguales referidas a un tercero.

Z) Los dos lados de este triángulo son iguales entre sí.

»Todo lector de Euclides admitirá, o al menos en eso sueño, que se sigue lógicamente de A y B, y que, si uno admite la verdad de A y B, estará *obligado* a aceptar la tercera verdad de Z.

»¡Sin duda! El más niño del liceo, desde el momento en que el liceo se invente, es decir, dentro de algunos miles de años, aceptará eso por lógico.

»Y, si un lector no había admitido la validez de A y B, podría aceptar, sin embargo, la validez de la inferencia.»

»Ese lector debe existir: él diría, si A y B son verdaderas, Z debe ser cierta, si se acepta la proposición hipotética. Ese lector haría bien en abandonar a Euclides y dedicarse al fútbol.»

»Y, ¿no podría haber igualmente un lector que dijera: sí, A y B son verdaderas, pero no acepto la proposición diptética?»

»Ciertamente puede haberlo. Y eso otro haría también mejor en dedicarse al fútbol.»

»Y ninguno de esos dos lectores» continuó la tortuga, «está por ahora, lógicamente, obligado a aceptar la verdad de Z.»

»Exactamente», Aquiles asintió.

»Bien, ahora quisiera que me consideraras como un lector, como un lector, de la segunda especie, y que me fuerces, lógicamente, a aceptar Z como verdadero.»

»Una tortuga jugando al fútbol sería...» comenzó Aquiles «una anomalía» se apresuró a interrumpir la tortuga. «No deambules alrededor del punto, ni preguntes por él. Obtengamos Z primero, luego el fútbol.»

»¿Estoy entonces obligado a forzarte a aceptar Z?» dijo Aquiles con acento soñador. «Y tu postura actual es que aceptas A y B, pero no aceptas la hipotética.»

»Llamémosla C», dijo la tortuga.

»Pero tú no admites que:

C) “Si A y B son verdaderas, Z debe ser verdadera.”

»Esa es mi postura actual», respondió la tortuga.

»Me veo obligado, entonces, a rogar que aceptes C.»

»Lo haré tan pronto como hayas registrado en tu libro de notas. ¿Qué otras cosas has apuntado?»

»Sólo unos pocos memoranda» dijo Aquiles, dando nerviosamente la vuelta a las páginas, unas pocas memorandas de las batallas que les acometen...»

»Pleno de hojas en blanco, ya veo» dijo la tortuga estridentemente. «Las necesitaremos todas», y un escalofrío recorrió el cuerpo de Aquiles.

«Ahora, escribe al dictado:

- A) —» Lo que es igual a un tercer término, es igual entre sí.
- B) —Las dos caras del triángulo son iguales a un tercero.
- C) —Si A y B son verdaderas, Z debe ser verdadera.
- Z) —Las dos caras del triángulo son iguales entre sí.

»Tú deberías llamar a esto D, y no Z. Viene inmediatamente después de los otros tres. Si admites la verdad de A, B y C, no tienes más remedio que admitir la validez lógica de Z.

»¿Por qué necesariamente?

»Por cuanto se deduce, lógicamente, de la serie. Si A, B y C son verdaderos, Z *debe forzosamente*, serlo también» repitió la tortuga pensativa.

«Esta es otra hipotética. Y, si yo me equivocara en esta verdad, podría ver fácilmente la verdad de A, B y C, pero no así la verdad de Z, ¿es o no es cierto?»

«Lo es» contestó el héroe ingenuo. «Y una tal estupidez sería un fenómeno prodigioso. Sin embargo, posible. Así que necesito pedirte que admitas otra hipotética.»

«No me opongo a ello. Por el contrario, me siento deseoso de aceptarlo, tan pronto lo hayas inscrito en tu libro de notas. La llamaremos:

D) Si A y B y C son verdaderas, Z debe serlo.

¿Lo has registrado?»

«¡Por supuesto!» exclamó, resplandeciente, Aquiles, al tiempo que regresaba la pluma a su dorado estuche. «Y, por fin, llegamos a las Indias, concluimos al fin en Cathay esta carrera abstracta: Ahora que aceptas, con un rostro que la más abstracta fatiga ilumina, la validez de A, de B, de C y de D, se sobreentiende que *tienes* que aceptar Z.»

«¿Debo?» dijo con inocencia la tortuga. «Arrojemos una luz más clara sobre esto. Yo acepto A y B y C y D. Supongamos que, a pesar de todo, me obstino —con la ciega perseverancia de una línea recta— en negar Z?»

«En ese caso, la lógica te agarraría por el pescuezo, te aplastaría —o, como tú dices, te allanaría— más de lo que yo puedo hacerlo, hasta convertirte en espectro de ti misma: ¡en una Falsa Tortuga! Pero ¡ponte la camisa de fuerza de la lógica!» le contestó Aquiles haciendo gala de la voz

provocativa que posibilita el (siempre, como veremos, soñando) triunfo. «La lógica te diría: no tienes más remedio que huir a un lugar sin pensamientos. ¡Ahora que has aceptado A y B y C y D, *tienes* que aceptar Z! Así que, como ves, no tienes elección: estás entre la Lógica —la espada— y la pared —eso que no nos contesta, un definitivo silencio.»

«Cualquier cosa que la Lógica —sin necesidad de tanto vano discurso— tenga a bien decirme, merece pasar a la *escritura*» dijo la Tortuga. Así que anótalo en tu libreta, por favor, y olvida en esa escritura las hipérboles. Lo llamaremos:

E) Si A y B y C y D son verdaderas, Z debe ser verdadera. Hasta que yo no haya admitido la validez de *eso*, no necesito aún admitir la validez de Z. Así que es éste un paso totalmente necesario, ¿lo ves?»

«Lo veo» dijo Aquiles; y había en su voz un tono de infinita tristeza, como si su vida se hubiera convertido en una serie infinita de distancia.

Al llegar a este punto, el narrador se vio obligado a resolver un urgente asunto bancario, y forzado a abandonar a nuestros amigos, no pudo repasar el esbozo hasta unos meses más tarde. Cuando al fin lo hizo Aquiles, todavía estaba sentado sobre el caparazón de la tortuga, y escribía en su libro de notas, ya muy abarrotado. La tortuga estaba diciendo:

«¿Has registrado esta primera etapa? A no ser que haya perdido la cuenta, representa la etapa mil uno. Todavía nos quedan varios millones. Y me pregunto si me podrías hacer un favor, a título pura y exclusivamente personal —considerando los aportes que este nuestro pasado coloquio ha elaborado para uso de los lógicos del XIX—, ¿tendrías inconveniente en adoptar una frase que compuso mi prima la Falsa Tortuga y en dejar que te vuelva a bautizar como Aquél, que rechazando nuestras instrucciones, ha venido a instruirnos?»

«Como gustes» respondió el luchador cansado, con los tonos vacíos de la desesperación, escondiendo su rostro tras dos manos de sombra. «A condición expresa de que tú también te dejes rebautizar con algo que nunca manó de los labios de tal Falsa Tortuga: Ligero, Asesino, Tortura.»

3 cartas a 3 sin palabra

A Maggie Bowman

*7, Lushinton Road, Eastbourne
17 septiembre 1893.*

¡Oh, ser perverso y polimorfo! ¡Pequeña embustera! Si solamente pudiera volar hasta Fulham, armado de un bastón diminuto y hermoso (el tamaño que prefiero es diez pies de largo por cuatro pulgadas de espesor); ¡cómo castigaría tus pequeños y perversos dedos! Sin embargo, como el daño que me has hecho no es muy considerable, te condenaré a una pena no demasiado severa: un año de prisión, nada más. Díselo, pues, a un agente de policía: se hará con un buen par de esposas muy confortables, te encerrará bajo llave en una celda sombría y acolchada, encantadora, y te dará de comer un magnífico pan duro, y de beber una deliciosa agua helada.

Pero ¿por qué mentirme? ¿Por qué haberme escrito que enviarías «sacos llenos de amistad y cestas llenas de besos», cuando lo único que he recibido ha sido un saco lleno de guantes, y una cesta llena de pequeños gatos^[81]? En efecto, apenas había acabado de leer tu carta que la Sra. Dyers entró para anunciarme que un enorme saco y una gruesa cesta acababan de llegar para mí. Había entonces un tal concierto de maullidos en la casa que hubiera podido creerse que todos los gatos de Eastbourne habían venido de visita.

«¡Oh! Abra pues ese saco y esa cesta, señora Dyers, y veamos lo que encierran.» Algunos minutos más tarde, la Sra. Dyers volvió para decirme:

«500 pares de guantes en el saco, y 250 gatos en la cesta.»

«¡Dios mío! ¡Eso hace 1000 guantes! ¡Cuatro veces más guantes que gatos! Maggie es muy amable, pero ¿por qué me ha enviado tantos guantes? Porque, como puede ver, Sra. Dyers, no tengo 1000 manos.»

«No, en efecto —respondió la Sra. Dyers ¡ya que hacen falta más de 998 manos!»

Sin embargo, al día siguiente, comprendí lo que debía hacer: cogí la cesta y me dirigí a la escuela municipal para niñas. Pregunté a la directora:

«¿Cuántas niñas tiene hoy en su escuela?»
«Exactamente 250, señor.»
«¿Han sido obedientes durante toda la jornada?»
«Sabias como astrolabios, señor.»

A continuación, me aposté ante la puerta con mi cesta y, a medida que salían las niñas, ponía en las manos de cada una un gato de dulce pelaje. ¡Oh, qué alborozo se produjo! Todas las niñas regresaron a sus casas bailando y acariciando sus gatos, y el aire se llenó de ronroneos.

Al día siguiente, volví a la escuela antes de que comenzaran las clases, para preguntar a las chicas cómo se habían portado los gatos por la noche. Oh, he aquí que ellas venían sollozando, llorando, la cara y las manos llenas de araños, todos los gatos envueltos en sus uniformes para impedirles que siguieran Arañando. Y me dijeron con voz entrecortada:

«Los gatos nos Arañaron toda la noche, toda la larga, inmensa noche.»

Entonces, me dije: «Maggie es de veras muy amable, muy amable. Ahora comprendo por qué me ha enviado tantos guantes, y por qué hay cuatro veces más guantes que gatos.»

Y les dije en voz alta a las niñas:

«No importa, mis queridas niñas: ahora disponeos a trabajar diligentemente, y no lloréis más: cuando hayan terminado las clases, me encontraréis a la puerta, y veréis lo que veréis.»

Después de mediodía, cuando las niñas salían corriendo, con sus gatos aún envueltos en sus uniformes, yo estaba a la puerta, con gran saco. Y cada vez que aparecía una niña, yo le ponía en las manos dos pares de guantes. Y cada niña sacaba de su uniforme un gatito furioso que gruñía y babeaba, con todas sus uñas fuera, como un erizo. Pero los gatitos no tuvieron tiempo de Arañar, porque, en un segundo, sus cuatro patas se encontraron envueltas en unos graciosos guantes, dulces y tibios. Entonces, volvieron a estar de buen humor, afables, y de nuevo se pusieron a ronronear.

Una vez más las niñas entraron en sus casas bailando y, al día siguiente, regresaron a la escuela bailando. Sus heridas estaban curadas, y me dijeron:

«Todos los gatos han sido sensatos. Y, cuando uno de ellos quiere atrapar un ratón, se quita uno de sus guantes; y, si quiere atrapar tres ratones, se quita tres guantes; si quiere atrapar cuatro ratones, se quita todos sus guantes. Pero, una vez que han atrapado todos los ratones, se ponen de nuevo los guantes,

sabiendo que, de otro modo, no podríamos amarlos, ya que no se puede amar sin guantes^[82]!»

Y las niñas agregaron:

«Por favor, dé las gracias a Maggie: le enviamos 250 saludos y 1000 besos a cambio de sus 250 saludables gatos y de sus 1000 guantes dulces como besos^[83].»

Tu viejo tío que tanto te quiere.

C. L. D.

A Menella Wilcox^[84]

*Grosvenor House, Eastbourne,
14 de julio de 1877*

Mi querida Nella,

Si Eastbourne no estuviese más que a una milla de Scarborough, iría a verte mañana mismo: pero el viaje es, en realidad, ¡tan largo!...

Ayer una niña pequeña estaba corriendo en un sentido, después en el otro, por la carretera, y se detenía siempre en el lugar donde yo estaba sentado^[85]. Se contentaba con mirarme vagamente, cada vez que esto ocurría, y después de esta imprecisión, imposible de asir, reanudaba su carrera. Cuando hubo recorrido seis veces el trayecto, la sonréí: ella me sonrió a su vez, para marcharse de nuevo corriendo. La próxima vez que aconteció semejante oscilación, le tendía la mano, y ella la estrechó inmediatamente.

Le pregunté: «¿Querrías darme ese fragmento de alga que llevas en la mano?» Y ella, al tiempo que se echaba a correr en el otro sentido, contestó: «¡No!» Al siguiente parpadeo, le pregunté: «¿Querrías separar al menos un diminuto extremo de ese alga para mí?» Me contestó, evadiéndose de nuevo: «¡No tengo tijeras!» Entonces le presté mis tijeras plegables y ella, al fin, cortó con gran cuidado un pequeño extremo del alga, me lo entregó y escapó de nuevo. Pero, al cabo de un momento, volvió para decirme: «Tengo miedo de que mi madre se enfade si se queda usted con ella.» Entonces le devolví su regalo, y la aconsejé que le dijera a su madre que cogiese aguja e hilo y zurciera las dos partes separadas del alga: ella se echó a reír, y me dijo que las

guardaría en su bolsillo, pero que tenía pocas esperanzas sobre esa imposible Boda^[86]. Qué animal más extravagante, ¿no es así? Me siento muy contento de que no trataras de escapar durante todo el tiempo que duró nuestra conversación. ¿Está bien Matilde Jane^[87]? ¡Confío en que no habrá vuelto a echarse a correr descalzo bajo la lluvia!

(Aunque sabrás que, descalzo, puede mirarse mejor a la luna.)

Dale recuerdos a tu madre y a tu tía Lucy; pero procura no equivocarte y dárselos a mi tía Lucy, ya que está en Guildford.

A Jessie Sinclair

*Christ Church, Oxford,
22 de enero 1878*

Mi querida Jessie,

Tu carta me ha gustado mucho más que todo lo que he recibido en estos últimos tiempos. Lo mejor será que te diga algunas de las cosas que más me gustan; de esta manera, cada vez que quieras hacerme un regalo de cumpleaños (mi cumpleaños se produce una vez cada siete años, el quinto martes de abril), sabrás qué me producirá mayor placer. Helas aquí: amo sobretodo, amo con locura, un poco de mostaza, bajo la cual se halle dispuesto un delgado filete de carne de buey; adoro también el azúcar morena, a condición de que esté mezclada con tarta de manzana para que no resulte demasiado dulzona; pero lo que amo por encima de todo, quizá sea la sal, a condición de que se haya vertido por encima un poco de sopa. La función de la sopa es impedir a la sal que sea demasiado seca; y ayuda a disolverla. También me gustan un montón de cosas: por ejemplo los alfileres, a condición de que los envuelva un almohadón para resguardarlos del frío. Y me gustan también dos o tres mechones de cabellos, a condición de que haya siempre, por debajo de ellos, una cabeza de niña sobre la que puedan crecer, sin la cual, al abrirse la puerta, la corriente de aire los dispersará, por toda la habitación y jamás podrán volver a encontrarse. Dile a Saffy que me alegra mucho que haya sabido resolver el problema de los dos ladrones y de las cinco manzanas: pero ¿sabría hallar la clave del lobo, la cabra y la col? Un hombre los traía de vuelta del mercado, y tenía que hacerlos cruzar un río,

pero la barca era tan pequeña que no podía llevar más que uno por vez. No podía dejar a la cabra y al lobo juntos, porque el lobo se comería a la cabra; y, si dejara la col y la cabra juntos, la cabra se comería la col. Por lo tanto, para ser breves, no podía dejar juntos más que al lobo y a la col, porque jamás se ha visto a un lobo comer coles, y es un fenómeno que se da pocas veces el que una col devore a un lobo. Pregúntale si sabe hacer un problema como ése.

Creo que volveré a verte, digamos, una vez cada dos años; estoy convencido de que, dentro de diez años, seremos buenos amigos. ¿Qué piensas de esto? Me sentiré muy contento si recibo noticias tuyas, toda vez que tengas ganas de escribirme; me alegrará mucho también recibir noticias de Sally, cada vez que sienta deseos de utilizar algo tan indeseable como la palabra, más aun si escrita (más lejana de nosotros). Si no puede o no quiere escribir con la mano, que lo intente con el pie. No hay nada tan maravilloso como una carta «peduscrita». Transmítele todo mi afecto, lo mismo que a Kate y a Harry. Pero ten cuidado no te quedes tú sin nada: procura guardar algo para ti, no sea que se lo coman todo esos glotones.

Tu amigo que te quiere,

Lewis Carroll

Un grito repetido tres veces: ¡Fuera del principio poético! [88]

Los horrores (1850)

Creí, en un momento de sombra
hallarme en el Lugar Abyecto:
el más oscuro Horror me vigilaba;
el aire estaba pleno de rostros, y el terreno
en que mis pies se hundían, era Negro
negro como la más negra noche.
Vi al Deforme correr
veloz hacia mí, su no-rostro
era del verde más torvo, substancia
de la que el hombre se nutre, ese Excremento
cuya vista excedía a mis ojos.
Terriblemente mudo, sin alas, e inundado
el mar de cera derretida:
me postré de rodillas ante lo Horrible
y vi cómo unos ojos muertos me miraban,
como un No-Ojo observaba
ese vano temblor que era mi única vida:
me miraba por detrás, castrándome
con aquella mirada infinitamente lasciva.
Pero abriéndose paso a través de mi gemir, ahogado, escaso,
por entre mi sollozo profundo
apareció, sin embargo, un consuelo estridente:
fuera del miedo, del Horror, la noche, una aparente
realidad chilló: «¡Despiértense!
Señor Jones, grita Ud. mientras duerme.»

Uno de los cuatro enigmas

(Cuarto capítulo, del poema «The four riddles»)

Instrucciones: formar, con tres enigmas, una sola palabra: y no leer las notas hasta el final.

Mi Primero es Singular como el que más:
más plural es mi Segundo^[89]:
pero el Tercero es pluralísimo—
tan plural, tan plural, afirmo
¡que se calcula con gran dificultad!
Mi Primero es seguido por un pájaro^[90]:
mi Segundo por los Iniciados
en el arte de la Magia: y mi ingenuo
Tercero, sigue, ahora no con mucho
entusiasmo, a Absurda
Esperanzas y a convencientes
Embaucadores.
Mi Primero trata siempre
de alcanzar la sabiduría —¡pero siempre
acaba en un Fracasado!
A mi Segundo los hombres lo reverencian
como a un Sabio: en cuanto a mi Tercero desde cumbres
de la sabiduría vuela a pozos de frenética locura.
Mi Primero envejece día por día:
mi Segundo ha concluido ya su Era:
en cuanto a mi Tercero goza de una Edad
que parécmeme que nunca se marchita
¿Mi totalidad? Necesito la pluma de algo más
que un poeta, para inscribirla en todas
sus miríadas:
el monarca y sus esclavos (diría si tomase
ejemplo del hombre)
la cima de una montaña, y las cavernas
que la horadan, —si tuviera que tomar ejemplo
de esos laberintos oscuros y letales—
una luz relampagueante, o la sombra
de una flota —¡o bien
el principio, el final, y el medio
de cuanto el humano arte
o ingenio ha pensado o imaginado!
Vé, y ayúdala a vivir
hallándole el Doble
que en ninguna parte existe,
¡ayúdala si es que aciertas a comprender mi acertijo!
Solución: la I^[91] —Magi— nación.

Las tres voces^[92]

La primera voz

Gorjeaba él un canto ligero
y lanzó luego una alegre
carcajada, mientras soplaba la brisa del mar:
que cruzando la oscura orilla,
le golpeó en la frente cuando se detuvo
despojándole de su gorra, que cayó
a los pies de quien le esperaba
cual en un bosque una doncella encantada,
frunciendo el ceño tanto como podía.
Con una enorme sombrilla, flaca y oscura,
lo acorraló exacta hasta situarlo
en el centro de un círculo. Luego,
con el más torvo y helado semblante,
sin preocuparse por lo mellado
que estaba su anillo, después de sacárselo, se lo entregó
sin una sola palabra.

Durante un rato él estuvo como en sueños,
luego en un balbuceo se lo agradeció
insolente pero no grosero:
ya que había perdido la forma y el brillo
y le había costado cuatro con nueve,
y ahora se iba a almorzar.

«¡Almorzar!» dijo ella con acento
agrio de desprecio «A inclinarte
sobre un hueso vestido
de un resplandor que no es el suyo»:
una lágrima corrió por su mejilla:
y había un Significado en su Mueca
que hizo que él se estremeciera de espanto.

«No es correcta en este caso la palabra
“resplandor”», dijo él sordamente, «para mí
es un sólido alimento, y el almuerzo
es el almuerzo, lo mismo que el té
es lo que se toma cuando son siempre las seis.»

Y ella «¿Así es? ¿Y por qué no sigues?
Conduce tus conocimientos
exiguos hacia un incremento. Di también que
“los hombres son hombres, y que un pato no dejará tal vez nunca de serlo”.»

Él se lamentó: no sabiendo
ya qué contestarla. Y en su Pensamiento
dos Fuerzas se enfrentaban: una era el Deseo
ardiente de marcharse, y otro el pensamiento
de que tenía que quedarse.

«¡A almorzar!» gritó ella con la cólera
que es propia de los dragones, «¡A tragarse
vinos espumosos, a tragárselos echando espumarajos!
Y a mirar con boba sonrisa cómo ponen
el mantel para saciar el Buen Sentido!»^[93]

«Dime, ¿puede el Noble
Espíritu rebajarse a de un Ejército de Glotones formar parte
que encuentran consuelo en su sopa?»

«¿Cómo es posible que tu Deseo
escoja como su centro un pastel o un bollo?»

¡Ya tenía bastante con tus modales de la alta
sociedad para que ahora
me vengas con algo tan bajo
como es el Vientre, tan debajo,
del corazón y el cuello
de la camisa!»

«Sin embargo los hombres bien educados
—dijo él con acento desmayado—
creo que no detestan ser alimentados
y sin su manduca no serían educados^[94].»

Antes que ella le hablara, le lanzó una mirada de
reproche: «Sabrás que hay»
—le dijo —«una extraña
raza que no siente
el más profundo horror por los retruécanos:
tales seres abyectos existen: les pertenecen el fondo del mar y las altas montañas y
a veces pasamos junto a ellos sin saberlo.

Y les atribuyo —no puede ser de otro modo—
una suerte de forma semi-humana
que recuerda al lejano Pitecántropo.»

«En esa teoría —replicó él—
»hay que señalar una excepción, a saber
la que tengo enfrente.»

Desbaratado así aquel su Discurso Extraño, procuró
ella reemplazarlo por el Discurso del Aullido: como de un lobo,
en efecto, fueron los sonidos
que emitió aquella infortunada garganta:
ya que él, apuntando a ciegas, dio en el blanco con dardo afortunado.

Supo ella entonces que era definitiva
su derrota: no obstante la locura
acudió en su defensa, y empleando
heroicamente todas sus fuerzas
trató de nuevo de tomar ventaja.

Con la mirada fija en el mar, como alguien
en quien hablara su Inconsciente,
dijo «Siempre
damos más de lo que recibimos.»

Él no pudo contestarle sí o no:
balbuceó «Los regalos acaban
siempre desvaneciéndose»
aunque no sabía lo que significaba esto.

«Si eso es cierto» replicó ella al punto,
«es posible un intercambio
igualitario: y dos corazones
pueden unirse; ¡aunque de qué sirve!
porque el mundo es ancho.»

«El mundo no es sino un Pensamiento», dijo él:
«El vasto mar, que contra
lo que antes dijiste carece
de fondo —es sólo un Concepto— para mí.»

Pero habría oscuramente de caer sobre él la respuesta
de ella, pavorosa, sobre su indefensa
cabeza, como plomo

de un peso de una libra y media.
«Lo Bueno y lo Grande habrán siempre de alejarse
de aquel ser insensato y abandonado
que se atreva a jugar con las Ideas.»
«Los hombres que fuman y que leen el “Times”
y que en Navidad cantan villancicos
son capaces de cualquier crimen!»
El pensó que era su turno para hablar
y con vergonzosas y coloradas mejillas
se lamentó «¡Esto es más difícil
que jugar, mientras cae la tarde, al mus!»
Pero cuando ella le preguntó «Y eso, ¿por qué?»
estaba ya hasta la coronilla
y reconoció francamente «No lo sé.»
Mientras, lo mismo que haces
de trigo dorado, o que los tonos
que la luz del sol produce en la vidriera
de una iglesia, el color
de su cara iba y venía.
Compadeciéndome de su evidente
angustia, si bien con un dejo
de amargura, ella le dijo «Lo Mayor
excede a lo Menor».
«Una verdad como ésa, que cae
por su propio peso», dijo él con vehemencia,
«y tan antigua como la distancia
que separa a la Tierra de otros planetas,
recordarla era superfluo».
Arrebatada por una súbita
como encendida pasión, le contestó con tono
fríamente maligno «A otros, quizá,
pero no a ti».
Pero cuando le vio desfallecer, temblar,
y cuando él anhelante le dijo «¡Por piedad!»
una vez más volvió a hablar con amables
acentos: «La Razón habita
sin embargo en tu mente
y la abastece el Entendimiento
que sabe de las Opiniones:
y aquél, que quiera conocer la Verdad
más adentro, tiene que penetrar
y hallar el Concepto latente en la Opinión:
ésta es la Cadena a que el sabio está atado,
la Verdad, que es un Círculo
vicioso^[95] de la que la Nada
brotó como un bostezo:
mas dando marcha atrás veremos
que la fuente del Concepto es la Sensación».
Caminaban así con paso tranquilo: aunque gradualmente
una sombra se empezó a insinuar en sus semblantes
y amenazaba con borrarlos.

La segunda voz

Paseaban por la playa fatigada
por las olas: la Lengua
(de ella) era diestra
en el arte de aburrir, y cuando
alguna que otra vez él gemía
el tono de voz de la Castigadora
se hacía menos dulce: porque el habla
era lo único que poseía,
y él era oscuro como ciertos insectos.
Ella exclamó «Por desgracia el queso
no está hecho de tiza», y sin cesar
jamás su charla fluía
con la monotonía de una línea recta,
marcando el ritmo de sus pasos.
Era su voz hinchada y de estridencia
rica en tonos, y cuando
al fin le preguntó «¿Dónde
está la evidencia?»
el Malestar alcanzó su cima.
Él le dio una respuesta turbada
ahogada en la ola de sus tétricos
gemidos perdidos en el eco de una Gruta.
Contestó que no sabía dónde:
como una flecha al Azar lanzada
hablaba, sin que ella
le diera la menor importancia.
Ella no aguardaba sus respuestas
sino que clavaba en el suelo una mirada
plúmbea —continuó como si él no estuviera:
Rígidos argumentos defendidos
con a-plomo, preguntas
extrañas acerca del por qué y la causa
e inferencias salvajemente complicadas.
Cuando él, devanándose los sesos,
débilmente la imploraba le explicara
ella se limitaba a repetir lo que dijo.
Empujado por una intensa
agonía al más encantador desequilibrio,
habló, sin ocuparse de Cordura
ni de Significado, no importándole
las consecuencias: «El Pensamiento-
-creo-el-Alma es-una Esencia-un Ente
Abstracto-o sea-un Accidente
que nosotros-quiero decir-es peligroso-
—como el Azar-no podemos-pensar-es una Huida-
creo-hacia la Muerte-
—me parece» —[96].
Cuando, con aliento entrecortado, y las mejillas
encendidas, se hubieron en vano derramado
como semen sus palabras, ella lo miró, y él

se sintió anonadado.

No hacía falta que ella, calmamente, le responderá:
fijó en él sus ojos asesinos, implacables como es
la existencia de la piedra, y él no podía
luchar ni volar.

Mientras que ella, practicando la autopsia de aquel contra-discurso,
que había oído a medias y oscuramente presentido

la otra mitad, hundía sus garras

en la Verdad —un pájaro

que un gato desgarra. Luego, habiendo por completo
llenado de brumas aquella Visión, la redujo

a un puro y desnudo esqueleto. Y procedió, acto seguido

a exponer su escudo

punto de vista. «¿El hombre tiene

que ser siempre, por fuerza, el hombre?

¿No hay esperanza de encontrar un día
con una oscura linterna al Hombre?»

«Y ¿partiendo de sí el Pensamiento de lo Oscuro, no debe él
prestar atención a la oscura armonía?

¿Para qué, si no, para qué sirve el hombre? ¿Deberá
acaso con mirada enfebrecida

a través de la oscura nada vigilar

el paso veloz de los fantasmas?»

«¿Y escuchar los alardos que ningún
oído pudo oír, llenar el aire, divisar bocas
que bostezan abriendo círculos más anchos
que el mundo, u ojos que nos espían

inyectados en sangre, en medio del resplandor sombrío?»

«¿O las praderas que exhalan luz de ámbar, la oscuridad cayendo
de las alturas, el tren alado de la noche
de granito? ¿Deberá acaso, volviéndose
gris por causa de esas miradas

a través de la espesa cortina de sus lágrimas
asir los recuerdos de sus primeros años?

¿Y escuchar las pálidas voces de antaño
viejas mentiras sobre el suelo arenoso
viejos nudillos llamando a la puerta?

Y, sin embargo, mientras él se desvanece
una débil forma habrá de surgir siempre
y tomar cuerpo ante sus ojos vidriosos
la visión de las alegrías derruidas
espiándole desde un complejo bosque
helará la sangre en sus venas.»

Así, de cualquier cosa, con habilidad extraña,
y éxtasis violento, tal como una sierra
ella siempre arrancaba alguna estúpida
y maloliente verdad. Hasta que, al fin, como un silencioso
molino de agua, cuando el sol de verano hubiera
secado el arroyo, ella por fin detuvo su charla,
y se hundió en un desesperanzado silencio.

Una calma helada sucedió a tanto
confuso y vano parloteo, como cuando
el autobús repleto llega

por fin a la estación del tren, y cuando,
de entre el tumulto de la calle
surge tan sólo el ahogado sonido del motor
y se escuchan, suaves, los pasos del mozo de cordel.
Con la mirada fija siempre en el suelo
ella movía sus labios en silencio
y una y otra vez fruncía el ceño.
Miró él entonces al mar que dormía
un profundo sueño, y gozó de aquella
serenidad, y de aquel silencio de muerte,
aunque ella
parecía reflexionar sobre algo
de muy escaso volumen, que la permitiera
volver sobre tema tan gastado.
Aunque él la prestaba un oído atento
no logró desentrañar el sentido de sus frases
ya que ella no era ni profunda ni elocuente.
Él observó la arena ondulada:
la mera
agitación de la mano de ella
era cuanto podía entender.
Él vio en sueños una sala
donde trece seres abyectos estaban
sentados en la sombra, esperando
—no sabía qué:
los vio con la cabeza agachada, aquí y allá
cada uno acurrucado en una silla
en actitudes de vacía
desesperación: ni una ostra
era algo más mudo que aquellos
entes de cerebro deshinchado
que no tenían nada más que decir: salvo uno,
que gruñó: «¡Ya han pasado bastantes
horas!», y gritó: «¡No aguardemos más, diles que sirvan
el almuerzo!». La visión
se desvaneció, llevándose
consigo aquellos espectros,
y vio otra vez a aquella mujer pavorosa
y una vez más escuchó aquella
infame aridez. La abandonó en la playa, y se puso
a contemplar cómo una ola
venía a bañar de nuevo la playa recién secada.
Erró su mirada por las aguas claras,
mientras la brisa acariciaba su oído, miró
las olas desplomándose
pesadamente aquí y allá
y por qué a esto había preferido
prestar oídos a aquella palabra inmunda,
«Tal vez porque algo al Otro me encadena,
tal vez, pero prefiero
la peor de las compañías: la de mí mismo a aquel
siniestro Absurdo.»

La tercera voz

Pero todo éxtasis es breve
al cabo de unas cortas horas,
las lágrimas corrieron por sus mejillas.
Su corazón detuvo su latido, y aterrorizado
le pareció que, sin escucharla, escuchaba
una voz sin palabras, cercana pero inalcanzable.
«Las lágrimas no encienden ningún fuego
si así fuera, ¿por qué no llorar?
Se infiere de esto algo muy oscuro.»
«Sus palabras, se dijo él, son las que han causado
este llanto, este dolor que rebasa las palabras.»
«Sería más fácil explicar
el discurso que el gemir del mar produce
oh, recostado sobre la orilla de algún balbucente arroyo,
estudiar, con mirada expresiva,
en un libro la Ilegibilidad.»
Con dulces tonos le hablaba
aquella Voz en su cerebro
con imágenes más que con palabras,
sin sonido
como los pasos de un espectro:
«Si eres tan lerdo, tan oscuro como antes
¿por qué no escuchas ya la voz de lo Erudito?
¿Por qué no padecerla, esperar un poco más?»
«Antes que eso» gimió espantado «¡preferiría
retorcerme en lo profundo de una vasta Grieta
y servir de alimento a algún Impío
vampiro solitario!»
«Son esos difíciles», respondió *ESO*, «temas inmensos
para cercar con la estrecha valla
de tu inteligencia exigua.»
«No me parece que así sea», exclamó él,
«ni por una vez siquiera»: y había algo en su tono
que me hizo estremecerme hasta los huesos.
«Su estilo era todo menos Claro,
su lenguaje era un Asesino,
y sus adjetivos eran grotescos.
Y, sin embargo, aun cuando era grandilocuente
no puedo sino considerarla sabia:
no está en mis manos condenar a nadie:
No la abandoné hasta que se puso
a desarrollar un tan embrollado argumento
que agotó todos los poderes de mi pensamiento.»
Brotó de sus entrañas un débil sollozo,
«Y, sin embargo, la Verdad es cierta
y tú sabes lo que hiciste.» Y hubo
una oscilación en sus ojos.
Y, enfermo por ese exceso de desastre,
postrado en el polvo inclinó la cabeza,
y se tendió medio-muerto.

Cesaron sus sollozos —como cesa el viento
entre los árboles frondosos— pero la quietud
no volvió a él, y una vez más se agitó desesperado
con las manos, a través del cabello enmarañado
supremamente crispadas. Y cuando
estuvo bañado por la roja luz de la aurora
que lanzó su majestuoso guiño por encima
de una montaña «Dime cuál ha sido
mi falta», fue lo que dijo. Y cuando, al mediodía
el cielo encendido deslumbró a sus ojos
 llenos de ojeras, lanzó el grito
más agudo y fatigado. Y cuando, al crepúsculo, el sol despiadado
sonrió agriamente como una solemne broma,
«¡Ay de mí!» sollozó, «¿qué es lo que he hecho?»
Pero más triste y sombrío fue su aspecto
cuando el frío aliento de la noche plúmbea
lo arrojó al suelo, estrangulándolo.
Torturado, sin posible ayuda, solo
eran silencio los truenos comparados
con su gemir, y la estridencia
de las gaitas una música más dulce que el tono
de esa voz exhausta.
«¿Y ahora qué? En cerco tenebroso
me han de perseguir la Angustia y el Misterio
me perseguirán los perros que no duermen
jamás. Con ímpetu sanguinario y ávidas
fauces, a mí, que ignoro la causa
y la misma ley que he quebrantado.»
Parecía el sollozo como un eco
de algún arroyo silencioso, o cual la sombra
de un sueño caído en el olvido,
el sollozo tembloroso del viento
«Vuestros destinos estaban
unidos, aun cuando incompatibles»
oyó que una voz en su alma decía:
cada uno giraba en redor del otro como un astro
funesto: cada uno
era para el otro una plaga, un viento
de catástrofe, cada uno
era para el otro lo mejor
y lo peor... Sí, cada uno
era para el otro algo peor que un enemigo:
tú eras un animal, es decir algo Oscuro, balbuceando
la palabra de la Grieta: y ella era
la claridad que nos seca, que no es nunca lo más claro,
el lenguaje, ese asesino desolado:
ELLA, UNA AVALANCHA DE DESDICHА.

Notas

[1] «Los objetos del placer infantil vuelven en forma de juramentos y maldiciones» Ferenczi, *Las palabras obscenas*. <<

[2] Pimko IV: con esta palabra un minimum de lenguaje acostumbra a designar a lo que le forcluye. <<

[3] Los subrayados de los epígrafes son nuestros. <<

[4] Lacan. <<

[5] Sobre este punto hemos consultado a Fabre, *Costumbres de los insectos*: uno de los nombres vulgares de la mantis es «louprego-ieu», y este insecto nunca hace ruido. <<

[6] Ídem. <<

[7] Cf. sobre esta pulsión, su significado y origen, Kiss Maerth, *El principio era el fin* y Georges Devereux, *Las pulsiones canibalísticas de los padres*, así como Rascowsky sobre el filicidio. <<

[8] Cito aquí el título de la obra de un dadaísta, *Caníbal en las sombras*, creo que era, cuyo nombre he olvidado. <<

[9] El subrayado es nuestro. <<

[10] En realidad, lo único sabido —gracias a la palabra de Lacan— es que el falo es el lazo simbólico de unión con el Otro, del que el lenguaje nos ha separado. <<

[11] Doy la razón a Robbe-Grillet: «El hombre mira al universo, pero el universo no le devuelve la mirada». <<

[12] Aludo a un juego de un niño de pocos años, analizado por Freud y muy citado por Lacan: las idas y venidas de un carrete —la madre— eran ritmadas por las palabras «fort» —que equivale, oscuramente, a «fuera»— y «da», dentro. <<

[13] Bataille. (Los subrayados son nuestros.) <<

[14] Perdóneseme el imperfecto latín de la segunda proposición, debido a mi propósito de salvar la rima inconsciente. *Nihil* debiera estar en dativo, según creo, y no en nominativo. <<

[15] La analogía entre el Humor (Carroll) y el estoicismo es el tema fundamental de la *Lógica del Sentido*. <<

[16] El masoquismo es para Deleuze esencialmente teatral. También de Deleuze es la frase «la nebulosa sobre la que caen los latigazos», aquí aplicada al Humor. <<

^[17] «*Let be grant that the speaker may digress from one point to any other point, at any distance of the first one*», Carroll en «The Dynamics of a particle». 7 <<

[18] Primitiva, i. e. originaria (los subrayados son nuestros). <<

[19] Juego de palabras intraducible entre R. A., nombre de un posible pintor, y también denominación figurada de las matemáticas. (*N. del T.*) <<

[20] He añadido palabras, pero no Sentidos. El Sentido permanece intacto. Y, por otra parte, si puede traducirse, es por cuanto el texto estaba abierto. (*N. del T.*) <<

[21] Máskara significa «Sin» en el castellano hablado en China. <<

[22] Literalmente, en latín, *De omnibus rebus* significa: «Acerca de todas las cosas», pero en el contexto carrolliano es más probable que *rebus* sea simplemente *rebus*: jeroglífico y *omnibus* puede también estar empleado en su sentido inglés. (*N. del T.*) <<

[23] Para este ensayo, estoy en deuda con un amigo muy querido, recientemente fallecido. <<

[24] Juego de palabras intraducible, que en la jerga de la criada puede significar tanto old-viejo, como whole-entera—, y party, que puede significar lo mismo «tipo» que «reunión», «fiesta». (*N. del T.*) <<

[25] En el original, «estos problemas»: pero el número —que era la materia de la que «estos problemas» estaban hechos—, o la palabra, son el mismo problema, la *diferencia* que nos impide ver lo que Derrida llama la Diferancia, el mismo problema que pone nuestra alma en sombras, que, al fundar el inconsciente, nos aleja del Ser, y nos constituye en pálidos fantasmas errantes en nuestros mismos confines. Cómo escapar al lenguaje: he ahí ese «lugar complicado». (*N. del T.*) <<

[26] Literalmente: un nihilista. (*N. del T.*) <<

[27] Literalmente: «el hijo de su madre». (*N. del T.*) <<

[28] Ésta era, en efecto, la etimología que Fulcanelli proponía para el término «argot». (*N. del T.*) <<

[29] He añadido en esta primera sección del apéndice las respuestas de los lectores que figuran en la edición inglesa debido al valor literario que Carroll atribuía a las de ALEGRE y LA INGENUA SUSANA, pero, en lo que sigue, omitiré esas respuestas, así como los comentarios de Carroll, por considerar que carecen de especial interés para el lector español actual, que puede equivocarse o acertar a su gusto, en la lectura de este texto. Incluiré sólo las respuestas de Carroll, por si algún lector español —cosa que dudo— tiene curiosidades matemáticas. (*N. del T.*) <<

[30] Ver la nota a «Un problema hemisférico». <<

[31] El juego de palabras entre «nada» —adverbio de negación— y «nada» —sustantivo—, como asimismo entre «nadie» —significando carencia de persona— y «nadie» —significando el nombre de una posible no-persona— (en *Alicia*) es frecuente en Carroll. (*N. del T.*) <<

[32] Reproduzco aquí, faltando a mis propias reglas, una de las respuestas de los lectores, por cuanto por medio de ella y del comentario suyo que le sigue, Carroll se las ingenia para negar —siguiendo a la inversa la conocida dialéctica Cantos-Poesía— la lógica de un texto carente de lógica, y para, de esta forma, aludir a otra lógica, fusión de sentido e insensatez, de la lógica del *yō* y de la del *Ello*, que sería la lógica (ya no sólo derivada del logos, sino también de la imagen) de un Extrahombre. (*N. del T.*) <<

[33] Se refiere, sin duda, al lector. (*N. del T.*) <<

[34] En el original, *lame attempt*, tentativa mutilada, castrada. (*N. del T.*) <<

[35] Al decir «esos otros» —en el original *those*, «aquellos»—, mantiene el doble sentido, puesto que estaba hablando de títeres. No sabemos si quiere decir «esos otros» —individuos, personas, *yo*s— o si, por el contrario, significa «esos otros» —títeres, puesto que acaba de mencionarlos—; en este segundo caso, sin duda, está dialogando con la crítica. (*N. del T.*) <<

[36] Traduzco —y de ningún modo por necesidades retóricas— *unfelt hand* —mano no sentida— por «tu mano que jamás rozará siquiera la mía», puesto que una mano que no se siente es una mano que no nos ha rozado. Carroll tal vez hubiera gustado de esa lógica, él, que al menos en lo que se refiere a la lógica, no hacía *concesiones*. (*N. del T.*) <<

[37] Lo mejor es imaginarse a sí mismo dando la vuelta con el sol y preguntando a los habitantes al pasar: «¿Qué mañana es ésta?». Si suponemos que hay seres humanos a lo largo de todo el camino, todos hablando el mismo lenguaje, la dificultad es obvia. <<

[38] Esta circunstancia es obviamente imposible, sólo aceptable como hipótesis. <<

[39] La exclamación usual al despertarse, generalmente acompañada de un bostezo. <<

[40]

«Si el mundo entero fuera tarta de manzana,
y todo el océano tinta
y si los árboles fueran pan con queso,
¿de dónde sacaríamos la bebida?» <<

[⁴¹] En latín: pescador, cazador. (*N. del T.*) <<

[42] Patio, lonja. (*N. del T.*) <<

[⁴³] Trampa pata el lector: estas moscas son un tipo de moscas artificiales. (*N. del T.*) <<

[44] Juego de palabras intraducible entre los dos sentidos de la palabra «sound»: «ruido» y «cabal»; así la frase del cazador —it is *all* sound— significa «no son más que ruidos» que «es un hombre cabal en todo». (*N. del T.*) <<

[⁴⁵] *Trench*, literalmente tajo. (*N. del T.*) <<

[46] De las 3 Tes: la primera alude al Té, la segunda al Tajo y la tercera al Túnel. (*N. del T.*) <<

[⁴⁷] El patio. (*N. del T.*) <<

[48] He omitido los nombres de abogados y empresas que figuran en el original inglés, por considerar que carecían de todo interés para el lector español actual. (*N. del T.*) <<

[49] «Si buscas un monumento, mira en derredor.» (*Nota del T.*) <<

[50] «Monstruo horrendo, infinito, informe, del que la luz nos salve.» (*N. del T.*) <<

[51] Juego de palabras entre los dos sentidos de la palabra *design*: propósito, diseño. (*N. del T.*) <<

[52] «Lo elegante en lo sencillo.» (*N. del T.*) <<

[53] Juego de palabras entre los diferentes sentidos de la palabra *mean*: dominio, apartado, medio. (*N. del T.*) <<

[54] «En el medio de muy prudente Ibis.» (*N. del T.*) <<

[55] «Divide y dominarás.» (*N. del T.*) <<

[56] Traducción aproximada del proverbio inglés *in for a penny is in for a pound* (da lo mismo apostar un penique que una libra.) (*N. del T.*) <<

[57] Traducción literal, y por ello inexacta. Inexacta, no debido a su literalidad, sino por cuanto la partícula se halla, en el original, partida por un guión: particle, dando lugar a dos palabras. La palabra inglesa *party* —a la que puede hacer referencia “partí”— viene del francés *partir*, dividir; en cuanto a *ele*, puede aludir bien a *clay*, uno de cuyos significados es “cuerpo sin vida”, por lo que *The Dynamics of a parti-cle* significaría: “la dinámica de una partícula muerta”, bien al término francés *clé* —clave—, lo que nos daría el significado total “la clave del fragmento” que es más improbable. Si nos atenemos a las leyes del Sentido, la primera traducción *Dinámica de una parte muerta»* (o mejor *Dinámica de un cuerpo sin vida*) sería la más exacta. (N. del T.) <<

[58] Juego de palabras intraducible entre los dos sentidos de la palabra *lie*: «extenderse» y «mentir». (*N. del T.*) <<

[59] Suponemos se refiere a vectores. (*N. del T.*) <<

[60] En este caso nos ha sido imposible traducir con una sola palabra los dos sentidos de las palabras *right anger*: «divergencia recta» u «ortogonal» e «ira mediana». (*N. del T.*) <<

[61] Combinar vectores. (*N. del T.*) <<

[62] Rear Admiral. (*N. del T.*) <<

[63] Energía + radio. (*N. del T.*) <<

[64] En latín, fuerza viva. (*N. del T.*) <<

[65] Juego de palabras entre los dos sentidos de *takes in*: «recibe» o «toma el pelo». (*N. del T.*) <<

[66] ἄρδις, en griego, «punta de flecha»: como se denomina «flecha» a la recta que une un punto de una circunferencia y una secante (en este caso, el lado del triángulo), la «punta de flecha» sería el polo, es decir, el punto en que el vértice del triángulo toca la circunferencia. (*N. del T.*) <<

[67] «Luz», en griego. A la apertura se le llama en inglés «enlightenment», iluminación. (*N. del T.*) <<

[68] Se refiere probablemente al sentido latino de *revolutio* «paso de un cuerpo a otro». (N. del T.) <<

[69] «En volandas.» (*N. del T.*) <<

[⁷⁰] Literalmente, leyenda de zonas oscuras (Scotland: del griego *skotos*, —«tiniebla»). (*N. del T.*) <<

[⁷¹] Literalmente, de las habitaciones del Castillo de Tierras Erróneas (Auckland: *auck* deriva del antiguo escandinavo *auk*, «tomar el camino equivocado»). (*N. del T.*) <<

[72] He tratado así de reproducir en castellano el juego de palabras inglés entre *rush* «golpe», «embestida», «ímpetu», y *rush-light*, «vela de junco». (*N. del T.*) <<

[⁷³] Puesto que el lay es una composición provenzal, me ha parecido necesario incluir al querido Jaufré Rudel y a sus distantes pájaros, junto a «Billy Shakespeare». (*N. del A.*) <<

[74] Juego de palabras intraducible además de —en el original— poco inteligible: *ut-tered* («pronunció», «dijo») está separado por un guión en dos palabras, *ut* («donde», «en relación a lo cual») y *tered* que puede estar por *tired* —«cansado» (o «provisto de llantas» que también hubiera sido una buena traducción) y *but-tered*, con mantequilla, podría estar por «pero fatigadas» o significar también «pero provistas de llantas». (*N. del T.*) <<

[75] Ídem. <<

[76] Se refiere sin duda a Little John, el célebre pequeño paje de Robin Hood, por su agilidad. (*N. del T.*) <<

[77] Literalmente: «tirándole de los pelos», pero he preferido otro significado de la palabra *lock*. (*N. del T.*) <<

[78] «Por culpa de que fuera un tiempo pretérito». (*Nota del T.*) <<

[79] Juego de palabras, del que he ofrecido un triste sucedáneo, entre los tres sentidos de la palabra «Bec (*beck*): “ademán”, “mandato”, “arroyo”». (*N. del T.*) <<

[80] Para suprimir la húmeda felicidad que, al final, podría haber emanado el texto, me he permitido añadir estas palabras. Que la policía de la Identidad me perdone, ya que, por el Sentido (del propio texto), estoy de antemano disculpado. <<

[81] Juego de palabras repetido a lo largo de todo el texto, entre *loves* («sentimientos amistosos») y *gloves*, «guantes», y entre *Kisses*, «besos» y *kittens*, «gatos». (*N. del T.*) <<

[82] El mismo juego de palabras, difícilmente traducible entre *loves* («amor», «saludos») y *gloves*, «guantes», y *kisses* «besos» y *kittens*, «gatitos». (*N. del T.*) <<

[83] Ídem. <<

[84] Prima de Lewis Carroll. (*N. del T.*) <<

[85] Esto ilustra perfectamente una de las principales reflexiones de *Logique du Sens*: el Sentido se halla en la frontera, en la Grieta abierta en dos sentidos, en dos direcciones: las proposiciones y las cosas, el lenguaje y el inconsciente (hecho de «representaciones de cosas» como Freud decía); en ese lugar están sentados tanto Carroll como Humpty Dumpty —en la barrera— y a veces saltan, rompiendo el equilibrio por el milagro de la danza, de una dimensión a otra. (*N. del T.*) <<

[86] Se refiere sin duda a las Bodas del inconsciente y el lenguaje, del sentido y el significado. (*N. del T.*) <<

[87] Matilde Jane era su muñeca. (*N. del T.*) <<

[88] Kierkegaard. <<

[89] *Magi*, en latín *Magis*, mayor número. <<

[90] En inglés, ji (j) puede significar, además de la letra J un *pen-nib*, la «punta de una pluma» y también (*nib*) un «gavilán»; por ello, sería un pájaro (la J) lo que seguiría al yo, la *I* («yo», en inglés). <<

[91] *I*, en inglés «yo»: lo abocado a un fracaso, o la causa de todo envejecimiento, etc. <<

[92] Son las del Significado, en este caso, la mujer, el Sinsentido —el novio atolondrado—, y el Sentido que reúne a ambos: las inasibles ondas del mar «sin fondo». (*N. del T.*) <<

[93] El Buen Sentido es esencialmente digestivo, dice Deleuze en su análisis de Carroll. (*N. del T.*) <<

[94] He tratado así de traducir el juego de palabras inglés entre *well-bred* —«de modales refinados»— y *Bread*, «pan». (*N. del T.*) <<

[95] Perversión ésta no de Carroll, sino de Hegel. (*Nota del T.*) <<

[96] «*Mind-I believe-is Essence-Ent-/ Abstract-that is-an Accident-/ which we that is to say-I meant*» con este párrafo, y una alusión a la locura, acaba *Logique du Sens*: me he permitido ampliar su extensión (con el *Impouvoir* de Artaud), ya que uno desearía que *Proposición* tan bella no concluyera jamás. (N. del T.) <<